REPÚBLICA DE LOS SUEÑOS

FANTASÍAS COMPARTIDAS ENTRE NIETO Y ABUELO

JUAN MANUEL DEL RÍO

-0-

Se levanta el telón

Érase una vez... Puntos suspensivos. Así suelen comenzar los cuentos. Pues bien, aún era yo niño en la edad y en el tiempo. Recuerdo que mis Sueños vivían, como yo, en la maravillosa República de los Sueños. Todavía no conocía los avatares de la vida, ni de la Historia. No podía, por consiguiente, leer ni prever el futuro, porque carecía de un pasado; o mejor dicho, no. Claro que tenía un pasado. El pasado mío era mi Abuelo, aquel hombre sabio eternizado en esa veta de serenidad y cordura que distingue a los hombres que saben anclarse en el presente visual y permanente que la vida ofrece, en principio a todos, y que sólo unos pocos logran captar. Lo veo aún sentado en lo más alto del acantilado contemplando el mar inmenso, las olas siempre activas, cambiantes, de colores irisados, fascinantes.
-Jamás verás dos olas iguales, me decía. El mar es como la eternidad: eterna, hijo, eterna, pero nunca quieta. Nada hay que sea estático. Sólo los dioses griegos y los burgueses son estáticos.

Así hablaba. Por más que yo le escuchaba boquiabierto, poco, o muy poco le entendía.
-Es cuestión de acoplar nuestra mente, siempre en ebullición creadora, con la vida que reverbera en todas y en cada una de las cosas.
-Abuelo, entonces, las olas, el agua, el viento.... ¿también tienen vida?, ¿lo mismo que los pececitos, o que las gaviotas, que tú o que yo?
-Lo mismo, hijo, lo mismo.

Yo me quedaba callado, luego me ponía a cortar las pequeñas margaritas y malvas que crecían en la explanada encima del acantilado; cuando reunía un puñadito las acariciaba, y hasta les hablaba con mimo en una especie de monólogo compartido; porque las flores, como los niños, tampoco son mudas. Hablan. Y nos poníamos a jugar. Era yo el niño más feliz. Luego les iba arrancando los pequeños pétalos a las margaritas. Creo que se reían, seguro que se reían, porque también a

mí me entraba la risa en la cháchara que manteníamos. De pronto, las flores y yo nos quedábamos callados. Ellas se ponían tristes, lo notaba enseguida, porque se mustiaban, se ajaban; momento que aprovechaba para ir de nuevo junto al Abuelo, aquel hombre lleno de vida y sabiduría, que parecía estar solo en lo alto del acantilado, y era todo lo contrario. No hay soledad donde hay libertad. Y él era más libre que las gaviotas; dueño de sus pensamientos, su mente se adentraba en el tiempo, el hermano gemelo de la eternidad. ¡Qué bien sabía sintonizar con la naturaleza y las cosas!
-Hijo, aquí no existe la soledad.

Con el correr de los días, no me ha sido difícil comprender por qué mi Abuelo amaba la soledad del acantilado. Era una soledad sonora, llena del lenguaje de las olas, de los peces, de las gaviotas, de las margaritas, de las estrellas.... de la vida. ¡Qué gran verdad! Leía mucho. Estaba rodeado de libros.
-Abuelo, ¿qué estás leyendo ahora?

Alzaba la vista de las páginas sabias del libro, me miraba con aquella dulce e inteligente mirada que penetraba más allá del mar, y como de costumbre, me revolvía cariñosamente los bucles que caían sobre mi frente.
-Escucha, escucha, hijo, esto; es épico, sublime: *"Clamo a la memoria de este recuerdo, reúno mi vida dispersa en el viento; de pie como un soldado ante el general, hago mi informe al Greco: porque él está forjado con la misma tierra cretense que yo y puede comprenderme mejor que todos los luchadores vivientes o extintos".*
-Abuelo, eso, ¿lo has escrito tú?
-No, hijo, no. Lo ha escrito alguien de alma excepcional. Un hombre enamorado de la vida, de las cosas; inconformista, como el Greco.
-¿Abuelo, quién es el Greco?
-Un hombre que ha sabido, como su autor, imprimir el dramatismo, épico y valiente, que cada persona y cada cosa posee; y que hace que todo adquiera, de pronto, ese sentido sublime que las significa.

Por supuesto, yo seguía sin entender apenas nada. Pero me sentía a gusto junto a mi Abuelo, para mí, el hombre más sabio -no me cansaré de decirlo-, que leía mucho, que sabía mucho, y que me contaba tantas cosas...

-Y ¿cómo se llama el que ha escrito eso?

-¡Uy! Tiene un nombre muy raro para ti. Pero algún día, estoy seguro, leerás sus libros con fruición. Kazantzakis. Se llama Kazantzakis. Y el libro, *Carta al Greco*.

Han pasado muchos años; una eternidad, transcurrida sin apenas darme cuenta, como se pasa el tiempo, aparentemente estático, junto al mar. Hoy me vienen a la memoria, casi sin saber por qué, aquellos felices días de la infancia. La infancia, tan breve, y sin embargo, una eternidad.

Diría que la infancia es metáfora de vida. Lo mismo que los Sueños del Abuelo, y vale decir del Nieto, son metáfora y referencia universal del gozo inefable del vivir de cada día.

Por eso los Sueños no tienen fecha de caducidad. Tampoco referencia cronológica. Ni lógica aparente. Están en continua ebullición. Son los Sueños los que prolongan nuestra Infancia, ese mundo inédito y maravilloso donde habita la fantasía en constante movimiento de ideas, escenas, vivencias, sensaciones y acontecimientos. Mientras hay Sueños hay Vida.

Estos Cuentos, en consecuencia, son una entremezcla de realidad y de fantasía, tanto en la mente del Abuelo como del Nieto, sin diferencia ni distinción entre ambos. Los dos son metáfora de un mundo real y referencial. Como la Vida misma.

-1-

Bitácora del acantilado

Me desperté sobresaltado.

—¡Abuelo, Abuelo!

Recuerdo que tenía mucha sed. De pronto, me vi transportado a la reseca orilla del Mar Muerto. Ahí estaba la causa de mi sed. Era la sal. Las orillas, las piedras, todo estaba invadido por la sal. Una sal que junto con el agobiante calor encerrado en aquella tremenda depresión, a 432 metros bajo el nivel del mar, no sólo daba sed, proporcionaba al mismo tiempo la impresión de épica soledad.

En Jerusalén había visto hoteles agradables para estar y, de paso, quitar la sed. La coca-cola de los americanos sabía bien con hielo. Con mucho hielo; porque, en definitiva, lo que sabía bien era el hielo. Pero no podría subir a Jerusalén por la habitual calzada de Jericó. Judíos y palestinos andaban alborotados. Y para colmo, los libros lo decían, el 4º Concilio de Letrán era abiertamente antisemita. Y la nobleza inglesa obligaba a Juan sin Tierra a concederles la Carta de las Libertades. El único que se oponía era Inocencio III.

Vi la tierra como un bosque, un bosque grande y encantado. Pero un bosque extraño donde no había árboles. Los árboles se habían convertido en lanzas. De todos los rincones salían reyes. La tierra se poblaba de monarquías constitucionales.

Quise pasar la página. En los anaqueles de la biblioteca, los libros bailaban una frenética danza de papel. Debían tener frío. En el Acantilado corría una brisa fresca que contrastaba con el páramo helado de la historia y el calor insoportable del Mar de la Sal.

Casi sin darme cuenta, los libros giraron sobre sí mismos hasta quedar mirando en una sola dirección. También sobre Roma soplaba una desapacible brisa. Los soldados de Bonifacio VIII echaban mano del dimitido Celestino V. La puerta de la mazmorra se cerró con un golpe

seco. La tensión nerviosa que la pesadilla me había producido, seguía siendo la causa de que mi sueño no fuera reconfortable. El Abuelo me lo había advertido.
—No estés tanto tiempo sobre los libros. Se te pueden cruzar los cables como a Don Quijote.
—Abuelo, la historia es apasionante. Es como una novela.
—¿Como una novela, dices? Es la mejor novela.

La pesadilla no se me pasaba.
—Capítulo 3... Yo iba por el capítulo 3. No lo encuentro. ¿Dónde está el capítulo 3? ¿Y el libro? Tampoco aparece. Efectivamente, ni uno ni otro aparecían por ningún lado. Sólo el indicador de páginas. Como por arte de encanto, todo había desaparecido. Tendría que resignarme. No sin cierta preocupación volví la vista. El Mar de la Sal no estaba. El Acantilado no estaba. El Abuelo no estaba. ¿Estaría yo?

Lo que divisaba ahora era Francia, la Galia de tantas guerras. En la frontera, los camiones españoles formaban un atasco monumental. Los gendarmes franceses no los dejaban pasar. Montañas de naranjas y manzanas se desparramaban sobre las llanuras que, poco a poco, se iban inundando de sidra y champán.
En el interior de la emblemática nación, Felipe IV el Hermoso pleiteaba por el poder absoluto que los papas, encabezados por Bonifacio VIII, ostentaban.
—El poder es siempre el poder.
—Abuelo, ¿dónde estabas?
—Velando tu sueño. Veo que duermes como un lirón.

Así dijo el Abuelo. La realidad era muy otra. El libro de historia me daba constantes golpes en la cabeza. Estaba medio aturdido. Al día siguiente tenía un examen. La historia era una novela. Qué sabio era mi Abuelo. Se me estaba pasando la sed. Mientras tanto, en la otra frontera, Dante Alighieri, se divertía contemplando el infierno desde la boca de un volcán. El Etna estaba en plena erupción. Entre el hervor de

las llamas, danzaba frenética danza de fuego Bonifacio que, obviamente, había dejado vacante su sede.
—Qué extraño, los teólogos están divididos y andan a la greña.
—Son los dos consabidos bandos: de un lado los "curiales", del otro los "legistas".

Con razón que el Abuelo solía decir:
—La tentación de las leyes ha sido una constante, en el mundo de la política y de la Iglesia.
—¿A qué se debe?
—Las leyes son la fuerza de los gobernantes. Sin ellas no serían nada. Por eso se pasan el día haciendo leyes.
—Explícate, Abuelo.
—Está claro. Las leyes se hacen para que las cumplan los demás.

Con leyes o sin ellas, así anda el mundo. De un lado, América; el resto, tierra de conquista. De este modo parafraseaba el Abuelo una frase parecida aplicada en otro contexto. Le dije:
—Las leyes son una forma encubierta de dictadura.
—No tan encubierta. Son el as escondido en la manga para imponer la dictadura de partido.

Caí en la cuenta. Eso mismo decía la novela, la gran Novela de la Historia. Era el capítulo 3. Y la novela estaba dentro de mi cabeza. Qué suerte, lo había encontrado. Al día siguiente tenía examen.

El discurso sobre las leyes iba subiendo de tono, en el mitin espontáneo, de corte dramático, que se había formado sobre el hemiciclo del parlamento improvisado en el Acantilado. Sus señorías se habían alborotado. Alguien gritó:
—¡Viva la libertad...!

Una brisa tenue pasó, primero suavemente, la página del grueso libro. A continuación, no una, muchas páginas de historia comenzaron a pasar a velocidad de ordenador. Fin del capítulo tres. Si me lo

preguntan en el examen, está “chupao”, me dije. Faltaba el resto del libro, que era la causa de mi pesadilla. En un repaso de última hora, a velocidad que casi no daba tiempo a que mis ojos pudieran concentrarse, fui pasando el resto del libro. Allí estaban, bien resaltados por el rotulador, de un lado, Juan de París, y Pierre Dubois; de otro, Egidio Romano, Agustín de Viterbo, Mateo de Aguasparta, y un largo etcétera.

—Abuelo, ¿aquí cuándo amanece?

—En cuanto te despiertes.

El libro de la Gran Novela se había quedado pequeño. En la próxima edición había que meter, por fuerza, el 11 S. y el 11 M. y a Bin Laden. Y la violencia inmisericorde entre judíos y palestinos. Y tantas cosas más. Desgraciadamente, aunque las grandes masacres remueven los cimientos profundos de la conciencia de la Humanidad, terminan por entrar en el olvido o la indiferencia. Una desgracia tapa a otra. ¿Quién recordaba ya Las Torres Gemelas, Madrid, Irak, etc.? ¿Quién se acordaba de África, “que inmola a sus hijos en torpe guerra”?

Desde el Acantilado se veía perfectamente su silueta. Un barco velero ponía rumbo a las Azores. El resto quiso ser silencio. Hasta que, de pronto, se hizo la guerra. Una guerra que masacraba la conciencia sensible de quienes aún eran capaces de guardar un resto de sensibilidad y decencia. Los edificios iban siendo destrozados iluminados por los fuegos artificiales del más horrendo bombardeo de la historia. Las mil y una noches de Bagdad estallaron en mil pedazos, bajo la apocalíptica pirotecnia de la muerte.

Los niños callaron también para siempre su inocencia junto a las bicicletas con las que nunca más podrían volver a jugar ni correr.

—¡Abuelo, esto es horroroso!

—Lo peor es que una guerra hace olvidar a la otra.

Terrible afirmación que el libro de la gran novela, la Historia, daba por cierta. En el cielo se entrecruzaban las estelas de los misiles que

lanzaban los aviones de la muerte. Al despertad, lo primero que haría, sería preguntar:
—¡Abuelo! ¿Dónde está el cielo?

En la Bitácora del Acantilado quedó registrada la pregunta. Y cada página de la Gran Novela que era la Historia. Al despertad y según me iba espabilando, lo primero que oí fue la voz del Abuelo. Con su sonrisa cariñosa, mientras me acariciaba el rostro, dijo:
—Hijo, el Cielo está en el Acantilado.

Quedó también registrada la respuesta. La brisa del Acantilado volvió a zarandear suavemente mi cabellera, como cuando era niño. Me detuve. ¿Habrá sido la brisa? Desde el cielo, el Abuelo sonreía. El Acantilado seguía siendo la metáfora de una vida y de una historia. Allí sí reinaba la paz. La vida seguía teniendo la sencillez de los días iguales; y la alegría íntima de ser parte de la inmensa y maravillosa creación, donde cada partícula, cada átomo, palpita como parte del salmo integral de acción de gracias al Creador.

Sobre el dorso del viento seguí escribiendo renglones imaginarios de la existencia de cada día. Todo quedó registrado en el cuaderno de bitácora del Acantilado que marcaba nuestros días. Al final, estampé nuestro nombre sobre las olas, en letras minúsculas, que las gaviotas se encargaron de alargar hasta convertirlas en letras radiales que indicaban dirección a todas partes.
—Abuelo, ¿dónde está Dios?
—Hijo mío, Dios está en todas partes. Y nosotros estamos en el núcleo central del salmo existencial de su eterna Creación.

Acantilado, Sueños, Preguntas, Respuestas…, absolutamente todo, iba quedando registrado en la Bitácora del gran Viaje. Las olas ponían cubiertas de nácar a nuestro Diario de Sueños que las gaviotas se encargarían de custodiar.

-2-

Chimeneas de las Hadas

Había pasado parte de su niñez, casi toda su juventud y el resto de su vida al completo, como pastor de sueños. Pastoreaba el rebaño junto al Acantilado. Un poco escorado a la izquierda por aquello, decía, de que ahí está el corazón, había archivado en sus sentimientos las alegrías de la gente libre y el dolor que todas las guerras, habidas y por haber, producen. En cuestión de guerras y batallas, nunca estaba a favor de uno u otro bando. Cuestión de principios. Decía:
—En la guerra nadie tiene razón; aunque unos son más culpables que otros.
—¿Quiénes?
—Quienes la inician.

Lo dicho, cuestión de principios. Pero al Abuelo le dolía en el alma ver el dolor de tanta gente inocente, humillada, explotada, vilipendiada, masacrada…, como él decía. Por eso había recorrido, sin más salvoconducto que sus libros, todas las guerras antiguas y modernas.

Había estado en la batalla de las Termópilas cuando las guerras Médicas. Y en la del Peloponeso, por citar alguna.
—Guerras fratricidas, -decía.

Contaba que dorios y egeos, jonios y atenienses -antes y después-, unos por tierra, por mar los otros, todos se habían atacado. Espartanos y corintios, y al revés, todos habían dado y recibido mandobles generosamente. Naturalmente, nadie salió bien parado. Ni tan siquiera los atenienses, que por controlar el mar Egeo creían controlarlo todo. Nadie. Las costas, dentro y fuera de ellas, es decir, por tierra y por mar, eran campo habitual de guerra. Y si no había guerra, la inventaban; tanto tirios como troyanos. Así decía. Y añadía:
—Y no creas que las cosas han cambiado mucho con respecto a la actualidad.

Corinto quería unirse a Esparta para luchar contra Atenas. Los tebanos, que eran de la oposición, seguía diciendo el Abuelo, a punto estuvieron de disolver la Confederación de Delos. Cuestión de cabezonadas, matizaba. Y añadió:
—Y a Fidias el escultor, quién si no, lo metieron en chirona por el timo.
—¿El de la estampita?
—No, hijo, peor. Construyó la estatua de Atenea con una aleación de oro más baja de lo estipulado. El resto de oro se lo quedó.
—Bonita manera de enriquecerse pronto.
—Un pillo. En esto, los tiempos tampoco han cambiado mucho. Pero sigamos.

Y el Abuelo, pastor de sueños desde su infancia, opuesto siempre a la guerra, contaba que se apuntaba a todas las manifestaciones públicas. Solía decir:
—Para cualquier huelga que se convoque, avisadme; excepto si es de hambre.

Y es que, el Abuelo era de buen yantar. Decíamos que había estado en todas las guerras. Aunque enseguida agregaba:
—Pero no participé en ninguna. Ya sabes, hijo, que a mí las guerras no me van.

Ni las jónicas, ni las macabeas, pongamos por caso. Ni las de antes ni las de después de Maratón, Termópilas, o Salamina. De haber tenido oportunidad, y en el supuesto que un día se hubieran encontrado Napoleón Bonaparte y él, seguro que el corso depone las armas. El Abuelo tenía argumentos suficientes para estar en contra, y persuadir, a todos los artificieros de la guerra. Lo dicho, argumentos tenía. En cambio, no estaba tan demostrado su poder de convencimiento: era poeta. Y ya se sabe, el pajarillo muere cantando en la enramada, por los disparos del vil cazador. En la enramada de los poetas, precisamente, andaba cantando, cuando le sorprendió la guerra civil de Estados Unidos. Y la primera mundial; y la segunda; y, de llegar que Dios nos pille confesados, la tercera. Solía quejarse:

—Hijo, que el mundo está muy revuelto; y lo estará más.

Participó también en la guerra de Vietnam; y la del Golfo; y la de Afganistán; y la de Irak. No sucumbió en los repetidos y constantes ataques entre palestinos y judíos, y al revés, por pura casualidad. Su queja era fundada.
—Las guerras no han hecho sino llevar gente al infierno del sufrimiento más atroz y antihumano.

Singularizaba cada guerra. Mientras desplegaba el mapa de las guerras, habidas y por haber, aproveché para preguntarle:
—Abuelo, ¿dónde está el infierno?
—¿No lo estás viendo? ¿No ves todos los días los telediarios? ¿Tantos niños inocentes destrozados por los omnipresentes Herodes de turno? Te aseguro que detrás de cada niño inocente hay un asesino apuntando y dispuesto a disparar. ¿Te parece poco infierno?

El hombre se sulfuraba cuando surgía este tema. Y añadía:
—Hijo, cada guerra es una maldición. El instinto thanático es el peor virus informático que ha podido invadir la mente del ser humano. Eso sí, las guerras son un gran negocio. Esta es la razón verdadera por la que no acabarán hasta después de finalizar el juicio final.

En su papel de Embajador de Sueños había recorrido, tiempo atrás, la Siberia, para alertar a los bolcheviques de que la revolución estaba llamada al fracaso. No le hicieron caso y, para colmo, casi se muere de frío. Cuando lo más duro del invierno había pasado, me dice:
—Ahora que ha llegado el buen tiempo, vámonos a lugares más tranquilos.

Fue así cómo un día, dejando en orden el Acantilado, puso rumbo a la actual Turquía, el país de extraordinaria belleza. El Asia Menor, de los antiguos; cuna de importantes civilizaciones; de hombres ilustres, que tanta influencia tuvieron en la cultura griega, como Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes. Cómo no recordar a Heráclito de Éfeso, a

Lupecio, Demócrito, Protágoras y Pitágoras; a Homero, Hipócrates, Herodoto, y tantos otros. Lugar donde transcurrió la infancia, y gran parte de la juventud, de la Iglesia. Donde nació Saulo de Tarso, el impulsor más grande del cristianismo. Y muchos de los llamados santos Padres. Donde se celebraron los grandes y más importantes Concilios. Donde se promulgaron dogmas; hubo herejías y contra herejías. Donde cada piedra guarda un trozo grande de historia que rejuvenece la vida actual con redoblada vitalidad. Cómo no recordar Pérgamo, su biblioteca y sus pergaminos. Y su Asklepion. La Tracia europea, y la Anatolia asiática, que forman la actual Turquía. Asia y Europa, unidas por el mar del Mármol, o Mármara, y el estrecho del Bósforo. La Turquía actual, de belleza cautivadora, rodeada de mares: Negro, Mediterráneo, Mármara y Egeo.

El Abuelo se entusiasmaba al contar. Por algo era también poeta. Como un turista enterado, no perdía detalle; pero sus ojos soñadores alcanzaban mucho más allá. Decía:
—Que a Turquía hay que ir con la blusa desabrochada, para que nos dé de lleno el aire fresco de la historia y de la sabiduría. Y llevar los ojos bien abiertos, para que quepa, si no toda, parte de su belleza y paisaje.

Así dijo, seguía y seguiría diciendo. En la ciudad que los hititas llamaron Adaniya; la misma que, según la leyenda, fundaron Sarus y Adanus, hijos del dios Uranus, la actual Adana, contaba el Abuelo que, tras pertenecer a los imperios Bizantino y Selyúcida, fue incorporada al Imperio Otomano en el siglo XVI. Y agregó:
—Como ves, Adana está enclavada en la fértil llanura de Cilicia, en la región de Çukorova. Daremos una vuelta, primero por la ciudad; luego visitaremos la Colina Negra. Te encantará. Esta resultó ser un auténtico y hermoso museo de ruinas al aire libre.
—Esos preciosos relieves que, como ves, adornan la puerta de la ciudad, datan del siglo XVIII a.C. Se construyó como fortaleza por parte de los hititas.
—¿Y ha podido conservarse durante tanto tiempo?

—En realidad, todo esto fue descubierto por Bossert en 1946; luego, los arqueólogos turcos se encargaron de ir sacando a la luz tanta belleza.

Era verdad; cada piedra en la que tropezábamos o tocábamos, nos iba entregando, a manos llenas, trozos de vida guardados por el tiempo y el respeto que esta gente culta tiene a los valores incalculables de la antigüedad. Yo estaba maravillado.
—Pero has de ver más. En este país, estamos pisando tierra, tan sagrada y tan antigua, donde los asentamientos humanos se remontan al Paleolítico superior: 20.000 años antes de Cristo.
—¿Tanto?
—Lo podrás comprobar en la región de Antalya, por ejemplo.

Mientras el Abuelo, con su palabra fácil y sus conocimientos precisos, y casi sin darnos cuenta ni él ni yo, me iba instruyendo, yo me llenaba los ojos de jeroglíficos, de paisajes, y de piedras que guardaban vivo el recuerdo, el paso, o el asentamiento, de muchas civilizaciones.

Resultó indescriptible contemplar, en la Anatolia central, el embrujo de la Capadocia, por su extraña y original formación geológica. Y su silencio.
—Abuelo, esto es lo más bello que mis ojos han visto. ¿A qué se debe esta singular y caprichosa formación geológica que tanta belleza imprime?
—Fíjate al fondo, en los volcanes: el Ercydes, con sus 3.917 metros de altitud, y el Hasán, de más de tres mil doscientos: de ahí procede la toba arrastrada. La lluvia, la nieve, el viento, completan la erosión hasta convertir el paisaje en un paisaje de hadas.
—Efectivamente, estos montículos parecen hadas.

Paisaje de ensueño, de belleza y aridez, de silencio y colorido. Por aquí pasaron hititas, frigios, medos, persas, griegos, romanos y bizantinos.
—Abuelo, y tú y yo.
—Hijo, todos han pasado por aquí y dejado su impronta.

Contaba el Abuelo cómo a la muerte de Alejandro Magno la Capadocia pasó a manos de los romanos. Puente natural entre Asia y Europa, cruce de razas y de caminos comerciales, aquí vivieron y desde aquí impartieron la doctrina cristiana los tres famosos padres Capadocios. Me adelanté:
—San Basilio, san Gregorio de Nisa, y san Gregorio Nacianceno.
—Eso es; sin embargo, ya ves, del cristianismo ya sólo queda, prácticamente, la arqueología; y ésta sí abunda. El islam lo invadió todo.

Cierto. Las luchas iconoclastas, primero; el islam después, habían hecho mella. El Abuelo puntualizó:
—Sin embargo, el cristianismo tuvo aquí su mayor fuerza y esplendor entre los siglos II y XII, a pesar de las invasiones islámicas.

Testigo fehaciente de lo que el Abuelo acababa de decir y de un pasado glorioso y de esplendor, eran las iglesias, algunas minúsculas, otras más grandes, horadadas en la roca, y bellamente decoradas. A veces llevan el nombre del propietario del lugar donde se ubican. En el Valle del Göreme es una delicia admirar, por ejemplo, la Elmali Kilise, o iglesia de la Manzana; la Karanlik Kilise, o iglesia oscura; la Tokali Kilise, o iglesia de la Hebilla. Y tantas, y tantas otras que, además de deleitar la vista con sus magníficas decoraciones, deleitan sobre todo el alma.

En el Valle del Zelve, nos deleitamos con sus conos de piedra toba, su silencio majestuoso, sus casas de las hadas. Era como entrar por la vía misma de la naturaleza en el monacato, tan floreciente que fue. En muchos de los conos aún se conservan perfectamente algunos lauros monacales.
—Abuelo, aquí todo invita a la comunicación con Dios.
—El silencio es un regalo de Dios; vale tanto como la palabra. No todos son capaces de descubrirlo.

El silencio vale tanto como la palabra··· Me quedé pensativo y traté de sacar partido a tan hermosa aseveración. Dada mi afición a buscar el qué y el porqué de las cosas, a punto estuve de preguntarle qué era el silencio. No hizo falta. La sintonía entre el silencio del valle y los sentidos era perfecta. Ahí tuve la respuesta. Cuestión de sintonía. Cambié el giro de la conversación.
—Abuelo, ¿los monjes y eremitas, sintonizaban con la gente?
—Por supuesto. Pero había sus diferencias de criterio. Por ejemplo: san Basilio decía que para llevar la gente a Dios había que estar en medio de la gente. Y, haciendo honor a su nombre, dispuso basileias por todas partes, una especie de servicio social a los necesitados. Otros pensaban que desde la soledad y la oración estaban sirviendo al pueblo. Ya ves, apreciaciones distintas.

En Uçhisar, lo primero que hicimos fue subir a la fortaleza. La panorámica que se ofrece desde la cumbre es única, indescriptible, lunar. Hacia cualquier parte que uno dirija la mirada se encuentran las chimeneas de las hadas. La erosión ha convertido el paisaje en único, irrepetible, y hasta sobrecogedor. Notoria resulta la presencia de iglesias bizantinas, como en Cavusín. O la gente dedicada a la alfarería, como en Avanos.

Mención aparte merecen las ciudades subterráneas, como la de Derinkuyu, con capacidad para diez mil personas; o la de Kaymakli, ciudad de diez pisos.
—Hijo, dicen hay cerca de doscientas ciudades subterráneas.
—Desde luego, representan una riqueza cultural impresionante.
—Ya ves, lo que son las cosas. Nosotros las admiramos como simples curiosos. Ellos las habitaron como refugio en los momentos de incursión del enemigo. Desde sus casas podían desplazarse rápidamente por pasadizos estrechos y ocultos que se intercomunicaban. Jenofonte ya las cita en la Anábasis.

Nosotros no teníamos que escondernos de nadie. Sentíamos el alma henchida de la riqueza religiosa, cultural, y humana, que desde el hondón de los siglos, otras gentes nos habían legado. Nuestra visita nos

hacía ser parte de ellos. Y nuestro agradecimiento consistiría en legar su patrimonio a las siguientes generaciones.

Se aproximaban los Juegos Olímpicos de Atenas 2004. El Abuelo manifestó especial interés por asistir, y más estando tan cerca.
—No me interesan tanto los deportes, sino el sentido de cultura y paz que tal evento representa. Las Olimpíadas, además de deporte son cultura. Y Grecia es la cuna de la cultura.

Así dijo. Por todas partes resonaba la propaganda:
—¡Hellas! ¡Hellas! ¡Grecia! ¡Grecia!

Cierto es que la Grecia actual es nada más que un trozo de la Grecia clásica. Pero a buen seguro que guarda la esencia de un pasado glorioso como se constata en todo el inmenso territorio que su cultura abarcó.
—Vámonos, pues a Grecia.

-3-

Edad:19 Años. Analfabeta y hereje

Sólo las ideas permanecen en la base de datos de la memoria histórica de los libros. A veces, también en mi cabeza. Pero los libros no tenían ya amo. Como a perros callejeros del verano, los habían abandonado a su suerte por los caminos inverosímiles del internet. Entablé un diálogo de urgencia con las ideas. Ellas seguían siendo el reducto sacro de todas las libertades. La palabra libertad serenaba mi ánimo.

—¿Dónde os habéis metido?

—¡Dónde quieres que estemos! Escondidas tras algún libro.

Las ideas daban siempre la cara. Sabían afrontar con entereza y valentía todos los peligros.

—Pues debíais salir más a menudo a que os dé el sol.

Mi decepción no tenía límites cuando me veía a mí mismo, o veía a la gente, sin ideas. La política había secuestrado las ideas. Campaba a sus anchas una economía despiadada, neoliberal y neocapitalista. Los soñadores habían sido llevados al exilio. Yo protestaba. Salía a gritar mi protesta a las plazas, como un nuevo Diógenes. Pero las plazas estaban desiertas, vacías. Gritaba, y nadie me oía:

—El mundo está en manos de los políticos. Debería estar en manos de los poetas. Ellos sí conservan aún algunas ideas.

Estuve a punto de echarme a llorar. Por pundonor, no lo hice. Traté de consolarme a mí mismo. Recordé lo sucedido a Orígenes. Había sido capaz de vender su hermosa biblioteca de literatura no religiosa.

—Mal hecho.

—Era una literatura carente de ideas.

Él era un hombre dinámico y soñador. Lleno de ideas. Pensó que en la teología había más sitio para las ideas, que en los viejos libros que

guardaba en los anaqueles de su biblioteca. Y, dicho y hecho, se dedicó al estudio de la teología, comenzando por la Biblia.

Vio cómo martirizaban a su padre bajo la persecución de Septimio Severo. Quería cristianos cultos. Que no se dejaran matar tan fácilmente, que estuvieran dispuestos a defender sus ideas. Prefería el martirio de la palabra al de la sangre. Si caes, que sea porque el rival ha tenido argumentos más contundentes.
—¡Hay que argumentar con la fuerza limpia de las ideas, no de la violencia!

Así pensó, y pensó bien. Y a fin de que hubiera gente preparada, con ideas claras y precisas, abrió una escuela privada para la enseñanza de la filosofía cristiana. Sabía que sólo quien es capaz de defender sus ideas merece el honor de entregar su vida por otros y entrar en la Academia restringida de los soñadores.

Las ideas aseveraban mi afirmación. Pero añadieron:
—Los cristianos han sido los grandes soñadores de la Historia, y los soñadores suelen gente de ideas, pero no siempre estuvieron de nuestro lado.
—Lo sé.

Orígenes había sido uno de los hombres más cultos de la antigüedad. Su cabeza estaba habitada por las ideas. Viajero infatigable, fue llenándose de experiencia y de cultura. Al terminar sus "comentarios a la Biblia" emprendió un viaje por Arabia, en el primer tercio del siglo tercero. Antes había estado en Roma. Más tarde, se fue a Alejandría, y de ahí marchó a Cesarea y a Jerusalén, donde encontró mucha oposición.

Las ideas argumentaron:
—No todas somos iguales. Entre nosotras hay a veces mucha disparidad de criterios y de razas. Cuando alguien se encuentra con ideas carentes de contenidos substantivos, es mejor abandonarlas.

Es lo que hizo Orígenes. Por eso regresó a Alejandría, aunque enseguida partió hacia Antioquia. Fue allí donde se entrevistó con la madre del emperador. Viajó a Grecia, pasando por Palestina. En Palestina se ordenó de sacerdote. Pero esto disgustó enormemente al obispo Demetrio, quien organizó actos de protesta en Alejandría. Naturalmente, Orígenes no se quedó callado, y le respondió con una carta autobiográfica.
—Estábamos con él, y él con nosotras. Las ideas que él defendía eran también de las nuestras.

Cierto. Hombre de ideas, muchas veces tuvo que salir en defensa de sí mismo. Cuando no podía hacerlo oralmente, lo hacía por escrito. Y fue así como lo hizo cuando, por ejemplo, escribió al Papa Fabián y al emperador Felipe el Árabe.

Terciaron las ideas:
—Por cierto, Felipe el Árabe fue asesinado el año 242. Te repetimos, los violentos y los asesinos son gente que carece de ideas.

Gran verdad, ésta que las ideas me expresaban. Y como las ideas, la cultura y el carácter no están reñidos con la fe, de ahí que muchas veces estuviera envuelto en polémicas.

—Cuando hay polémica hay que fijarse si no estará baja la batería de las ideas.

Pues, baja o no, lógicamente, su carácter fuerte y las polémicas subsiguientes, que ambos solían andar juntos, le acarrearon a veces la cárcel, y hasta la tortura.

Así iba dialogando con las ideas. La tarde avanzaba, y el aire arreciaba; de modo que, al libro abierto entre mis manos se le iban saltando las hojas. Hoja a hoja, página a página se abrían como si una mano invisible las fuera pasando. Temí que el viento se llevara también las ideas.
—No te preocupes, estamos aquí.

De pronto vi, no una, sino varias páginas en blanco.
—¿También estáis aquí?
—Es el espacio libre, reservado para nosotras.

El editor había tenido una buena idea: dejar páginas del libro en blanco para que el lector pudiera anotar sus propias ideas.

El problema está cuando la gente tiene miedo a estampar sus propias ideas. Miedo a que lo puedan tachar de hereje, a que lo consideren de la oposición. En definitiva, a que lo lleven a la hoguera.

La historia ha sido la gran pira donde han ardido libros, ideas y personas. Y donde se ha hipotecado la libertad de mucha gente.
—¿Estás pensando en la Inquisición?
—Estoy pensando en la Inquisición.

Ésta, había hipotecado la libertad de las gentes. Me entraban escalofríos con sólo recordar los atroces tormentos con que la Inquisición castigaba a los herejes, reales o imaginados.
—Fue el atropello a las ideas y a la libertad.
—Fue la fuerza bruta de la sinrazón.

Verdaderamente, estaba enojado. Pregunté a las ideas:
—¿Acaso libertad es sinónimo de pecado?

Me respondieron:
—La libertad de quien está en la verdad permanece en pie; como un árbol cuyas ramas son agitadas por el viento, pero el tronco no se mueve. Se podrá doblegar, incluso aniquilar, a las personas, jamás la libertad, y en consecuencia las ideas.

Proverbial resultaba el caso de Galileo Galilei. ¿Cómo abdicar de la evidencia? Y su famosa frase. “Y, sin embargo, se mueve”. Aunque, como dicen, si la pronunció, nunca la pronunció en voz alta; lo hubieran quemado de inmediato en la hoguera, a mi mente acudió de inmediato otra idea.

Me imaginé Europa, en una gran noche de san Juan. Las hogueras de la Inquisición crepitaban con fuerza. Los bosques ardían como piras de una extraña y macabra ceremonia cuyas llamas subían hasta el cielo iluminando de terror a humildes hombres y mujeres que huían despavoridos sin saber dónde esconderse.
—Siempre fue peligroso expresar en voz alta el pensamiento. No hay cosa que cause más alarma que las ideas.
—Tengo más miedo a la ignorancia, sobre todo, si reside en quien gobierna.

El problema estaba en que la Inquisición no sólo veía herejes por todas partes; también veía demonios. Y éstos, por lo general, adictos a la lujuria. La historia lo constata. Una de las últimas, si no la última hoguera que ardió en España, fue en 1781. Y, ¿a quién quemaron? A una pobre mujer, acusada de fornicar con el demonio. Absurdo. Y de risa, si no fuera por lo trágico. La acusaron de que quería conseguir que sus gallinas pusieran huevos con profecías escritas en la cáscara.

Si entre los inquisidores hubiera habido algún humorista, aún estuviera muriéndose de la risa. Y es que, un pueblo que vive bajo el miedo está imposibilitado de progresar. La gente temblaba ante la posibilidad de ser acusados. De lo que fuera. Y de que les confiscaran sus bienes. Lo peor era que, a veces, ni siquiera se sabía quién era el acusador. ¿Cómo poder defenderse, entonces?

La Inquisición fue suprimida, por fin, en 1834. Pero los muertos, muertos están. Cada ejecución era como si de un auto de fe se tratara, a cuya representación nadie faltaba. Al pueblo le van los espectáculos fuertes. Una de las ideas se apresuró a traer a mi mente uno de los casos más famosos en los que había actuado la Inquisición: el del arzobispo Carranza, primado que fue de España; el más ilustre hijo de Miranda de Arga.

Nacido en 1503, fue uno de los hombres de más confianza de Carlos V y de Felipe II. Carlos V lo nombró teólogo imperial para participar en el Concilio de Trento, donde fue figura clave.

En 1558 fue nombrado arzobispo de Toledo. A pesar de ser hombre tan importante y de tanta categoría, fue a parar a la Inquisición. ¿Razón? Lo acusaron de herejía. Es el recurso fácil y universal. La herejía consiste a veces, simplemente, en tener opinión distinta del que manda.

El proceso fue largo. Hasta que el ilustre mirandés, inteligente y preclaro, recusó al Inquisidor General; y de acusado pasó a ser acusador del juez que debía juzgarle. Tiene gracia la cosa, sobre todo, por lo insólito del caso. Rodeado de prestigiosos abogados, comandados por Martín de Azpilicueta, evitó la sentencia de culpabilidad. Aunque mucho tuvo que ver también Pío V. El Papa pasó la causa a Roma.
—Y asunto concluido.
—No. Porque al morir Pío V, su sucesor Gregorio XIII fue quien quiso concluir el proceso. Pero se encontró con la presión de todos los enemigos de Carranza.
—¿Qué hizo el Papa?
—Dar una sentencia que no dejó contento a nadie. Sin acusarlo de hereje, sí lo calificaba de sospechoso de herejía, exigiéndole retractarse de lo que sólo eran sospechas.
—¡Vaya por Dios!
—Mientras tanto, le marcaba cinco años sabáticos antes de volver a ocupar su sede arzobispal de Toledo; cosa que no llegó a suceder porque murió antes.

Extraña sentencia. Si sólo era sospechoso, ¿cómo es que el Papa lo castiga? No debía estar el Papa muy tranquilo porque, en reparación por tan extraña sentencia, colocó sobre su tumba el siguiente epitafio: *"Bartolomé Carranza, navarro, dominico, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, varón ilustre por su linaje, por su vida, por su doctrina, por su predicación y por sus limosnas; de ánimo modesto en los acontecimientos prósperos y ecuánime en los adversos".*

Todo había comenzado años atrás. Siete de ellos los pasó en las mazmorras de Valladolid, por una acusación estúpida. Le preguntaron si había leído a Lutero.

—Naturalmente. Si he de controlar a sus seguidores, tengo que leerlo.
Así argumentó. Y la respuesta, ad hominem, fue:
—"Si lo ha leído, algo le habrá quedado".

Las páginas del libro que no estaban en blanco, decían también que los archivos de la Inquisición estaban llenos de casos lamentables y horribles no sólo en España; también en Alemania, Inglaterra, Escocia, etc.

Me imaginé a Europa como una enorme noche de San Juan, donde las hogueras no se apagan. De pronto, me veía saltando entre las hogueras. Todo era divertido y dramático a la vez. De pronto alguien gritó:
—¡Fuego! ¡Fuego!

Normal que hubiera fuego. Era noche de San Juan. Sin embargo, algo extraño ocurría. Por todas partes había fuego, mucho fuego. Y los chorros de agua a presión no podían sofocarlo. Francia estaba invadida de ingleses. Recordaba perfectamente la fecha: 30 de mayo de 1431. El país se había paralizado. Las miradas de todos los ciudadanos convergían en una sola y única dirección: la hoguera donde Juana de Arco ardía en ofrenda de juventud y santidad. La ficha que con aviesos sentimientos habían puesto al pie de la gran pira decía: *"19 años, analfabeta, hereje, apóstata".*

No pude contenerme y grité:
—¡Y santa!

Tuve la impresión de que todo el mundo se me venía encima. Porque, de repente, apareció una nube de fotógrafos que casi me arrojan a la pira de la ejecución. Las cámaras heréticas de la Inquisición y la televisión transmitían en directo al mundo entero la ejecución.

Una cerrada ovación sonó atronadora cuando, según se iban apagando las llamas de la hoguera, el alma de Juana de Arco comenzó a subir, limpia y majestuosa, a los cielos. Fue el final. La apoteosis final.

Lentamente se fue apagando la televisión. Sobre mi libro acababa de caer la noche.

-4-

El abuelo y los cruzados

La imaginación del abuelo, igual que su vitalidad, era desbordante; sobre todo cuando sentado en una banca del parque se ponía a charlar con sus amigos. Aquella tarde comenzó con una especie de recitado:

—Mira, mira, cómo trotan los caballos/ y golpean con sus cascos/ sobre el suelo los guijarros./ Son tropas de castellanos,/ navarros y aragoneses,/ cántabros y leoneses,/ hay europeos y vascos,/ catalanes y andaluces···,/ de esos que llaman Cruzados.

—¡Para, para, Abuelo! ¿Dónde vas con tanta gente? —le espetó uno de los abueletes que solía sentarse con él en el mismo banco del parque.

—Tranquilo Matías, que aunque ésta es gente de conquista, no te harán nada. ¡Qué te van a hacer, hombre, qué te van a hacer! Al grito de "¡ ancha es Castilla!" van a la reconquista de la Tierra Santa y sus mezquitas. Pero a ti los Cruzados no te harán nada. Si sabré yo..., que estuve con ellos.

—¿Que estuviste con ellos?

Y el abuelo entretejió su versión de la historia. Como quien va haciendo footing y de pronto se detiene, por cansancio, o lo que sea, él se detenía de vez en cuando; a veces para enfatizar sus asertos, otras para tomar aire.

—El destino de los Cruzados era la conquista del santo Sepulcro, en Jerusalén. Sabrás dónde queda Jerusalén, ¿no, Matías? Pues fíjate, ahí van llegando, ahí los tienes.

El abuelo fue describiendo con vivos colores, la entrada de los Cruzados en Jerusalén. Unos pocos, a caballo; el resto, a pie. La mayoría, desarrapados, descalzos, muertos de hambre. El resto, quijotes, soñadores de imposibles; buscadores de un porvenir mejor que el previsible en sus tierras de origen. Unos, cristianos cabales. Otros, mercenarios de guerra.

—Pues, ya que sacas el tema del Quijote, esta mañana decía la radio...

—Matías, no estoy hablando del Quijote; estoy hablando de los Cruzados.

De todos modos, nombrados que se sintieron, la imaginación y Don Quijote, ambos hicieron acto de presencia. Éste, impecablemente vestido de caballero andante, venía de dar una vuelta por la Mancha, donde pastoreaba ovejas, gañanes y dulcineas. Todo, en pos de un ideal, como un "sueño imposible".

El abuelo, que de sus conversaciones con el cura de la parroquia alguna teología había adquirido, le soltó a Matías, a bocajarro, que el Quijote era el mejor teólogo de cabecera de todos los tiempos. A lo que Matías no puso ninguna objeción, por ser tema que le desbordaba.

A decir del abuelo, las calles de Jerusalén estaban abarrotadas de un gentío multicolor, aunque sobresalía el negro impecable de los judíos ortodoxos. Según avanzaba el relato en boca del abuelo, Matías veía a los judíos rezar en el Muro de los Lamentos, moviéndose en sincronizado y acompasado ritmo.

Saliendo por la Puerta de Damasco, de otomana arquitectura, y bordeando por fuera las murallas de la "ciudad bien unida y compacta", le hizo admirar la belleza sin par de las murallas, y algunas de sus siete espléndidas puertas que dan acceso a la ciudad, perpetuando, desde el siglo XVI, la memoria de Suleimán el Magnífico.

Matías, que no había salido del pueblo y, por consiguiente, no conocía la Tierra Santa, procuraba no interrumpir la narración. Escuchaba fascinado.
—Esa es la Puerta de los Leones..., y esa la de Herodes, destruida por los Cruzados, en 1099, —le decía el abuelo.
—Te digo, Matías, que sin los Cruzados la historia de esta Tierra sería hoy muy diferente.

Como el sol pegaba fuerte, reingresó al interior de la ciudad, donde el ambiente resultaba más fresco y agradable, al amparo de las

estrechas calles. Lo hizo por la Puerta de la Basura, de extraña personalidad, tras la ampliación realizada por los ingleses en torno al 1920. Una abigarrada multitud de peregrinos, de toda raza, lengua y religión, casi hacía perder el hilo y la sintonía con la época de los Cruzados. Sin embargo, aún se escuchaba a los lejos el trotar de los caballos.
—"Mira, mira, cómo trotan los caballos…"

Tal énfasis dio a la narración que al golpear seca y contundentemente el suelo con el bastón, tomó desprevenido a Matías. Este sintió que los caballos de los Cruzados se le venían encima. Hizo un gesto instintivo de autodefensa. No pasó desapercibido al abuelo, que se echó a reír.
—No tengas miedo, Matías. Los Cruzados son parte de la historia, y la historia no puede darte miedo. Esta gente ha acometido la gran aventura de su vida, que los hará figurar en las páginas de la historia: conquistar la Tierra Santa ocupada por el Islam.

Matías dijo:
—La historia está llena de guerras. Me acuerdo que cuando yo estuve en la guerra...

El abuelo ignoró su comentario y no le dejó continuar. Por el contrario, añadió:
—A continuación de la guerra viene la unión. Los Cruzados pelearán contra los musulmanes y luego se unirán, en confabulada democracia, para seguir haciendo la guerra. El ser humano nació para estar en constante movimiento.
—O sea, en constante guerra. La historia está llena de guerras.
—¿La historia, dices? Mira, Matías, la historia es una novela. Que te lo digo yo. La más fascinante y hermosa novela. Efectivamente...

Hizo una pausa. Luego continuó contándole a Matías cómo allá, al otro extremo del mar, el Mare Nostrum de mil batallas, —("señores guardias civiles / aquí pasó lo de siempre / han muerto cuatro romanos

/ y cinco cartagineses”)—, el Mar Mediterráneo de griegos, fenicios y cartagineses; y de pateras cautivas del fatídico Estrecho de Gibraltar, que distancia y rompe corazones y evidencia la insolidaridad internacional, Sancho III de Navarra extendió sus dominios hasta situar la frontera de su reino en el eje Duero—Sierra de Cameros.
—¿Y qué me dices de Castilla. Castilla—León, por su parte, se pasea entre el Duero y el Sistema Central. Y mientras Alfonso VI ocupa Toledo, Castilla comienza a bajar, poco a poco, al sur, para castellanizar Andalucía, comenzando por Granada, gitana y mora, la del Albaicín y la Alambra, y Córdoba, sultana, con su mezquita y su gente, y Sevilla, torre del oro y la Maestranza, de grana y oro en tardes de toros.
—¡Olé...! —exclamó espontáneo Matías, gran aficionado a los toros.

Pero el abuelo siguió con su rollo. Contó que Alfonso I de Aragón aprovechó un descuido almorávide para anexionarse Zaragoza, Virgen del Pilar incluida. Que ahora Castilla es Aragón, y Aragón es Castilla, con permiso de Tudela y Madrid, Huesca y Teruel, donde conviven judíos y árabes, y el arte tiene la gracia mudéjar, mientras a mí “tres moritas me enamoran en Jaén: Axa, Fátima y Marién”.
—Para..., para..., —le atajó Matías—. Dejemos en paz las moras, que estamos metiendo mucha gente en tan poco espacio, y si juntamos a todos, pasaremos a engrosar, nosotros también, el número de los indocumentados, y hasta puede que nos aprese la guardia civil, o nos deporten.
—No te preocupes, Matías. La historia es ambivalente. Es como una criada, humilde y buena, que sirve para todo. Al servicio de quien la quiera contratar. La historia es un cuento. O, si quieres, un sueño; la cosa más subjetiva que me he echado a la cara. Ya sabes lo que decía Segismundo.
—Hace días que no viene por aquí.
—No, Matías; te hablo de otro Segismundo. Aquel que decía que “los sueños, sueños son”.

Los sueños... El abuelo le explicó a Matías que son la más universal metáfora, el consuelo que les queda a los pobres. Hizo otra

pausa, y luego siguió explicando a Matías que la grandeza de Aragón fue cuando se unió a Cataluña. Todo se hizo tras acuerdos y desacuerdos, tratados y bodas, bodas y tratados, que vienen y van.
—¡Hombre!, sin ir más lejos, el año de gracia del Señor de 1151: tuvo lugar el tratado de Tudilén. El año de gracia del Señor de 1179, el tratado de Cazorla.

A punto estuvo de añadir: "Aragón y Castilla bailan alegres la jota". Pero se contuvo. Y hasta pensó que no era por la rima, no, sino por el reparto. Que no habría guerras si no hubiera un botín de por medio.
—Ya ves, Matías, sin botín de por medio, tú y yo somos inseparables.
—Es cierto. Por eso alguien dijo: ¡pobres del mundo uníos!
—¡Eso fue un error, Matías! Los pobres nunca se han separado···

Pero continuando el hilo de la narración, le explicó a Matías que los castellanos, en ese momento, se dirigían al sur. Y en La Mancha y Sierra Morena lucían, de verde y plata, los olivos al sol. Que los catalán —aragoneses se escoraban hacia Levante. Y que en Valencia, Denia y Baleares los naranjos estaban en flor.
—Valencia es la tierra de las flores.
—Y de bellas mujeres, Matías.

Matías no puso objeción. Así que el abuelo siguió su explicación desde la cátedra más democrática que resultaba ser aquel banco del parque público.
—Año de gracia del Señor de 1212, batalla de las Navas de Tolosa. Navas, Matías, Navas, con "N" de Navarra, cadenas incluidas, y que la brava jota inmortaliza.

El Abuelo se puso a cantar:
—"Pamplona tiene cadenas
por adentro y por afuera.
Las del escudo son nuestras
las de fuera son impuestas···"

La gente, al pasar, se volvía a mirarlo. Matías dijo que su voz, tan buena de joven, ya no le acompañaba. Cosa de la edad.
—¡Hombre, Matías, no soy un Gayarre, pero..., uno hace lo que puede.

Su memoria, por lo demás, seguía siendo buena. Le dijo a Matías que el año de gracia del Señor de 1231, Jaime I de Aragón ocupó Levante. Y el año de gracia del Señor de 1248 fue la toma de Sevilla, y con ella Andalucía, por Fernando III de Castilla. A Matías, al oír Sevilla, por asociación de rimas le vino a la mente Montilla. Y dijo:
—Sevilla, Andalucía, Castilla···, pues escánciame un vino de Montilla.
Se acercaron al bar de la plaza. Mientras paladeaban un vino que, por supuesto, no era de Montilla, el abuelo le habló del declive del mundo islámico peninsular.

Sentenció:
—Se fueron al garete la cultura, el arte y la arquitectura; que dos y dos son cuatro, en árabe y en latín. Y has de saber que el año de gracia del Señor de 1492 España, fue: ¡Una, Grande y Libre!

Alzaron las copas de vino, las entrechocaron y apuraron con deleite el tinto.
—Sí, Matías, lágrimas moras arrastraron el Darro y el Genil. Y Granada, fue la tierra soñada···, mejor dicho, añorada. Hubo adioses y despedidas. Adiós, mi Granada mora.

Era feliz contándole sus saberes a Matías. Y Matías disfrutaba escuchando su cháchara.
—De esto te acordarás, Matías. Mismo año de gracia del Señor de 1492: Tres carabelas con suerte, rielan sueños de inocencia sobre las aguas tranquilas del casi siempre mar tenebroso, para despertar al alba la sorpresa vegetal de un continente, paraíso en verde, donde la gente es morena y el alma tiene de gracia llena.

Sintió que la frase le había quedado bien, y pidió otra ronda para los dos. Matías le dijo que siguiera con el tema de los Cruzados.

—¿Los Cruzados...? Ah, sí. Los Cruzados...

Dijo que hacía calor, mucho calor, aquel día. Y que, aunque se había medio adormilado, veía, al otro lado del Mare Nostrum, caer a pedazos el califato de Córdoba; mientras los reinos cristianos y las taifas se esforzaban por mantener endebles alianzas.

Matías disfrutaba viendo llegar, por oleadas, desde el África y sus desiertos, invasiones islámicas, almohades, y almorávides.
—Unos que vienen y otros que van, Matías. Pero, díme. ¿Quién conquista a quién? Los reyes cristianos, para quienes Europa ha quedado pequeña, quieren ensancharla. Y a la conquista de la Tierra Santa que se van. ¿Y qué pretexto o justificación ponen?

Matías no dijo nada.
—Pues que en 1099, Al-Hakim destruye la basílica del Santo Sepulcro, y comienza a perseguir a los cristianos.

Había pasado un año. Bajo el radiante sol de Jerusalén, luce en la cabeza de Balduino I la primera corona cristiana en el naciente reino de Jerusalén. Ochenta y siete años más tarde, los Cruzados son derrotados por Saladino en los Cuernos de Hittín, provincia de Galilea. No obstante, se reorganizan. Nuevos ejércitos llegan, retoman Acre, que se convierte en la capital de un nuevo reino que abarca el litoral mediterráneo de Siria y Palestina. Pero el año 1291, Acre vuelve a manos del islam.
—O sea, que los Cruzados se pasaron la vida peleando.
—Sin embargo, los Cruzados también realizaron obras colosales.

Al otro del mar, cada cacique era un rey, y cada vasallo un fiel espadachín, siempre en forma y aptos para la batalla; mientras el norte de África enseñaba a pensar, leer y sumar a media España, y en buena armonía vivían y convivían castellanos, árabes y judíos. Unos vendían, otros compraban, y todos traficaban; todo marchaba sobre ruedas. Hasta que, como en un sueño de una mala siesta de una tarde de verano, los Católicos Reyes de la católica Aragón y la católica Castilla,

no sólo “unificaron”, dicen, España a base de unir reino con reino, tanto, que hasta las rayas se borraron.
—Ay, Matías. Para que me entiendas. España quedó convertida en una inmensa cancha de fútbol donde se podía jugar de norte a sur y de este a oeste. También, por indocumentados y no bautizados, echaron, tarjeta roja directa, a todo aquél, sospechoso o no, de tener la camiseta, léase la piel, de otro color que no fuera el de la selección nacional. Recuerda el dicho: “Mala la hubisteis franceses, en aquella de Roncesvalles”.

Y se fueron los moros. Y se fueron los judíos. Fue una desgracia. A partir de entonces España no levantó cabeza. Se hizo silencio. Los dos abueletes quedaron callaron. El uno porque no habló, el otro porque sólo escuchaba. El abuelo retomó el hilo de su rollo.
—Después de los ayubidas, en el 1250 vinieron a ocupar la Palestina los mamelucos de Egipto, hasta que llegaron los otomanos. Los otomanos hacen acto de presencia a partir del 1517.

No hay duda de que Palestina conoció días de gloria con Suleimán el Magnífico. Era bien sabido, y el abuelo lo recalcó. Bien ganado tuvo el apelativo, aunque las cosas cambiaron pronto, porque los pachás egipcios, más que de una buena administración, se preocuparon de enriquecerse por la vía rápida. Y ya se sabe, políticos enriquecidos, pueblo empobrecido. Iba siendo hora de retirarse. El abuelo añadió aún:
—Grábate bien esta fecha, Matías: 1917: Declaración Balfour. Es cuando se establece la creación de un estado judío en Palestina. Pero también el problema árabe—judío. Y ésta otra: 18 de julio de 1948: por decisión de la ONU queda constituido el Estado de Israel. La Jerusalén occidental para los israelitas y la Jerusalén este para los palestinos.
—Punto.
—¡Qué va! Al tiempo llegó la Guerra de los Seis Días. Y los constantes enfrentamientos entre judíos y palestinos hoy en día.
—A pesar de estar ya en el Tercer Milenio.

Los aviones de Arafat, y Burak solicitaban pista, por enésima vez, para aterrizar en la Casa Blanca. Mientras, Clinton y Bush ondeaban al viento pañuelos blancos camuflados de paz. Y cuando Arafat faltó, sobre los edificios destruidos, seguían flotando pañuelos blancos entre banderas ajadas de uno y otro bando.

-5-

El beduino

El desierto es maravilloso, sublime, misterioso y terrible. Siempre peligroso. A la gente que vive habitualmente en el desierto se les llama beduinos. De condición generalmente nómadas, necesitan desplazarse con mucha frecuencia, en busca de pastos para sus ganados, y la subsistencia para ellos mismos.

Los oasis son lugares habitables, por haber agua y también, como consecuencia, vegetación. Ahí es donde suelen estar asentadas las poblaciones. Los beduinos son gentes del desierto, habituados al medio hostil que les rodea. Conocen el desierto, y las distancias que los separan del siguiente oasis. Se guían más por el instinto que por los caminos reales que, de haberlos, la arena los taparía rápidamente.

Es precisamente en el desierto donde acontece un fenómeno natural, frecuente y muy peligroso. Las famosas tormentas de arena. El aire, abrasador en el día, que a veces sopla con mucha fuerza, arrastra nubes ingentes de arena que lo invaden y cubren todo. Pues bien, amaneció aquel día. Todo estaba tranquilo. Un beduino, nuestro amigo, tenía que hacer un viaje. Necesitaba desplazarse al siguiente oasis. Madrugó y se puso en camino. En su humilde mochila llevaba unas cuantas provisiones, y dátiles y agua. El agua es el elemento más necesario, imprescindible. Cuando llevaba ya unas horas de camino, vio de pronto cómo en el horizonte se había formado una nube oscura, enorme, que avanzaba con rapidez en dirección hacia donde él se encontraba.

Conocedor del desierto sabía que se trataba de una tormenta seca, de arena. Una más. Conocía asimismo el peligro que conllevan. En pocos momentos, el viento comenzó a llegar con fuerza, bramando; y la arena, como si fuera lluvia, comenzó a golpearle en el rostro. No había en los alrededores ninguna roca donde poder guarecerse de la furia del viento y la arena. Sabía nuestro buen amigo el beduino que su vida corría peligro. Con el rostro cubierto con una tela para evitar que la

arena le ceguera, se tumbó en la tierra. Por lo menos, en esta postura, era más fácil no ser arrastrado por la fuerza de la tormenta.

Así aguantó largo rato, medio enterrado en la arena, hasta que la tormenta fue pasando. Se levantó poco a poco, como pudo, desenterrándose de la arena. Se sacudió, se pasó un paño por la cara quitándose la tierra para poder ver mejor. Puesto en pie, trató de orientarse. Miró en todas direcciones. El cielo seguía oscurecido por la ingente masa de nubes de arena. Atisbó el horizonte. La línea que une el cielo con el horizonte en la lejanía estaba totalmente borrada. En verdad, se encontraba totalmente desorientado.

¿Qué hacer? ¿Quedarse en el lugar donde se encontraba? Sabía que era peligroso en extremo. El agua pronto se le acabaría. Y la deshidratación en medio del desierto acarrea muerte segura. Era consciente de que debía proseguir el camino. Pero, ¿hacia dónde? Estaba desorientado, completamente perdido. Sin embargo, había que proseguir si quería sobrevivir. Se puso en marcha. No sabía en qué dirección quedaba con exactitud el siguiente oasis. Sólo sabía que era necesario continuar el viaje, aunque fuese a la aventura.

Había caminado varias horas. Estaba cansado, el agua de la cantimplora se le estaba terminando. Para colmo, el espejismo, ese efecto óptico producido por la refracción de la luz al pasar por una capa de aire sobre una superficie recalentada, haciendo que el aire caliente actúe como un espejo, le aumentaba la ansiedad. Ahora el desierto le parecía un lago. Agua, mucha agua al frente. El beduino sabía que era un espejismo. Estaba acostumbrado a este fenómeno. Pero era motivo suficiente para aumentar también la sed. Se bebió las últimas gotas de agua que aún contenía la cantimplora. Pero siguió caminando, casi, casi como un autómata. Los ojos bajos, vidriosos. El agotamiento, total.

El día declinaba rápidamente. Su alma de creyente musitaba plegarias al Dios de sus mayores, que era su mismo Dios. En gesto de oración levantó los ojos al cielo. Fue en ese momento cuando vio, no muy lejos, unas palmeras. Si había palmeras, pensó, tenía que haber

vida. Aceleró el paso. No había dejado de caminar, excepto por la interrupción de la tormenta de arena. Su corazón también se aceleró. Con el rostro iluminado por la emoción y la ansiedad, se fue acercando. Pronto escuchó voces de niños que jugaban en la proximidad de sus humildes viviendas, en realidad, tiendas elaboradas con tejido de pelo de camello o de cabra.

Se detuvo un momento para dar gracias a Dios. Luego, caminó resueltamente hacia las primeras tiendas. Si hubiera tenido más fuerzas, hubiera corrido, en vez de ir al paso que sus pocas fuerzas le permitían; sobre todo cuando pudo distinguir el thawb de algodón blanco de algunos hombres. Las túnicas ligeras, talares, que cubriendo el cuerpo entero, salvo la cara, manos y pies, permiten que el aire circule, para poder soportar mejor el calor, al tiempo que dejan una gran libertad de movimientos, no solamente confieren un porte elegante y señorial en las personas, son además, por sí mismas, todo un símbolo de hospitalidad.

En cuanto lo vieron, sentaron a nuestro amigo el beduino a la puerta de una tienda, ofreciéndole el sabroso y hospitalario té, y comida. En cuanto vio recuperadas sus fuerzas comenzó a contar animosamente su personal epopeya. Y cómo el mismo espejismo de la arena había sido acicate para continuar su travesía y poder llegar a su destino.

-6-

El Castillo de algodón

El Abuelo, según él mismo afirmaba, no era hombre de letras··· ¡ sueltas!, matizaba. Sino de palabras completas que, a su vez, formen pensamientos que puedan navegar en libertad por los caminos caprichosos del viento.

Con frecuencia solía decir que la puerta principal de la mente es la fantasía, porque nos introduce tanto en la dimensión de lo real como de lo irreal. Es decir, el mundo de los sueños donde él se movía con más facilidad. Y apostillaba:
—Que cada quién sepa situarse en su propia realidad.

Como es sabido, la mayor parte de su vida transcurrió en la Universidad del Acantilado. Sus ratos libres, es igualmente del dominio público, los dedicaba a pastorear sueños. Le gustaba jugar con la nieve.
—Pero eso fue más bien en los años mozos, cuando la juventud···

Hizo una pausa. La palabra juventud le quedó colgando en los labios. Noté un deje de nostalgia en el rostro. No era la primera vez que esto ocurría. ¿Le pesarían los años?
—No, hijo. Ocurre que la juventud···

Nueva pausa. Sonrió, como dejando aflorar a sus labios todo el romanticismo de sus años jóvenes. Y como para que el viento escuchara y esparciera su mensaje, fue relatando que la Juventud es tiempo de cantar, igual que los ruiseñores, con la libertad intacta en el pecho, y sin esperar retornos; sin dejar recuerdos mal aparcados a la orilla del río donde crecen los juncos y el viento se rasga en los cuchillos verdes del deseo.

La vena tránsfuga de su pensamiento jugaba en remolinos, como las ramas jubilosas del deseo y del tiempo donde hacen sus nidos, también, las sombras del misterio. Dejaba el Abuelo desgranar su

verbo, hondo, caliente, sincero. Y su alma transparente se derramaba como agua victimada que deja un trozo de su llanto en la quebrada.

El Abuelo, a la vista estaba, era de gran corazón. Había amado mucho, sin esperar nada a cambio, y ahora podía cantar su alegría anónima al viento, a la orilla de sus recuerdos, dejando que los juncos finísimos de su sangre se cimbrearan más allá del deseo.
—Hijo, la juventud es muy breve. No la estropees.

Y este hombre, vertical como el sol de mediodía, candidato seguro a la eternidad, de alegría serena y horizontal, siguió relatando cómo aquella mañana, de madrugada, cuando aún no se abría el balcón al rumor verde de los geranios en flor, se puso en camino. Enfiló rumbo a la montaña. Subió la montaña. La nieve cubría todas las cumbres.
—Esa montaña es el gran Ararat, la más alta de Turquía; sobrepasa los cinco mil metros.
—¿Dónde se posó el Arca de Noé?

El Abuelo sonrió. Pastor de sus sueños, había subido a la montaña. Tenía prisa por subir. Al llegar a la cumbre tomó un puñado de la blanca nieve; dejó que se escurriera entre sus dedos. Luego, con la mente en el Acantilado, formó un pequeño mar en el cuenco de sus manos, y fue depositando copos de nieve que él imaginó pequeños barcos veleros. Pensó.
—En estos frágiles barcos debo atravesar el inmenso, y al mismo tiempo pequeño, mar de mi vida.

Y se puso a surcar la vida, como un nuevo Quijote que cabalgara en un barco de seda, dejando que a la orilla de sus manos navegaran también pececitos de colores para que no se perdieran entre la niebla. Estos iban, venían, desaparecían y volvían a asomar.
—Abuelo, pececitos de colores.

Ampo de nieve la montaña; veleros, mar, y Abuelo se esfumaban, como se esfuma un amor entre la niebla. Dijo.

—Flota siempre un pañuelo azul en alta mar.
—Bordado de ensueños y atardeceres.

El Abuelo comenzó a descender la montaña. Bajaba dejándose deslizar por la pista inmaterialmente blanca de los días. Como un nuevo Moisés, venía radiante. Los copos habían rodado ladera abajo de sus manos, evocador acantilado de sus sueños. La danza de la ventisca y la nieve formaban un remolino de ilusión. Pensaba proseguir su particular viaje de parte a parte del país; de este a oeste; y al centro. Para archivar recuerdos, decía:
—¿Recuerdos de cuándo, Abuelo?
—Recuerdos y sueños de siempre, hijo.

Era como sorberse el alma de alegría; tanto era el gozo que le proporcionaba el hechizo del frío y la nieve. Me besó en la frente. Volvió a decir:
—Hijo, no lo olvides; no estropees la juventud.

Estaba moralmente cierto de que la suya había sido una juventud limpia. Ahora, envuelto cada uno en sus sueños, y después de recorrer muchos, muchísimos kilómetros, estábamos llegando a Pamukkale. Le dije.
—Abuelo, si Noé llega a posarse con el Arca en la cima del Ararat, seguro que se muere de frío; a semejante altura··· En cambio aquí··· Fíjate, qué maravilla lo estamos viendo. Aquí hubiera resultado más fácil.

El espectáculo que teníamos a la vista era sencillamente fantástico, deslumbrante, maravilloso.
—Estamos en Pamukkale. Significa Castillo de Algodón.

Quien hubiera tenido la ocurrencia del nombre, ciertamente estuvo inspirado. Le caía a las mil maravillas. Castillo de Algodón. Era como una fantasía bordada en mito y realidad, donde todo es real, absolutamente real. La antigua Hierápolis, y toda la riqueza de sus vestigios arqueológicos, ahí está; la falla tectónica, que los ojos no

pueden detectar y las cuevas, a las que no dejan entrar, ahí están; los numerosos manantiales termales, los mismos que al dejar abundantes sedimentos calcáreos dan paso a este maravilloso espectáculo de la naturaleza, ahí están. Terrazas blancas descendentes que dan forma al Castillo de Algodón, que se afinca en el paisaje como una leyenda para deleite de la vista y alivio de dolencias. Frigios, hititas, romanos, turistas de todos los tiempos, y ahora el Abuelo y yo, han hecho acto de presencia aquí.

—Hijo, hay que dar gracias a Dios, a la Naturaleza, o a quien corresponda, por tal maravilla.

El valle del Çürüksu, el río Lyco, nos estaba regalando con esta sugestiva visión. Todo resultaba candorosamente deslumbrante, desde el blanco de algodón, hasta la fascinante irisación cromática, según la inclinación del sol. Indicó el Abuelo:

—La Turquía egea ha sido muy castigada por los movimientos telúricos.

—A cambio, la ruptura de las capas subterráneas ha dado lugar a los manantiales de agua calcárea de abundantes residuos de óxido de carbono que, a su vez, han ido formando estos travertinos o cascadas petrificadas.

El Monte Cadmos sonreía, sin duda, viéndonos disfrutar de tanta belleza. Todo el paisaje era como un bosque de cantos sonoros; en verde, por Hierápolis y el valle; en blanco por los travertinos. El Abuelo silabeaba la canción dorada de la tarde en la quietud del paisaje. Las flores columpiaban su belleza, coqueta y graciosa, al viento, junto a las tumbas situadas entre pilones calcáreos.

—Abuelo, estas flores son un guiño de fruta en almíbar, en medio de esta tarta inmensa de algodón que se me figura ser este lugar.

—Y a mí, las flores se me figuran ser trémulas niñas bonitas que sonríen con guiños de azúcar al ya casi tibio sol de la tarde.

Nos pusimos a cantar, a dúo con el paisaje y la tarde, estrofas de algodón en el reverberante pentagrama blanco de Pamukkale. Le dije confidencialmente al Abuelo:

—¿Sabes que el amor tiene el alma de una flor? La flor, que de amor tiene el alma llena, expresa su amor en acuarela de mil colores.
—Sí, hijo, sí. Y el alma expresa su amor regalando una flor.
—¿Será por lo intenso de su aroma y color, o por su breve y frágil existir?
—Hijo, ¿cuánto dura la primavera?

Todo tenía su ritmo, su tiempo: el sentimiento, la ternura, el amor. Sin duda, eso quiso darme a entender el Abuelo.
—Hijo, lo importante es que cuando llegue la Tarde, que llegará, alguien sepa que hemos estado Aquí.

Noté, por el énfasis que puso, que Tarde y Aquí, eran dos palabras que el Abuelo decía en mayúscula.
—Hijo, la Tarde es una metáfora. El Aquí, también.
—Y el Acantilado. Y tú, Abuelo. Tú y yo somos una metáfora: la metáfora de Dios.

La brisa desprendió algunos pétalos de las flores más próximas.
—Ya ves; nadie sabrá que al caer la tarde con los últimos destellos del sol, perlas de plata fina llora la flor.
—Que la luna, con fría luz, enjuga; pues de soledad la flor tiene el alma llena.
—Y nadie quizá sabrá descubrir que la linda y solitaria flor por amor florece al llegar cada primavera, en el jardín silente del paisaje. Igual que una plegaria, porque de amor tiene el alma llena.

Una vez más, le afloraba la vena romántica y poética. Continuamos el recorrido por la Hierápolis romana, convertida en ruinas por un terremoto.
—Abuelo, tengo la impresión de que las ciudades son más bonitas cuando están en ruinas.
—Porque es entonces cuando se convierten en poemas amasados en piedra.
—¿También la vida es un poema?

—Sí. Amasada con tierra de color universal, que el tiempo transforma en geografía para ubicar perfectamente el lugar y estado de sus arqueológicas ruinas.
—Abuelo, ¿cómo anda tu arqueología?
—Te diré; me siento yo, escuetamente yo, con mi indigencia a cuestas, viajero hacia la luz, en la infinita claridad del Ser.
—Estás inspirado, Abuelo.
—Simplemente, sé admirar la belleza, tanto del árbol como de la flor; pasando por toda la gama inabarcable de estética que la naturaleza nos presenta en cósmica sinfonía.

Rememoraba antiguas conversaciones. La nostalgia va adosada al recuerdo, y viceversa. También yo me sentía cómodo revolviendo viejos recuerdos. Por eso, insistí:
—¿La vida es canción?
—No lo sé. Diría que es más bien un pentagrama, donde nosotros vamos escribiendo la melodía.

Sobre ese pentagrama, verde de paisaje, y lleno de embrujo, navegaba ahora la parte final de su existencia. Añadió:
—Más te diré. Hombre me sé, de divina hechura revestido; y aunque las sandalias de la fe llevo ya gastadas, sus correas aún sujetan mis pies.
—Abuelo, tu vida es un poema.
—Qué más quisiera. En todo caso, a la par de mi poema, del cosmos, del mar o del fuego, las raíces de mi ser vibran en la inteligencia de la luz. Hijo, sabes que hemos sido amasados de tierra. Pero el hálito divino alimenta nuestras raíces.

Le recordé, con piedad, que llevaba savia de buen árbol. Que seguía teniendo la libertad de las gaviotas, sin más límites que el azul de universo, y la sonrisa de sal que el mar cada día nos regala. Agradeció el recuerdo.
—Pero la vida es un valle de lágrimas.
—Pero has plantado tu tienda con techo de estrellas sobre el Acantilado.
—Sí, para poder adentrarme en el cosmos, sin complejo de sueños.
—Siempre has sido un soñador.

—Que es todo lo contrario de iluso.

La Tarde estaba llegando. El Abuelo hizo una pausa, como si necesitara pensar. Luego siguió:
—Al llegar la Tarde, yo seguiré trenzando mi poema sobre la página última del pentagrama; sabes que siempre he apostado a ganador sobre la multicolor cancha de la vida.
—Y que orientada tienes la brújula a las estrellas.

Me admiraba la tranquilidad con que seguía escribiendo su poema.
—Hijo, la vida es el pentagrama que Dios nos ha regalado. A nosotros nos corresponde seguir componiendo el poema sinfónico.

Siguió otra pausa. Yo notaba en el Abuelo una enorme paz, una especie de gozo interior, una alegría serena incapaz de poderse ocultar. Le animé.
—Sigue, Abuelo, sigue.
—Hijo, al llegar la Tarde, te aseguro que un carrusel de luz las estrellas todas formarán, para alumbrar de azul celeste mi muerte.

La música tenía el sabor del agua fresca en la fuente esa noche. Los olivos de Hierápolis columpiaban su color de plata vieja al vaivén de la luna. Un cometa, como flecha lanzada en arco, atravesaba el firmamento.

A caballo del relente, vi que el Abuelo tomaba notas en su diario. Las palabras más legibles que a simple vista pude captar decían: trigal, río, árbol, estrella, viento.
—¿Tienen algún significado especial?
—No, simplemente deseo que en el poema que escribo puedan también abrevar su sed la oveja y la alondra; y cuantos tienen por oficio hilvanar sueños de luz.

Había veces que no lograba captar el significado de sus palabras. Con un mohín de contrariedad le dije:

—Pero ninguna de las palabras marcadas en el cuaderno aparece en el poema.

—No te preocupes; están en el barco.

—¿Qué barco?

—Hijo, te lo he dicho muchas veces: la Vida es un barco que navega en la Mar. Hasta que llega un día en que el barco deja de navegar.

—¿Porque ha naufragado?

—Porque ha cumplido su misión.

—Y se ha hundido en la Mar.

—Que es el regazo amoroso de Dios. Lo has entendido.

-7-

El Illimani es vertical

El Illimani, como los Andes mismos, es vertical. Imponente y majestuoso, visto desde la ciudad de La Paz, Bolivia, en la noche, según va apareciendo la luna.

Aproveché que los indígenas hacían la ruta anual de la sal, con su caravana de llamas, para unirme a ellos. Las llamas, estos camélidos, tan familiares, resultan imprescindibles en ciertas latitudes del planeta, como por ejemplo los Andes. Son la gran solución para el transporte.

La caravana se ha detenido. Hay que reparar fuerzas. Los indígenas, pastores de sus rebaños y de la soledad que les rodea, han ofrecido, en primer lugar, un poco de alcohol a los Achachilas, o divinidades de la montaña. Los Andes están llenos de vida. Luego, con la hospitalidad que les caracteriza, me han dado un mate de coca. Es delicioso, sobre todo en estas alturas, donde el sol, en el día, no calienta sino que quema el rostro; y en la noche, la luna llena, con su luz limpia, traslúcida, de fría plata, es reina soberana.
—Gracias, está delicioso.

La respiración se vuelve fatigosa. El paisaje andino es sobrecogedor, anonadante. Un panteón, en suma, de todas las divinidades. Los indígenas, cansados de la dura caminata, duermen ya. Yo, en cambio, embriagado como estoy del sobrecogedor y fascinante paisaje, no puedo dormir. Los Andes sobrecogen. Me los imagino como el panteón de todas las divinidades, que aunque pueda parecer lo contrario, no aplasta sino que nos crece desde nuestra raíz de hombres, hasta hacernos verticales. Los Andes son verticales, gigantes puestos en pie. Me he dicho a mí mismo:
—Los Andes son verticales.

Contemplo el dormir frágil de los indígenas arropados por la Pachamama, la gran diosa-madre-tierra.

—¿Te das cuenta de que en esta cósmica soledad del planeta la soledad no es soledad?

El silencio de los Andes sobrecoge. Se escucha el silencio. Es un silencio transparente. Y la nieve, refractada por el sol, la cara risueña y alegre, de la montaña.
—Aquí todo trasciende a la altura.

Esta gente es soñadora. El indígena es soñador, de muchas lunas. De eternidades trasvasadas al tiempo. Raza sublime y eterna. Gente morena de sol, curtida por el frío. Los indígenas no viajan sólo geográficamente. Viajan, sobre todo, existencialmente. Su pensamiento vuela, hasta saltar los días y el tiempo. Y todo, sin dejar de estar anclados en sus raíces ancestrales.

—Nacieron antes de la civilización griega o romana.

Por lo mismo, han acumulado en calendarios de piedra, tras muchas noches de luna llena, todos los senderos que los astros recorren por el firmamento. Trascienden el tiempo. Ellos, como yo, están anclados en el hualupacha, es decir, viajan del presente al pasado, y del pasado al presente; al encuentro cotidiano de sus antepasados, omnipresentes en el universo cosmográfico, onírico y vertical, de los espíritus y las divinidades que son, y guardan, sus raíces.
—Ellos también claman a la memoria imperecedera de todos los recuerdos.

Los recuerdos viajan con ellos, eternizados en el mundo onírico de sus símbolos, ritos y costumbres. Los Andes son un libro grande, descomunal, que guarda celosamente la magia de atávicos secretos. En medio de esta épica e inabarcable grandeza me siento un indígena más, que pastorea las llamas que recorren incansables los Andes. Todos, hombres y llamas, van arropados por la Pacha-Mama, los Apus y los Achachilas.

Los Apus y los Achachilas. Son divinidades protectoras para el viaje inmediato, temporal y presente, por motivo de la sal. Pero está además el otro; más largo, sin retorno. Pero igualmente, siempre presente. De tal manera, que no se llega a saber quién tira de quién; si el presente del pasado, o el pasado del presente. Tan unidos están. Pienso que es el pasado el que tira más del presente, para anclarse en un estado nuevo, inédito, original. En espiral, me lo imagino. Para ello, todas las divinidades entran en juego. Es el viaje a la entraña misma del cosmos, del tiempo y de los antepasados.
—Los antepasados se esconden en la montaña.

La montaña. Enhiesta, de cósmica grandeza. Mientras el grupo de indígenas hace su ofrenda nocturna, el Chika-aruna, que entiendo como oración de la noche, que da gracias e implora benevolencia en el largo viaje, yo me quedo viendo, en la fría y hermosa noche, la danza de luz y nieve que forman los picos góticos de los Andes al paso de algunas nubes. Hay luna llena.
—El Illimani, es vertical.

El Illimani es majestuoso, sobrecogedor. Es el guardián, pasado y presente, de una raza perdida en el tiempo. El Illimani es como una divinidad, terrible y protectora a la vez. Volcán gigante que se ve desde todas partes. Se ha puesto a jugar con la luna llena que va emergiendo, naranja, desde sus entrañas.
—El Illimani es un dios puesto en pie.

Todo está en silencio. Pero un silencio que tiene vida, como la tierra que se remueve y hace brotar la hierba. También los indígenas guardan silencio. El silencio de los Andes es abrumador y religioso, profundamente religioso. Silencio que comulga con los dioses de los antepasados. Es un silencio que hermana. Aunque las divinidades de los Andes resultan a veces terribles. Son exigentes. Los indígenas se han hermanado por siglos con la exigencia y el dolor de la sangre de los sacrificios, hasta hacer de ellos una raza resignada y conformista. Su religiosidad es una religiosidad sumisa.

—¿Podrán escapar un día del conformismo y la resignación?

Los veo; tumbados sobre sus petates, duermen. En su boca queda el sabor de las hojas de coca, que continuamente mascan. Y en su corazón siguen guardando la más ancestral y sumisa religiosidad. Pero en esto, son de admirar y me admiran. Extraña raza, entrañable raza. El indígena se hace querer, por su sumisión, religiosidad y humildad. Religiosidad, por lo demás, que conlleva una especie de esclavitud, de la que no les es fácil caer en la cuenta. La fuerza inveterada del tiempo y las costumbres les ha convertido en una raza acostumbrada.

Mientras los Achachilas guardan su sueño, yo velo. Siento que amo a esta raza. Igual que ellos aman su tierra y sus costumbres. Me digo:
—Son como son, sin poder dejar de serlo.

Están anclados tan firmemente en sus raíces, como el Illimani lo está señoreando y protegiendo los Andes. Imposible moverlo de su sitio. Hay que repetirlo:
—El Illimani es vertical.

Lo es. Pero yo, adentrado en el panteón de los dioses, y sin doblar la rodilla, sino puesto en pie, alzo mi voz y protesto. Protesto contra todas las divinidades esclavizantes; de hoy, de ayer, y de siempre.

Los indígenas acaban de despertar y comienzan a preparar las cosas para reemprender la marcha. Pronto va a amanecer. El Illimani también se despereza. Una leve neblina cubre la enhiesta montaña. La niebla es como una caricia protectora. El alegre, aunque monótono, tintineo de las campanillas de las llamas nos acompañará a lo largo de la jornada.

Al echar a andar, he visto a un cóndor majestuoso mecerse en los columpios altos del viento. El suave golpear de los pies descalzos de los

indígenas sobre el camino ponen ritmo al nuevo día que se abre como un salmo de alabanza y súplica. La Pacha-Mama, Madre Tierra, bendice a todos sus hijos.

-8-

El Jardín de las delicias

—¿Me acompañas?
—Por supuesto, Abuelo.

Y nos fuimos a dar un paseo. Al Abuelo le gustaba Madrid. Dimos una vuelta por las principales calles de Madrid. Pero gran parte del día lo dedicamos a visitar el Museo del Prado. Como siempre, mucha gente; de todas las edades razas y lenguas de la inmensa tribu humana. Abundaban los japoneses.
—Abuelo, detengámonos ante este cuadro.
—Es El jardín de las delicias.

El gran tríptico del Bosco.
—El artista más parecido a Melquisedec.
—¿A Melquisedec? Explícate, Abuelo.
—¿No recuerdas que Melquisedec, según la Biblia, aparece sin padre, ni madre?
—Sí. Y también, que era rey de Salem.
—Bien; pues de este artista, el Bosco, apenas si conocemos su nombre; ni cuándo, ni dónde nació. O sea, como Melquisedec.

Es que, los artistas son universales. Nos detuvimos ante esta obra por asociación de ideas. Era el artista que, como tantos otros de su tiempo, se estrujó la cabeza tratando de presentar, con cierta originalidad, el cielo; el mismo que según el Abuelo, y yo estaba de acuerdo con él, los teólogos cristianos nunca supusieron representar satisfactoriamente. Este cuadro era un compendio de teología. Pero…
—¿El cielo? ¿Dónde está el cielo?

El Abuelo se echó a reír.
—Cuántas veces te he dicho que el cielo no es un lugar.
—No me refiero a eso, Abuelo. Contempla el cuadro. Te digo que la teología aquí representada es tétrica.

—Lo sé, y estoy de acuerdo. Efectivamente, lo que se ve en este cuadro es, más bien, el infierno.

El Bosco había querido trazar, sobre todo, una alegoría; convengamos que onírica, pero alegoría, sobre el origen y el fin del mundo. Tema de contenido teológico.
—Dejemos a un lado la teología. Este cuadro es sobre todo una metáfora pura. La metáfora de un sueño universal.

Nos quedamos largo rato mirando el valioso cuadro. El Abuelo, como si tratara de examinar a un neófito en catequesis, me dijo.
—¿Qué representa la tabla derecha?
—Está claro; la creación.
—¿Y la izquierda?
—También está claro; el infierno.
—Muy bien. ¿Y el centro?
—Yo diría que el cielo.
—No, hijo, no. Eso no es el cielo.
—¿Entonces?
—¿No hemos convenido en que es un sueño universal?
—Sí, el del artista. Los artistas son soñadores, Abuelo.
—Pues ahí tienes un hermoso sueño.

Efectivamente, era el sueño de un artista grande: el Bosco. Un sueño pletórico de la sublime plasticidad de una extraordinaria y alegórica belleza sensual. Sin duda, quiso representar el cielo. Pero el Bosco no pasó de la tierra. Más que teología, en el cuadro había un sueño. Más allá de la amplia gama de formas presentadas, la realidad sensorial y sensual de las cosas adquiere cotas muy superiores a la realidad empírica. Y el Bosco termina recreándose en el infierno desde una espléndida sublimación que pertenece al estado onírico.
—Es querer explicar las cosas por la ley de los contrarios.
—Así es. El dolor es carencia de felicidad. Presentándonos, como contrapartida, el dolor, lo que intenta es presentar la felicidad.

Es más fácil pintar el dolor, que la felicidad. Permanecimos unos momentos en silencio, admirando la abarrotada imaginación que el artista había plasmado. Antes de proseguir la visita por las demás salas puntualicé:
—Adán tiene el aspecto de no haber roto nunca un plato.
—Y Eva es de una inocencia total. En cambio, los animales del Edén···, ¿qué me dices de ellos?

Los animales eran atroces depredadores, por más que estén sumergidos en las aguas que han corrido desde la cercana Fuente de la Vida. Llama la atención la complacencia notoria que hay en el disfrute de los placeres más exagerados y depravados. Lo dicho. Por querer aproximarnos al cielo, el artista nos ha acercado al infierno. Un infierno escalofriante.
—Querrás decir, repugnante.
—Es que, de otro modo, no sería infierno.

Sobre la parte superior, el mundo entero ardía; lo mismo que si se tratara de una conflagración nuclear. Estaban muy vivas las dramáticas escenas de las Torres Gemelas, en Nueva York. O las más recientes del 11 M en Madrid. La sombra de Caín revolotea sin cesar sobre la faz de la tierra. Eso pensé. Y también: ¿Por qué será que, tanto los artistas como los teólogos, cuando han querido hablarnos del cielo nos han acercado de tal manera al infierno, en justo afán por alejarnos de él, que lo único que han conseguido es que no nos enteremos de cómo es el cielo? El Abuelo, dijo:
—Hubo un hombre, excepcional y sabio, que fue Saulo de Tarso. Un hombre colosal. En uno de sus arrebatos místicos debió asomarse al cielo.

Se carteaba con Séneca; a buen seguro que le contó aquello de "ni el ojo vio, ni el oído oyó". Y Séneca, sabedor de que, a pesar de la grandeza moral y la cultura de Saulo, hay cosas que nos resultan imposibles, le respondería, como un día a Lucilio: "Se necesita un alma

grande para apreciar las grandes cosas, pues las almas vulgares les atribuyen sus propios yerros".
—Abuelo, pues a pesar de su alma grande, Saulo tampoco pudo describir el cielo. Por más cerca que hubiera estado de él, no pasó de un balbuceo al querer describirlo.
—Es que, el ser humano está equidistante del cielo y del infierno. Pero al final siempre está el cielo.

Instintivamente, miré a las alturas. Sabía desde niño que todo lo que estaba arriba se llamaba y era el cielo. Y en mi fantasía, el cielo era muy grande, todo él poblado de angelitos buenos. Buenos porque no tenían más que cabecita y alas para volar alrededor de Dios. Pero gente grande, de cuerpo entero, no había; excepción de Cristo y la Virgen. Por supuesto, los niños que se morían iban al cielo. Los Abuelos también. Pero yo sólo vi el techo del Museo del Prado. Aunque en mi mente aparecieron todas las constelaciones de estrellas. Se me antojaban clavos de plata que tachonaban y cerraban el firmamento, como si del cofre mágico de un gran mago se tratara.
—Abuelo, ¿de qué lado queda la puerta del cielo?
—¿De qué cielo hablas?

El cielo era también como una gran caja de Pandora, imposible ya de cerrar. No pude evitar jugar con la metáfora del tiempo y del espacio; y moverme oníricamente entre el pasado y el presente. Ni pude evitar la realidad, reflejada en el cuadro. Insistí:
—¿Dónde está la puerta del cielo?
—El cielo no tiene puertas.
—Entonces, ¿por qué dicen que es tan difícil entrar en él?
—Porque hace mucho tiempo ya que los hombres saltaron los muros del paraíso que guardaban intacta la inocencia.

Pensé en la caja de Pandora. Intenté defenderme.
—El hombre no podía leer ni prever el futuro.
—El hombre no rompió el futuro, rompió el pasado. La inocencia estaba en el pasado.

Al salir de nuevo a la calle, me pareció que Madrid se había puesto en pie. ¿O era que mi conciencia tenía algo o mucho que reprocharme?
—La conciencia camina de espaldas. Mira siempre al pasado.

Me vi envuelto en el barro adámico de la creación, que no alcanzaba para cubrir mi indigencia de hombre. Qué misterio resultaba ser la vida. Tan fácil para unos, al menos en apariencia. Tan dura para otros, sin apariencia. De pronto, surgió en mí una pregunta insidiosa. Como de pasada, le pregunté al Abuelo:
—¿Qué es el hombre?

Como respuesta, hubo un silencio que califiqué de metafísico. Luego, dijo:
—El hombre es un niño.

No me esperaba esta respuesta. Pero ahora comprendía por qué mi conciencia andaba encrespada. Ser adulto, ser mayor, me parecía fascinante y muy importante.
—Seguir siendo niño es lo importante. ¿No hemos quedado que el cuadro de El Bosco es una catequesis? Pues recuerda que fue Cristo el que dijo que "tenemos que ser como niños para entrar en el reino de los cielos".

A modo de humilde excusa, dije:
—La vida nos hace adultos.

Caminamos en silencio hacia el hotel. En las calles no se veían apenas niños. Volví la vista a mi infancia. Yo había sido un niño feliz.
—Pues, no dejes de serlo.

-9-

El transiberiano

Habíamos trasladado la Embajada de los Sueños a la Siberia. El frío ayudaría a conservar frescos los pensamientos. Pero el Embajador y yo viajábamos de incógnito. Yo iba de Secretario de la Embajada. Viajábamos en el tren, el famoso Transiberiano. Sentí un escalofrío. Los pensamientos querían huir de nuestra valiosa valija diplomática.

La tundra, helada, interminable, infinita, se extendía a nuestros pies. Tenía el color blanco-ceniza de la soledad de la nieve. Nunca había sentido tan de cerca la tristeza del paisaje aterido. El Transiberiano se movía con pesada monotonía. En la mochila del Embajador los libros se agazapaban, congelados de frío; como nosotros. Daba impresión de que querían huir de su obligada soledad, que no se diferenciaba mucho de la nuestra. Alguien nos saludó en una lengua que no entendí. Supuse que dijo:
—¡Buenos días!

Era el interventor. La respuesta a su saludo quedó apenas colgada de mis labios. Era un señor educado, pero infundía miedo. Esbocé una sonrisa, cortés y amable; le extendí los billetes y continué mirando por la ventanilla. Se limitó a cumplir con su deber. Nos miró, picó los billetes, anotó y se fue.

El Embajador, que leía desde hacía rato, prosiguió inalterable la lectura. Cuando el interventor se fue, pregunté:
—¿Qué lee, señor Embajador?
—Un libro prohibido por estos parajes: Archipiélago Gulag.

Disimulado tras unas pastas del Quijote, para que resultara menos sospechoso, el libro del Archipiélago más prohibido en estas latitudes, y que él, deliciosamente, sostenía en sus manos, nos iba pasando por un campo de alambradas, de exterminio, de sufrimientos indecibles. Eso fue, al menos, lo que me contó el Embajador. Le contesté:

—Pues corremos peligro, Embajador.
—Siempre ha resultado peligroso leer. Por leer, mucha gente terminó en la hoguera de la Inquisición. Pero es mucho más peligroso no hacerlo. La ignorancia es la peor dictadura.
—Pues, alguna vez oí que alguien decía: “Temo al hombre de un solo libro”.

El Embajador soltó una carcajada.
—Sí, porque ¿dónde va uno con un solo libro? Es como tener el coche al límite de la reserva de combustible cuando aún te quedan mil kilómetros por delante y no hay gasolineras en todo el trayecto. La ignorancia, además de atrevida, es peligrosa.

Según atravesábamos la tundra, sentí como si un poder interior me empujara con fuerza. Me levanté del asiento y eché a correr. Lo hice con dramatismo y furia. Salté las alambradas electrificadas y seguí corriendo. Crujía la nieve bajo mis pies y el aullido de los lobos me estremecía. Lejos, muy lejos, podía vislumbrar no sé qué lejana playa de la libertad. Y más allá, entre la niebla, dominándolo todo, se adivinaba un Acantilado.

Yo corría, mi mente corría, el Embajador también corría. Corríamos juntos, y más que el tren. Este seguía avanzando despacio, fatigosamente, con una especie de desaliento aprehendido en la monotonía interminable de las estepas siberianas. El frío se colaba por los vagones casi vacíos. El Embajador cerró el libro. Me miró.
—¿Dormías?

Nos sonreímos los dos. Desde mi sitio veía el dormir acompasado de algunos otros pasajeros. Pero observé que en los asientos más cercanos no había nadie. Menos mal. El sentido del ridículo me incomoda. En las galerías de mi mente había también mucha soledad. Me fui adormeciendo otra vez, estirado igual que el paisaje borroso de la estepa interminable. En mi mente buscaba el Acantilado. Había sido también una de nuestras anteriores Embajadas de los Sueños. Además,

allí sí se estaba bien. No hacía frío. La explanada del Acantilado era el punto más opuesto al paisaje gélido de la tundra. De pronto, sentí un frenazo en forma de golpe seco y chirriante. Me sobresalté.
—Embajador, ¿qué ha pasado?
—Nada, un frenazo.

El tren había efectuado una parada en una estación perdida en medio de la tundra.
—Pensé que había sido un terremoto; como el de Lisboa.
—Ese tuvo lugar el año 1755. Aún no habías nacido.

No estaba yo seguro de eso. Mi mente permanecía en un estado medio intemporal; tanto era el nerviosismo que llevaba. Levanté la vista hacia la mochila donde iban los libros. Uno de ellos, Cándido, casi se cae. Alcé la mano para sostenerlo, pero no llegó a caer, y se le notaba tranquilo. Él, que había estado allí de manos de Voltaire me lo podría aclarar. Pero no dijo nada. Permaneció mudo.

El asiento contiguo seguía vacío. Y la estación desierta. La pequeña campana que sobresalía por entre el frío y la neblina me recordó las que había visto en las antiguas estaciones ferroviarias de la España primitiva. Me enfundé aún más en mi chamarra. Tras la ventana de la estación se adivinaba una sala y en ella una vieja estufa a carbón. Parecía una cárcel, si bien, quizá más caliente. Me acordé de Marco Polo cuando dictaba a Rusticiano de Pisa el Libro de las Maravillas del mundo.
—Pero esto, Secretario, no es Venecia.
—Por supuesto; ni hay agua ni sol, ni góndolas ni romances.
—Es la Siberia, la tundra, el hielo. Archipiélago Gulag. Pero, olvida todo esto, que es la hora de comer.

Un plebeyo y sabroso bocadillo de tortilla a la española, que acreditaba nuestro origen, nos devolvió a una realidad más risueña. Después, a dúo con Sorozábal, nos pusimos a tararear la famosa zarzuela, Katiuska:

—¡Katiuska, Katiuska..., qué va a ser de ti...!

El Embajador disfrutaba. Cantábamos fuerte, aprovechando que nuestro departamento había quedado vacío. También en el departamento contiguo alguien lucía sus facultades canoras. Con voz de bajo profundo, desgranaba viejas canciones del Don.

El tren seguía su marcha. ¿Hacia dónde? Cambiando de postura, me volví hacia el asiento que ocupaba el Embajador. Éste iba envuelto en un largo gabán cuyo color tiraba a blanco. Cualquiera podía haberlo confundido, ¿con quién?
—¿Sabe, señor Embajador, que se parece a Gregorio XVII?
—¡Qué ocurrencias tienes!
—Embajador, ¿dónde está la estación final, donde debemos apearnos?
—Ya que me encuentras un parecido con su Santidad Gregorio XVII, él podrá responderte con más autoridad que yo. La Historia de los Papas también la llevo en la mochila. Pregúntale a él.

Le formulé la pregunta; breve, y con cierta matización.
—Santidad, usted que acaba de tener una visión espectacular sobre el fin del mundo, dígame, ¿vamos bien en esta dirección?

El venerable anciano, Gregorio XVII, me miró compasivo, casi con mimo. Temía, como nadie, el estallido de una guerra nuclear. Se limitó a decir que somos los bufones de Dios. Los bufones de Dios. Lo dijo, y tuvo que abdicar. Sentí una especie de rabia reprimida, e increpé a Morris West, que era en realidad quien lo había dicho desde uno de los libros.
—Señor West, usted juega con los sentimientos.
—¿Estás seguro? El amor, la fe, la esperanza, viajan en el mismo vagón. Es dirección única. No hay retorno.

Alguien carraspeó. Volví la cabeza, porque el sonido venía de otro lado. Era Antón Chejov. De momento no dijo más. Luego, como

haciendo sitio al silencio, quitó el vaho del cristal de la ventanilla con la manga de su abrigo. Después de un intrigante silencio continuó.
—¿Ves esos pobres campesinos? Están ateridos de frío y muertos de hambre. ¿Qué esperanza de vida tienen?

Casi no tuve valor para responderle. Pero al fin contesté:
—Ninguna; aunque son los pocos clarividentes que aún quedan en el mundo, por más que no sepan leer ni escribir, señor Chejov.
—¡Son esclavos; simplemente esclavos, eternos esclavos!

Intervino el Embajador. Me sentí más tranquilo. Su aserto fue:
—En todo ser humano que vive esclavizado se incuba el resentimiento, el odio, y la sed de venganza. Esa sed de venganza rebasa toda ética. No puede haber amor donde no hay justicia.

Tenía razón el Embajador. Me hubiera gustado escuchar esto de boca de algunos otros políticos. Pero sus frases solían ser más redondas, incluso hermosas, pero, y al mismo tiempo, vacías. Por la abertura de la mochila, y como queriéndose escapar, se asomaban ahora todos los demás libros que con tanto cuidado el Embajador llevaba escondidos. Nos podían haber metido en la cárcel por contrabando de libros. Las dictaduras no se llevan con la cultura. El Embajador me susurró:
—Cada libro abre caminos de incansable libertad.

Lo dijo, y los libros se pusieron a aplaudir. Pero ¿qué era la libertad? La libertad resultaba siempre tan insidiosa como la verdad, para determinadas personas. Grité:
—¿Alguien me puede responder? ¿Qué es la libertad?

El señor Kundera, contestó, como dubitativo:
—Yo diría que..., que el amasijo de una historia de amor, celos, sexo, traiciones...

—¿Ah, sí? ¿A eso llama usted libertad? ¿Para terminar limpiando cristales como Tomás, el médico, en su La insoportable levedad del ser? ¿No será mejor deshacer el amasijo?

El Embajador me tiró de la manga. Luz ámbar. Alarmas encendidas. Peligro. Pero puesto ya en el disparadero, le espeté.
—Ése es argumento válido para una novela, para cualquier novela, no para mí. No me convence. Aunque, por lo demás, debo felicitarle: Su novela me ha encantado.

Le solicité un autógrafo, a lo que accedió gustoso.
—¡Gracias! También usted es un soñador.

No sé si captó mi apostilla. El Embajador me sonrió. Luego siguió un largo silencio. Miré por las ranuras que el vaho dejaba en el cristal al escurrirse.

Se adivinaba, a lo lejos, un pequeño poblado. Casas humildes, de madera. Me pareció ver a Nilovna, la madre de Gorky, quien disfrazada de peregrina iba corriendo de puerta en puerta. No pedía limosna; repartía literatura, presuntamente, subversiva. Seguro que en aras de la libertad. Casi grité.
—¿De qué libertad?

Me respondió con voz muy queda, el Embajador:
—Simplemente, la libertad. ¿Te parece poco?

Alvin Toffler, fue quien terció ahora en el pequeño debate entablado. Le respondí amablemente, y con todo el respeto que me merecía.
—¿Acaso pediría nadie la libertad si no fuese esclavo?

Yo conocía sus libros. Añadí:

—No es usted un profeta, señor Toffler; pero sabe penetrar como nadie en el futuro de..., por ejemplo, la economía mundial. La misma que se mueve desde fuerzas ocultas en la era de la informática.
—Le agradezco su apreciación. Ciertamente, la informática está resultando ser la auténtica revolución de los tiempos actuales. Va mucho más allá del capitalismo y del socialismo.

Su conversación resultaba agradable. Continuó:
—Pero convendrá conmigo en que el altar del sacrificio seguirá siendo el mismo: la política por la política. Y dígame, ¿a qué nos lleva la política...?
—Señor Toffler, ésa era la pregunta que yo pensaba hacerle; pero se me ha adelantado. En efecto, ¿a qué nos lleva la política?
—La política es el gran negocio que mueve los hilos de la gran marioneta en que hemos convertido nuestro pequeño mundo.

No le faltaba sentido de la ironía, al acentuar "gran negocio", "gran marioneta", con "pequeño mundo". De sus palabras deducía que estamos condenados a tener que continuar soportando que se siga escribiendo la misma historia de siempre: la de todas las esclavitudes.

Mientras transcurría nuestra animada conversación, extraje de la mochila la bota de vino. Se la ofrecí. Agradeció la invitación y paladeó gustoso un trago. Luego, bebieron los demás.
—¿Del Duero?
—No, no: del Ebro, que lleva más agua, y al pasar por el Pilar la Virgen lo bendice.

Todos rieron. Y cada quién siguió en sus tareas. A quien vi de mejor humor, fue a Graham Greene. Dando un fuerte apretón de manos a su Monseñor Quijote, cerró la puerta de Rocinante, el pequeño auto, una vez que Sancho logró acomodar su generosa humanidad, y los despidió. Volviéndose hacia mí, me dijo:
—Este sí es un sueño posible.
—¿Ha dicho posible?

—Es que, los sueños imposibles no existen. Los imposibles, si acaso, están en las ideas cuando no se pueden llevar a cabo.

Su Monseñor Quijote estaba salpicado de cómicas aventuras en sus intensos debates sobre todo lo habido y por haber: religión, moral, política... De todos modos, en lo personal prefería al otro Quijote, al soñador. Lo que no estaba para sueños era el frío, que arreciaba. Sentí, de pronto, que todos los personajes de los libros se habían entumecido, igual que mis piernas. Para calentarme, me puse en pie y comencé a recorrer, tambaleante, el viejo tren. Como por arte de magia, ahora ya no había nadie. Quedaba tan sólo el frío. Y el Embajador. Y yo.
—Y un mundo de Sueños, -añadió el Embajador.

Era un frío espantoso que paralizaba la tundra. Que atenazaba con su terrible soledad a toda la Siberia.

-10-

El tren, parábola imperfecta

La tundra, helada, interminable, infinita, tenía el color blanco-ceniza de la soledad de la nieve. Nunca había sentido tan de cerca la tristeza del paisaje aterido. El transiberiano se movía con pesada monotonía. En mi maleta, los libros se agazapaban como queriendo huir de su soledad, que no se diferenciaba mucho de la mía.

-Buenos días, me saludó alguien, o así lo supuse, en una lengua que no entendí.

Esbocé una sonrisa, como contestación amable, le extendí el billete, y seguí leyendo. El revisor picó el tiket, anotó y se marchó. Yo seguí leyendo el Archipiélago Gulag disimulado tras unas cubiertas del Quijote. Luego me detuve. Peligro, pensé. Cerré el libro, eché a correr. Con dramatismo y furia, salté las alambradas electrificadas y seguí corriendo. Crujía la nieve bajo mis pies y el aullido de los lobos me estremecía. Lejos, muy lejos, podía vislumbrar la lejana playa de la libertad donde me aguardaba Françoise Sagan.

Yo corría, mi mente corría, los dos corríamos juntos, y más que el tren; éste seguía avanzando despacio, con una especie de desaliento aprehendido en la monotonía interminable de las estepas siberianas. El frío se colaba por los vagones casi vacíos. Desde mi sitio veía el dormir acompasado de algunos pasajeros.
¡Buenos días, tristeza ... ! -oí que alguien me saludaba-.
(¿Tristeza ... ? -me dije. No estoy triste, simplemente, pienso).
-¡Buenos... -inicié, y a punto estuve de completar como contestación la ritual frase-
-...días!. Pero me di cuenta que en los asientos más cercanos no había nadie. Menos mal. El sentido del ridículo me incomoda. En las playas de mi mente había también mucha soledad, me fui adormeciendo, estirado en el paisaje borroso de la estepa interminable, y mi mente buscó el acantilado, la playa, el verano, el punto opuesto al paisaje gélido de la

tundra. Un hombre viudo y su hija paseaban por la casi solitaria playa, en la espléndida novela; él no perdía de vista a Elsa. Los amoríos de siempre. Sentí un frenazo en forma de golpe seco y chirriante. Pude ver en ese momento cómo Ana moría, en accidente, casi, casi llegando a París. Me sobresalté.

El tren había efectuado su parada en una estación perdida en medio de la tundra. Creí que había sido un terremoto, ¿el de Lisboa...?. Año 1755. Levanté la vista hacia la maleta de los libros. Cándido estaba tranquilo; él había estado allí de manos de Voltaire y me lo podría aclarar. No dijo nada. Entonces, no. El asiento contiguo seguía vacío. Y la estación desierta; la pequeña campana que sobresalía por entre el frío y la neblina me recordó las que había visto en las antiguas estaciones ferroviarias de España. Me enfundé aún más en la fuerte chamarra. Tras la ventana de la estación se adivinaba una sala y en ella una vieja estufa a carbón. Se parecía a una cárcel, si bien, quizá más caliente. No sé por qué, me acordé de Marco Polo dictando a Rusticiano de Pisa el Libro de las Maravillas del mundo. Pero esto no era Venecia, de agua y sol, góndolas y romances, sino la Siberia.

Un plebeyo, pero sabroso bocadillo de tortilla española, a la francesa, -para acreditar mi origen europeo-, me devolvió a una realidad más risueña. Me puse a tararear Katiuska, a dúo con Sorozábal. ¡Katiuska, Katiuska, qué va a ser de ti...! Gritábamos fuerte porque no nos oía nadie. Pero se nos impuso alguien que cantaba, con voz de bajo profundo, viejas canciones del Don.

El tren seguía su marcha. Hacia dónde? ¿Dónde está la estación final? Buena pregunta, me dije a mí mismo. Cambiando de postura, me volví hacia el asiento de al lado dirigiéndome a la noble figura envuelta en un largo gabán blanco:
-Santidad, usted que acaba de tener una visión espectacular sobre el fin del mundo, dígame, vamos bien en esta dirección?

Gregorio XVII me miró compasivo, casi con mimo; temía, como el que más, el estallido de una guerra nuclear; se limitó a decir que somos los bufones de Dios. Lo dijo, y tuvo que abdicar. Sentí una especie de rabia reprimida, e increpé a Morris West:
-Señor West, usted juega con los sentimientos. Pero el amor, la fe, la esperanza, viajan en el mismo vagón.
-No estés tan seguro, -intervino Anton Chejov; luego, como haciendo sitio al silencio, quitó el vaho del cristal con la manga de su abrigo-; continuó: ¿ves esos pobres campesinos, están ateridos de frío y muertos de hambre, qué esperanza de vida tienen?
-Ninguna, pero son los pocos clarividentes que aún quedan en el mundo, aunque no sepan leer ni escribir, señor Chejov, -le dije. -Son esclavos, simplemente esclavos, eternos esclavos, -no supe si era yo o mi mente quien se pronunciaba-, y en ellos, como en todo ser humano que vive esclavizado se incuba el resentimiento, el odio, la sed de venganza. Y esa sed de venganza está por encima de toda ética. -Dije, y me callé.

¿Dónde habría leído yo semejante diatriba? Lo mismo da. La frase era tan redonda, hermosa y vacía como cualquier discurso político, aunque más real.
-También, camino de incansable libertad, -apostilló Milan Kundera.
-¿Libertad, ha dicho usted? ¿Qué es la libertad? -pregunté de mala fe- porque la pregunta sobre la libertad es tan insidiosa como la pregunta sobre la verdad. (¿Qué es la verdad?, -había preguntado Pilato, el egregio político, con afectada modestia, ante el tribunal de Dios).

Insistí:
-¿Qué es la libertad?
-Yo diría que.... el amasijo de una historia de amor, celos, sexo, traiciones...
-¿Ah, sí? ¿Para terminar limpiando cristales como Tomás, su médico, tan insoportable como la insoportable levedad del ser? Ese es argumento válido para una novela, para cualquier novela, no para mí. No me convence. Aunque, la verdad, le felicito a usted; la suya es de

las que más me han gustado. Extraordinaria. Le ruego, por favor, que me estampe su autógrafo. ¡Gracias!

Siguió un largo silencio. Miré por las ranuras, en forma de pequeños riachuelos, que el vaho dejaba en el cristal al escurrirse condensado. Se adivinaba a lo lejos un pequeño pueblo. Casas humildes, de madera. Me pareció ver a la madre de Gorky, disfrazada de peregrina, ir corriendo de puerta en puerta; Nilovna no pedía limosna, repartía literatura, presuntamente subversiva, preparando el parado de los bolcheviques. Pensé que en aras de la libertad. ¿De qué libertad? -Simplemente, la libertad ¿Acaso hay otra?, -terció Alvin Toffler.
-Dirá usted la esclavitud. ¿Pediríamos, acaso, libertad si no fuéramos esclavos? Conozco sus libros. No es usted un profeta, pero sabe penetrar como nadie en el futuro de la economía mundial, la misma que se mueve desde fuerzas ocultas en la era de la informática, la auténtica revolución de los tiempos actuales y que va mucho más allá del capitalismo y del socialismo. Pero el altar del sacrificio seguirá siendo el mismo: la política por la política. ¿A qué nos lleva la política...? ¡No, no; no conteste, que yo mismo se lo diré! A seguir escribiendo la misma historia de siempre: la historia de todas las esclavitudes.

Tras esta parrafada que me salió de lo profundo del alma sentí mi garganta reseca. Extraje de la mochila mi bota de vino. Bebí. Yo primero, por cortesía. Luego la ofrecí. Todos bebieron.
-¿Del Duero?
-No, no, del Ebro, que lleva más agua, y al pasar por Zaragoza se vuelve canción tras haber catado las bodegas riojanas.

Todos rieron. Pero al que vi de mejor humor fue a Graham Greene. Dio un fuerte apretón de manos a su Monseñor Quijote, cerró la puerta de Rocinante, el pequeño auto, una vez que Sancho logró acomodar su humanidad generosa, y los despidió. Este sí era un sueño posible, salpicado de cómicas aventuras en sus intensos debates sobre todo lo habido y por haber, religión, moral, política...

De pronto los perdí de vista. El frío me había entumecido las piernas. Me puse en pie y comencé a recorrer, tambaleante, el viejo tren. No había nadie. Sólo mis libros. Asomándose por la vieja maleta de viaje, me miraban con cara de extrañeza, como diciéndome: no te vayas, no nos dejes solos.

En un impulso instintivo eché a correr, pero no hacia la cabecera del tren, sino hacia la cola del mismo. No hacia la terminal de destino, sino hacia la terminal de origen. Era como trazar una parábola en el tiempo, (-yo estaba en la mitad del tren-), y lo mismo que la pescadilla al morderse la cola, quedar en posición fetal. Me pregunté que por qué tenemos tan poca prisa en llegar a la estación de destino, siendo ésa, precisamente, la terminal única y convergente. Por qué tanto afán en volver hacia el origen ignoto del cual sólo sabemos que arrancamos, y nada más. ¿Va el tren hacia adelante, o va hacia atrás? Era la pregunta crucial sobre la vida: qué es, dónde empieza, dónde acaba, qué hay antes, y qué hay después.
-¡No te vayas ... !, -me gritaban mis amigos los libros.
-Ahora vuelvo, -les dije para tranquilizarlos.

Llegué a la estación cansado. Hacía mucho calor.
-Oiga, señor jefe de estación, ¿a qué hora sale el tren?, -pregunté amablemente.
-¿El de hoy o el de ayer?, -así me contestó.
-¡¿Ah...?! -Al ver mi cara de extrañeza, el jefe de estación de Mazatenango, Guatemala, me aclaró, bajando la voz:
-Es que, ¿sabe?, el de ayer aún no ha llegado.
-¡Ah.... vale. ¡Oiga! Esto..., ¿no se llamará usted Manolo?
-¡No!. ¿Por qué?
-Es que, tengo un amigo que se parece mucho a usted, y se llama Manolo. ¿Sabe?, el humorista; que es amigo de Tomás Salvador.
-Entonces, seguro que es filósofo.
-Bueno, más o menos.

Luego me senté en el suelo, a la sombra de la misma estación; muy cerca estaba la trocha o camino por donde pasaban los camiones cargados de algodón. Venían de la costa. Atravesaban sin cuidado las vías del ferrocarril. Total, el tren siempre venía con retraso... El de ayer no había llegado.
-¡Ah, bueno, entonces el de mañana, que es el de hoy, estará para salir...! A ver, si no lo pierdo.

¡Qué lío, o sea, que mañana es todavía hoy! Es decir, que esto es como el movimiento continuo alentado por un ingenuo motor de ilusión.
-Eso mismo. Se lo acababa de oír a Jaime Gades Dartmoore. Así, Dartmoore, que siempre es bueno hacer constar el segundo apellido, aunque, en definitiva, da igual. Él es sobrino de tía Lisa, según contaba don Torcuato, pero quien le eriza la piel es Pepa Niebla, con lo cual los apellidos son como la pedrea de la lotería: pura consolación.

No quise meterme en devaneos amorosos, y viendo que el tren no llegaba, ni el de ayer ni el de mañana, eché a andar vía adelante, por si mañana era hoy. No tenía prisa. Quería llegar a las selvas del Petén, tardara los días que tardara. Y luego seguir hasta Yucatán. Pero antes, por cercanía, subiría al Altiplano guatemalteco, a echar un vistazo a la luna gardenia de plata, la luna de Xelajú, única, inconfundible, la de mis noches de amor...

Mi interés por llegar a la selva del Petén se debía al particular talento de los mayas. Ellos fueron quienes descubrieron el valor del número 13, mi número de suerte, y el calendario, antes, mucho antes que los aztecas.

Creo que adivinó mis intenciones Pierre Ivanoff, porque, apresurando el paso, me dio alcance y se puso a caminar a mi lado. Mejor, era un excelente conocedor del país de los mayas. Pero al volverme, vi que me seguían, saltando sobre las traviesas de la vía todos mis otros libros. Parecían los siete enanitos detrás de Blanca

Nieves; contentos, felices. Vi que por el camino se les agregaban otros y otros, muchos, muchísimos libros más.

Habíamos pasado, en un abrir y cerrar de ojos, del Pacífico al Atlántico. Llegando estábamos a las costas de Yucatán. Justo en ese momento amanecía, de golpe, como es costumbre en el trópico. Pudimos observar cómo naufragaba Jerónimo de Aguilar, muy cerca de la costa. Quise acercarme para entrevistarlo, pero mientras se me ocurrían las preguntas, Hernán Cortés se me adelantó. Luego los dos desaparecieron. Supe, más tarde, de su vocación de fraile aventurero y de sus labores de traductor junto a doña Marina la Malinche.

Mis libros descansaban ahora bajo el cielo intenso, luminoso y cálido, del trópico. Junto a mí no vi a nadie más. A mis pies encontré una nota, enigmática, escrita sobre la arena: "El transiberiano, nunca arrancó; el mazateco, nunca llegó". No lo entendí. Me resultaba indescifrable. Fue como si Torcuato Luca de Tena hubiera dicho mientras se alejaba por la playa: El futuro fue ayer.

Más no escuché. Era la víspera del primero de enero del año de gracia del Señor de 1511. Yo aún no había nacido. Doy fe.

-11-

En el trapecio del circo

Han pasado los años. Muchos años. He vuelto a sentarme sobre las mismas rocas de entonces, que tantos recuerdos evocan. Es el mismo lugar desde donde, tantas veces, mi Abuelo y yo contemplábamos el mar. Él ya no está. Cumplido su ciclo vital se fue. El Acantilado sigue igual. No me cansaré de decirlo, mi Abuelo fue mi mejor amigo y maestro. Solía decir con frecuencia:
—La tarea del hombre sobre la tierra es ser feliz. Muchos no lo consiguen.

No recuerdo si alguna vez le pregunté:
—¿Por qué?

Es una cuestión, para cuya pregunta y respuesta no tenía capacidad entonces. Mi Abuelo era feliz entre los libros. Más de una vez le escuché decir:
—Se es feliz cuando se trabaja para que los demás lo sean. No son las cosas las que hacen feliz al hombre.

Se me quedaba mirando con aquella mirada, penetrante y serena a la par, que tanta seguridad me inspiraba.
—Hijo, los libros tienen la virtud de evidenciar y descubrir nuestras carencias, nuestros vacíos intelectuales; al tiempo que nos proporcionan herramientas para activar la inteligencia. No te extrañe, pues, que los libros sean nuestros grandes amigos.

De vez en cuando, solía repetir una especie de broma que a mí me causaba mucha gracia.
—Hijo, la humanidad está llena de gente intelectual y de gente inteligente. Intelectuales, son todos. El resto, inteligentes.

Como si hubiera hecho un pacto de silencio conmigo mismo, he tendido la vista por encima de las olas, hasta abarcar la inmensidad que

mis ojos podían contemplar desde lo alto del Acantilado. Y he dejado que los recuerdos siguieran aflorando. En parte, porque necesito, más que guardar silencio, escuchar el silencio. Solía decirme:
—El silencio es, a veces, respeto. Otras, asentimiento. Y no pocas, complicidad. Pero también, prudencia y sabiduría. Con frecuencia, manifestación evidente de nuestras carencias.

Él, al contrario que yo, tenía el don de la palabra y el respeto por la palabra y por el silencio. Decía:
—Hay inflación de palabra.

Y añadía:
—La palabra tiene significados distintos según quien la diga. En boca de ciertos políticos se convierte en ambigüedad.

No le iban los políticos. Ahora, en la apacible soledad del Acantilado los viejos recuerdos afloran vívidamente a mi mente. Aquel día habíamos estado en la biblioteca curioseando libros.
—Hijo, trátalos con cariño. Ya sabes, son nuestros grandes amigos.

A mí me atraían de modo preferente las enciclopedias y los libros con láminas. No obstante, mi gran enciclopedia seguía siendo él. Era frecuente, cuando estaba en el Acantilado con él, reclinar la cabeza sobre su regazo. Hoy lo he hecho sobre una pequeña roca. Creo que me he quedado dormido. Y he soñado:

Mis ojos miraban los anaqueles de la biblioteca. Ha sido en ese momento, justo en ese momento, cuando al querer alcanzar un libro, se ha presentado Leibniz, el ilustre filósofo. Ha salido de entre los libros, ha tomado mi mano con fuerza, y como si de un separador de páginas se tratara, la ha ido llevando, con suavidad pero con firmeza, hasta ir señalando todo el conjunto de libros.

Por más que lo intentaba, no podía retirar mi mano. Me obligaba a leer los nombres en el dorso de los libros. Y decir en voz alta los títulos. Pero las letras no se estaban quietas. Saltaban. Decían:

“Ensayos de teOdicea”, “ensAyos de teodiceA”, “Ensayos de teodiceA”. Del derecho, del revés. Como las olas en el mar.
—Oiga, señor Leibniz, que me mareo. Yo sólo busco un atlas.

Para mi desgracia, el atlas no estaba. No había ningún atlas. Sólo Leibniz estaba. ¿Y mi Abuelo? ¿Dónde estaba mi Abuelo? Tampoco estaba. Grité:
—¡Papá...!

No respondió. Con visible enojo, increpé al filósofo:
—Pero, pero... ¡Vamos a ver! ¿Señor, quién es usted?

Noté que el hombre, con gesto apenas imperceptible, me indicaba que conservara la compostura. Traté de dominarme. De modo más educado y amable, le dije:
—Perdone, pero ¿qué hace usted aquí, en lo alto del Acantilado? ¡Está haciendo frío...! ¡Se va a resfriar...!

Leibniz se echó a reír.
—¿El Acantilado···? ¡Esto es una biblioteca!
Retomó su habitual seriedad. No dijo más. Y se fue. No lograba yo entender apenas nada de sus disquisiciones filosóficas. En caso contrario, le hubiera preguntado:
—¿Por qué ha escrito usted que el mal es necesario?

Y probablemente, él me hubiera respondido:
—No, no; no es así. Yo he escrito que el mal es necesario porque resalta la bondad. La bondad de Dios, naturalmente.

Por debajo de mi posicionada altura en el Acantilado, una gaviota, blanca y parda, planeaba graciosa. El azul del cielo era limpio. Un avión de las líneas aéreas regulares lo atravesaba en ese momento. Tuve la sensación de que tomaba pista allí mismo, sobre el Acantilado. Por quedar mirándolo, distraídamente, casi me había olvidado de Leibniz. Entonces, desde otro libro, de pastas antiguas, apergaminadas, fue

Orígenes, quien asomándose por la esquina de otra estantería, me respondió:
—El mal nace necesariamente de la generosidad de Dios.
—¿Cómo dice usted?
—Claro, de lo contrario seríamos máquinas.
—¿Máquinas, dice? ¿Acaso el mal viene de Dios?
—No, hombre, no; Dios en su infinita bondad tolera el mal.

Qué lío. ¿No iba yo buscando un atlas? Orígenes estaba absorto, atento a mi soliloquio. Era un turista más entre los libros. Pero el atlas seguía sin aparecer. Había guardado silencio, mientras yo andaba a vueltas con el mapa. Con increíble desparpajo le pregunté sobre el mapa. Se echó a reír, y me saltó por donde menos me esperaba:
—Dios nos ha hecho a su imagen. Pero sobre todo, nos ha dotado de libre albedrío.

Me había distraído. Intenté ser educado.
—¡Ay, disculpe, querido Orígenes, mi distracción...! Con esto del mapa, no le estaba poniendo atención. ¿Ha dicho libre albedrío?

Fue mi excusa. Razonable, en cierta forma. Seguía sin entender apenas nada. Y lo del libre albedrío, a medias. Estuve por preguntar a mi Abuelo sobre la libertad. Me abstuve. Nacido para la libertad, a la hora de la hora, ¿hasta dónde es libre el ser humano? ¿Yo era libre? Pregunté a mi Abuelo, que estaba sin estar, por esas cosas que tienen los sueños de hacer posible lo imposible:
—Abuelo ¿soy libre?

Él había sido un hombre libre. Estaba seguro de que los seres que más quería también lo eran. Guardó un momento de silencio. Luego, tomando prestada la palabra a Leibniz, dijo:
—Hijo, la libertad no es congénita al ser humano.

“La libertad no es congénita al ser humano…” ¡Vaya...!, pensé; no era eso lo que me habían enseñado en la Facultad. ¡Libertad! Una dialéctica que me apasionaba.
—Abuelo, tú siempre fuiste libre.
—Hijo, desde que nacemos, y antes, la libertad está hipotecada.
—Pues el pensamiento es libre.
—Hasta que llega el altzheimer.

Sin que lo intentara, mi Abuelo hizo saltar el sistema de alarma de los esquemas de seguridad de mi mente. Le dije:
—Abuelo, todos somos libres.
—Hijo, no estés tan seguro.

Bien pensado, tenía razón. ¿Acaso podía yo mismo liberarme alguna vez de mi conciencia? Terció Orígenes:
—Tu conciencia es la libertad. Entiéndelo.

Verdad. Cada decisión personal de mi vida, era mía, exclusivamente mía. Pero en el juego que todos jugamos en la cancha de la vida, quien anota los tantos en el marcador, te guste o no te guste, es otro. ¿Quién podía ser?
—Tu conciencia.

Recordé que mi Abuelo solía llevarme al circo. Decía que el circo es el mundo de los niños y de los grandes. Porque hay ilusión y fantasía a raudales. De los niños, porque los hace estar en su hábitat; y de los grandes, porque les permite, al menos por un par de horas, ser niños.
—Y porque la risa es muy necesaria para desentumecer los sentimientos.

La gaviotas jugaban a hacer cabriolas sobre el Acantilado. Mientras contemplaba sus evoluciones en el aire, me imaginé el mundo como un gran circo.
—Mira, Papá, yo también sé caminar sobre el alambre.
—Cuídate, que estás en lo más alto del circo, y debajo no hay red.

Estaba solo ante el peligro. Lo más fascinante era que me resultaba agradable estar solo ante el peligro. No recordaba cómo ni cuándo había subido al trapecio. Ni para qué. Mi Abuelo decía:
—Sólo los valientes afrontan el peligro y los riesgos que conlleva.

La vida, como el mundo, es un circo; un gran circo. Una vez subidos en lo alto del trapecio, o del alambre, nos damos cuenta de que estamos solos ante el peligro. Abajo no hay red. Y se vive una sola vez. Desde la altura el panorama es mejor. Me embargaba la euforia, por la situación, por el vértigo, por el riesgo.
—¡Papá, mira, estoy solo ante el peligro!

Una euforia nerviosa me invadía mientras el trapecio se balanceaba de un lado a otro de la gran carpa del mundo. Abajo, las plateas del circo estaban llenas de hombres y mujeres que aplaudían a rabiar. Pero no vi ningún niño.
—¡Libre! Solo ante el peligro.

De pronto, se hizo un absoluto silencio. Justo en ese momento, todas las miradas convergían en un solo punto. En el alambre más alto, en perfecto equilibrio funicular sobre su silla de ruedas, Hawking, el gran sabio, comenzaba a contar sus "Historias del tiempo: del big-bang a los Agujeros negros".

Lo explicaba todo maravillosamente bien. Intentaba juntar la relatividad general con la teoría cuántica relacionándolo todo con la cosmología. Todos escuchan expectantes. Pero la mayor parte del público no entendía nada. Insistía en que la creación del Universo tuvo su origen a partir de una Gran Explosión o Big Bang, surgida de un punto de distorsión infinita del espacio y el tiempo. Decía que el espacio y el tiempo forman una superficie cerrada sin fronteras. Yo disfrutaba como un enano oyéndole.

"Los agujeros negros". No faltó un gracioso que gritó:
—¿Negros? ¡Podrían televisarlos a color!

Su grito suscitó una carcajada general. Algunos silbaban. Alguien, desde el fondo del gran circo gritó:
—¡Cállate, gamberro!

Como por arte de magia Hawking desapareció de la vista de todos. ¿Sería que había dicho todo lo que tenía que decir, o que el público presente no le agradaba por no tener suficiente percepción de la ciencia y de la historia?

Los enanos invadieron la pista central para regocijo de todos los presentes.

-12-

Eva Libertad

Desde la altura agreste del Olimpo, mitológica casa de todos los dioses griegos, donde nos habíamos instalado, la vista era espectacular. El verano estaba en su apogeo. El paisaje llevaba el tatuaje propio de la época. El reverbero de los rayos solares entre las nubes magnificaban la belleza de la deífica montaña. Por debajo de la algarabía de los colores dominantes en la mítica morada celeste, irisada de sol, de más de dos mil novecientos metros de altitud, sobresalía el color plateado de los olivos mecidos por el suave ondular de la brisa. Resultaba un conjunto majestuoso y sensual. Tesalia, Macedonia, el mar Egeo, eran una página abierta e inacabada de Historia antigua y moderna, al conjuro de los dioses. Se celebraban las Olimpíadas de Atenas 2004.

El Abuelo había anunciado que se iba de voluntario para ayudar en el gran evento deportivo; y se fue. Se le metió en la cabeza que quería ser el jardinero de los olivares de toda Grecia, porque los olivos son signos de paz. Que se encargaría de cortar las tiernas ramas de olivo que coronarían la cabeza de los triunfadores, porque esa labor estaba reservada sólo a los soñadores, y él siempre lo había sido. Con estos y otros argumentos por el estilo, así habló. No me quedó más remedio que seguirle, ya que, como ustedes comprenderán, no lo iba a dejar solo. Y con el Abuelo me fui.

Recorrimos el Peloponeso, y Creta, zonas olivareras por excelencia. Le bastaba untar una rebanada de pan para saber si el aceite era koroneiki, mastoidis o adramitini. Sin embargo, para la ensalada prefería la aceituna kalamata. Razones suficientes para que él y yo nos encontremos, con permiso de Zeus y todos los dioses que pueblan el Olimpo, instalados en lo más alto de esta bellísima montaña.
—Escucha, hijo; los dioses griegos, aun siendo burgueses, no han dejado de ser soñadores. Ya ves, sin ellos tal vez nunca se hubieran celebrado unas justas deportivas que toman el nombre de su celestial morada: Olimpo, Olimpia, Olimpíadas.

—La de Atenas 2004 está resultando espectacular.

Según el Abuelo, estaba siendo la más universal apología de los olivos. Un sueño universal de paz hecho realidad, por encima de las religiones y las políticas.
—Sí, hijo. Las religiones y la política producen guerras, dividen a los pueblos. Las Olimpíadas, por el contrario, unen, por encima y a pesar de, razas, credos y lenguas.

El Partenón lucía señero, emblemático y dominador, bendiciendo las coronas de olivo que ritualmente colocaban sobre la cabeza de los triunfadores. El Abuelo sonreía satisfecho. Estaba convencido de ser él el jardinero que con delicadeza y mimo había cortado las preciadas ramas que ahora lucían los atletas. Se imaginaba a los más de ciento veinte millones de olivos plantados en la Grecia actual, asomados a los distintos escenarios donde se llevaban a cabo los múltiples eventos deportivos, en pos del oro, la plata, el bronce, o la fama, y aplaudir todos juntos, al compás del ritmo oscilatorio que la gigantesca antorcha-pebetero marcaba desde el estadio, a los gallardos competidores.

Por mi parte, había decidido no apearme del Olimpo. Me acomodé en la zona más agreste y hermosa de la montaña al amparo de una oquedad pétrea que resultó ser una Cueva. Me senté a la entrada. Desde tan privilegiado lugar podía contemplar los distintos eventos que se llevaban a cabo en los distintos lugares de Grecia. La monumental antorcha, iluminaba, espléndida, las suaves noches de Atenas. Me faltó tiempo para preguntar al Abuelo:
—¿Cómo se llama esta Cueva?
—No tengo idea, pero yo la llamaría la Cueva de Adán.

Añadió con notoria ironía:
—Creo que aquí nació Adán.
—¿Ah, sí? Pues en adelante, la llamaré y será conocida como la Cueva de Adán.

Personalmente, casi hubiera preferido nominarla como la “Cueva del Tiempo”, por ser la matriz, metáfora universal, de la creación. Pero en atención a él, que así la bautizó, la dejé, y así quedó, como la “Cueva de Adán”. Y de inmediato me identifiqué con el nombre. Ahora bien, el Abuelo era el Abuelo, pero ¿y, yo? ¿Quién era yo? Una voz me decía por dentro:
—Tú eres Adán; es decir, Tierra.

Me gustó. Hice una reverencia aprobatoria. El Abuelo me sorprendió realizando una especie de pose, de un gesto cómico y teatral, desde lo más alto del Olimpo. Él como yo, se imaginaba estar en el escenario más alto del más monumental teatro del mundo. Sonrió y me dijo:
—Sí, hijo, Tierra es tu nombre, amasado fuiste del barro.
—Pero, ¿no es en Jerusalén donde está la que llaman Cueva de Adán? El lugar exacto, según creo recordar, está debajo mismo del Calvario, en la proximidad del Santo Sepulcro, dentro de la gran basílica del mismo nombre. Incluso hay quien dice que allí está la calavera de nuestro común antepasado. Y que la cruz de Cristo la hincaron, precisamente, encima de su tumba. Y que al golpe, la pequeña cueva del enterramiento se rajó. Otros, por el contrario, dicen que se debió a un terremoto.
—Yo pienso, más bien, que se abrió en un estampido de gloria al resucitar el Nuevo Adán, Cristo.
—Eso debió ser, Abuelo.

Apresado por la radiante fascinación del mar Egeo que tenía a la vista, el pensamiento se me fue lejos de la Olimpíada. Aquella paz paradisíaca era como la sonrisa eternizada de los balbuceos de la creación. La mar sonreía al firmamento y éste le devolvía galante la sonrisa. Yo no me cansaba de mirar y mirar, por encima y más allá de la distancia inconmensurable del tiempo. Recordé el pasaje del Génesis, cuando “Dios puso el firmamento por en medio de las aguas, apartando unas de otras”. Aún no había nacido eso que los humanos llamamos

prisa. Daba gusto ver girar el cosmos armónicamente. La felicidad lo invadía todo, mejor dicho, casi todo, porque era una felicidad que no impedía sentir una cierta sensación de vacío. ¿Por qué?

Me pareció estar asomado al día sexto de la Creación. Volví la cabeza al oír un ruido suave, tan suave como el de las ramas que se separan al abrirse paso alguien entre la jungla; éstas, las ramas, emitieron una tenue queja, parecida a un mohín femenino por una caricia íntimamente deseada, pero en apariencia rechazada; o al instintivo alzar de la mano el niño que, dormido en su cuna, sueña. Aunque a decir verdad, yo, Adán, hijo de la Tierra recién moldeada por el Creador, con mi ADN de agua y barro, por aquel entonces aún desconocía muchas cosas.

Los olivos sabían a aceite, amistad y paz. El día fue avanzando, y la tarde comenzó a declinar. Luego, todo quedó en silencio. Llegó la noche y me dormí, a la entrada misma de la terráquea Cueva del Tiempo, en lo alto del Olimpo, -¡oh, Madre Tierra, bendita!-, lugar donde la temperatura era más fresca, suave y agradable. El mar arrullaba mi sueño y mi soledad con el rítmico vaivén de las olas.

Y soñé, como no podía ser menos. Soñé, que Dios venía a mi cueva, la Cueva del Tiempo, o Cueva de Adán. Con tan suave claridad venía, que me dejaba entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad. La llama olímpica danzaba suave cadencia de ballet sobre la majestuosa antorcha pebetero.

Mi sueño fue placentero; y comencé a caminar por el inmenso jardín del universo mundo. Vi ríos, muchos ríos; y mares, muchos mares; y árboles, muchos árboles, de frutos en sazón. Y olivos; sobre todo olivos, a granel; y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente, sólo había dos caminos para poder caminar. Sólo dos. Los dos arrancaban de un mismo punto: un Árbol. Espléndido y único en belleza. Era el Árbol que llaman de la Vida. Inédito, sin nombre alguno tatuado aún en su tronco. Los dos caminos comenzaban en el mismo Árbol. Pero tan

sólo uno convergía de regreso a él. Estos caminos llevaban por nombre: Camino del Bien y Camino del Mal.
—Esa dualidad se conoce como Libertad.

Me quedé mirando, ensimismado, el entorno, cuyo principio o fin no podía abarcar. Simplemente, miraba, dibujando una sonrisa que se fundió con la sonrisa de Dios. Él me dijo, acariciándome de eternidad:
—Tú eres Libertad.
—¿Libertad...? Yo sólo soy Tierra. Por eso me llamo Adán.
Dios quedó pensativo. Luego añadió:
—En cuanto a la materia... sí; tienes razón, eres Adán. Barro con denominación de origen, amasado con agua de la océana mar. Pero tu alma, tu alma pertenece a mi eternidad. Eres espíritu, parte de mí. Por eso eres y serás inteligente y soñador.
—¿Soñador, dices…?
—Sí, soñador, que es lo mismo que decir Libre. Eres libre. No lo olvides. Dueño de tu Libertad.
—No entiendo.
—Pronto lo entenderás. Eres tan libre como Yo. A fin de cuentas, no he tenido más remedio que crearte por amor. El Amor es Libertad.

Yo escuchaba a Dios con mucha atención. Él continuó:
—Tu nombre es Adán Libertad Tierra Amor. Nombre compuesto, como ves.

Apenas comenzaba a entender. El Creador prosiguió:
—Y Eva, la misma que te atisbaba ayer desde el bosque, sin tú advertirlo, ni tú saber de su presencia, también es libre. Igual que tú. Su nombre es Eva. Eva Libertad. Nombre, también, compuesto.

Eso sonaba bien. Comenzaba a gustarme. Pregunté con interés:
—¿También ella está hecha de barro?
—También. Es tu otra mitad. Porque has de saber que los dos sois uno solo. Os llamáis Libertad.
—¿Libertad?

—Sí, Libertad. Sois Libertad. Vuestro barro está amasado de amor y para el amor. Todo lo demás, de vosotros depende.

Qué bonitas sonaban en mis oídos aquellas palabras. Me hicieron pensar. De pronto, como en una explosión de júbilo grité:
—¡Eva...! ¡Eva Libertad...!

El Creador añadió:
—Pero no olvides que estáis programados con el soporte, sin el cual no habría Libertad, del Bien y del Mal. No te extrañes, pues, si de pronto te sientes indigente, necesitado, incompleto: eres Adán, Tierra. Varón y mujer a la vez. Pasarás a la historia con el nombre afortunado de Hombre.
—¿Hombre...?

Aún no sabía yo decir ¡gracias! A cambio, sonreí a Dios con la ternura de un hijo. Él continuó:
—Creced y multiplicaos, henchid la tierra de felicidad, cuidádmela, y sed felices. Sobre todo, esto: ¡sed felices!

Nunca jamás pude olvidar aquel sueño. En ese mismo instante tuve conciencia de que no estaba solo, de que para siempre era un plural. Y lleno, mejor dicho, llenos de alegría nos fuimos alejando de la Cueva, y de la mar.... Nos adentramos por la espesura del bosque, saltando y corriendo. Eva y yo, éramos dos chiquillos felices en el más feliz de los mundos, a los que la vida les bullía a borbotón por todas partes. Qué momentos más entrañables pasamos. No supe cuándo desperté.

Ha pasado el tiempo. Han pasado miles, millones de años. Tantos, que imposible contarlos sería. He vuelto, reprimiendo la nostalgia, fosilizada mi alma de remordimiento y soledad, a la misma Cueva. La Cueva del Olimpo. Y veo que los dioses griegos padecen las mismas pasiones que los humanos. Sigo llamándome Adán; pero he olvidado mi apellido. Lo escribí en el tiempo, en vez de escribirlo en la

eternidad, y el tiempo lo ha ido borrando poco a poco. Ahora estoy agazapado, asustado. Me remuerde el olvido, y el error del camino. Sólo de vez en cuando me viene a la mente una imagen, muy borrosa: Libertad. De pronto, siento que aún me queda un resto de lucidez. Y al sentirme Tierra, amasado en el sueño, barruntador y necesitado de eternidad y de verdadera libertad, las mismas que hace tiempo perdí, pongo en pie mi indigencia, y con lágrimas de necesidad, le digo al Creador:
—Barro soy. Pero tú mi alfarero. Cuida mi libertad, que a tus manos encomiendo.

A veces siento que mi mente es una nebulosa; tan errática o firme, según se mire, como la Vía Láctea. Y entonces, me parece que todo fue como un juego de azar; no sé cómo ni qué sucedió. Lo que pasó, pasó. En el campo del combate perdimos honor y libertad. Y el Paraíso quedó reducido a una metáfora de irrecuperable realidad. No hay vuelta de hoja. Sólo queda el remordimiento. Lo que más me apena es ver a Eva triste; tan triste como yo, con la insatisfacción por horizonte. Ya nadie sabe que nuestro nombre no es exactamente Adán o Eva, sino Libertad. Nos apodan, simplemente, Hombres; genérico nombre que designa tanto al varón como a la mujer. En realidad, somos dos huérfanos de Libertad. A perpetuidad. Condenados a andar siempre errantes, con los pies descalzos, sin casa fija, sin una cena caliente, al relente de todas las estrellas, con el hatillo de la fallida Libertad hecho jirones, a cuestas. Internautas de la soledad.

Entretanto, mientras en el Olimpo los dioses juegan con las hijas de los hombres, allá en la Villa Olímpica los atletas sueñan con medallas de oro, plata o bronce, y coronas de ramas de olivo.

Pero a mí, Adán, servidor de ustedes, las ramas secas del Árbol de la Vida me desvanecen el sueño. Abro los ojos, y veo que la mar, símbolo primordial de la Vida, sigue en su sitio. El resto de árboles están también en pie. Algunos, tan queridos para mí, están ahí desde la Creación, cuando el Espíritu de Dios revoloteaba sobre las aguas primordiales. Son los olivos. Benditos ellos.

¿Y los caminos? Uno ha desaparecido. El otro se ha difuminado. ¿Y la Cueva...? La Cueva, ¡oh Madre Tierra, bendita!, ésa también sigue ahí, en su sitio, protegida por los olivos.

Está cayendo la noche sobre Atenas. Las miradas del mundo entero han convergido en el majestuoso Estadio. La Olimpíada XXVIII, primera del Milenio, la más culta, llega a su fin. A los pies de una enorme pasarela, un trigal en alegórica forma espiral, por consiguiente fetal, que simboliza la vida, constituye el magnífico escenario, por donde empiezan a desfilar los distintos pueblos de una Grecia que guarda esencia de rica historia y cultura. El Estadio se llena de música y danza, de pueblos y alegorías. Es la fiesta de la vida, entrelazada de mitología, alegoría, cultura, cantos al amor, donde la siega del campo de espigas, produce las gavillas con las que se forman los cinco simbólicos aros olímpicos.
—Abuelo, el trigo es el fruto del matrimonio entre la tierra y el sol. Y la espiral, representa el infinito, la vida. Eso es lo que están representando en el escenario del estadio olímpico.

Los Olivos griegos, los más olímpicos de la historia, han guardado silencio. Danzarines de Tracia saltan sobre el escenario. George Dalaras canta un canto de amor y amargura. El Estadio es un carrusel de alegría y canción. Después del trigo, llega el turno del homenaje al vino. Ancestrales figuras del rico folklore griego danzan entre los campos de trigo con grandes cencerros colgados de sus cuerpos.
—Son para ahuyentar a los malos espíritus.

Una romántica luna flota sobre el Estadio. Pero una mujer se siente sola en el caminar de la luna. Y le canta a su amor: "Me duele el corazón. Quiere tus manos para adormecer mi cabeza en ellos. Déjame en tus brazos esta noche. Dime sí, mi amor y seré tuya. Dame un cigarrillo, dame tu fuego".

El Estadio se electriza con la música de Zorba el Griego. El Abuelo comienza a mover los pies y levanta las manos al unísono con todos los espectadores que abarrotan el Estadio. Luego, se detiene y pregunta:

—¿Y la paz?
—La paz sigue siendo, aún y por desgracia, el anuncio de una victoria. Filípides en el año 490 a.C. se pegó una soba corriendo para anunciar la victoria de los atenienses sobre los persas en la batalla de Maratón....
—No sigas.

La hermosa ceremonia de Clausura transcurre sin apenas sentirse. Izan la bandera olímpica. Una niña de 10 años, Lucía Papaleonidopoulou, huérfana, está bajo el pebetero. Éste, comienza a inclinarse poco a poco hasta llegar a la niña que, toma el fuego, y lo transmite luego a otros muchachos. A continuación comienza a recorrer el Estadio, prendiendo de luz todos los corazones que, en gesto simbólico, el público llevaba colgados al pecho.

El Estadio se ha llenado de luz, compartida por todos. Ha sido el gesto de la Grecia creyente. La Iglesia ortodoxa griega rendía tributo así a la muerte y resurrección de Cristo. Así, religiosidad y mito, pasado y presente, símbolo y realidad, han armonizado perfectamente.

La niña ha regresado a su puesto, mirando fijamente el pebetero que nuevamente ha tomado la forma vertical. Ha soplado hacia el pebetero y el fuego olímpico se ha apagado.

Un escalofrío de emoción me recorre el alma. Con dignidad, con sentimiento, decidimos dejar la Cueva.
—Abuelo, jardinero de los olímpicos Olivos griegos de la Paz, vámonos, que hay que comenzar a preparar la próxima Olimpíada.

En el Estadio seguía la fiesta. La inolvidable música rítmica de Zorba el Griego se extendía por sobre los olivos de la Grecia clásica y actual.

-13-

La Historia es un barco

Un barco se alejaba. Se veían en el puerto ondear pañuelos blancos. Se adivinaba alguna lágrima furtiva. Unos se iban, otros se quedaban.
—La vida es así, unos van, otros vienen. Las despedidas son duras.
—Y queda un rumor de lamentos al socaire del sol y la sal, de la arena y la nácar, mientras el viento impulsa un aleteo grácil de gaviotas blancas.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, en el batir de las alas sentí que las gaviotas rompían en una ovación. Luego sólo se oía el rumor acompasado de las olas. Pensé:
—La historia del hombre cabe en una página. Se llama la vida. Pero, ¿qué es la vida?

Me respondí a mí mismo:
—Pura arqueología.
Me corrigió el Abuelo:
—¿Pura arqueología la vida?
—No, Abuelo. Quise decir la historia.

Y añadí:
—La vida es un poema amasado con tierra de color universal, y el soplo divino; geografía labrada por el tiempo y los días donde nadie jamás podrá suplantar a nadie.

El Abuelo aseveró:
—Eso está mejor.

El aire soplaba suave y agradablemente. El Abuelo llevaba una blusa, de colores playeros y alegres; desabrochada. Se parecía a una bandera ondeando al conjuro de los sentimientos. Susurró:

—Somos viajeros hacia la Luz, donde reside la infinita claridad del Ser. Admiro, como tú, el árbol y su cósmica canción, de verde pentagrama, que embruja el paisaje de mi ser.

Junto a él, yo sí me sentía embrujado con la cadencia de su mágica palabra que era como una caricia. Como el agua, que al brotar de la fuente, recóndita y cautiva, se convierte en estrofa de frescura para el sediento. Siguió:

—Me siento solidario de todas las estrellas que navegan por el mar sin fondo de las infinitas galaxias, ecuménicas viajeras de una existencia sin final.

Era capaz de sentir la armonía sublime de las flores, el cotorrear alborozado y solidario de los pájaros a la puesta del sol, o su alegre algarabía al nacer de cada día. Las olas seguían batiendo contra las rocas del Acantilado. Lo venían haciendo, sin duda, desde tiempo inmemorial, en magnífica orquestación, al ritmo de andante allegretto.

También el Abuelo llevaba su ritmo:

—Llevo calzadas las sandalias de la fe, mientras empuño el cayado peregrino del hombre que busca la felicidad en la tarea ineludible de seguir oteando el horizonte.

Sus palabras caían lentamente, como haces de luz, sobre la gran platea que formaba el mar.

—Y a la par de mi poema, del cosmos o del fuego, las raíces de mi ser vibran en la inteligencia de la luz.

Se sabía amasado en las hondas raíces del soplo divino. Llevaba del árbol de la Vida la savia.

—Solfa soy. Do re mi fa sol···, escrita en el pentagrama del agua. Tengo la libertad de las gaviotas, sin más límites que el Mar.

Me pareció escuchar de fondo un acorde de violín. Eran, me imaginé, los peces rasgando las cuerdas de las olas. El mar estaba engalanado de azul universo, y lucía la sonrisa de la sal.

El Abuelo prosiguió:
—He plantado mi tienda en este valle de lágrimas. Le he puesto un techo de estrellas para adentrarse, noche a noche, en el cosmos, y poder seguir siendo un Soñador, que al despertar juega con los naipes de la luz embrujada por la magia de los días y del sol, más allá de los trigales.

Declaró abiertamente:
—Póker de ases son mis cartas, aunque a veces me guarde un as entre la manga.
—Abuelo, ¿tú también haces trampas?

El ruido del oleaje del mar me impidió oír la respuesta. Yo disfrutaba, escuchándole. Dejaba que mi fantasía se columpiara en los cuernos de la luna.

Impertérrito, él continuó:
—Por lo demás, siempre apuesto a ganador, en la cancha pública de la vida; y orientada tengo mi brújula a las estrellas, donde ondea mi esperanza en el mástil de la existencia. Eso sí, juego siempre con luz de sol, para que el poema de mi vida pueda deslizarse tranquilo mientras lentamente vaya cayendo la tarde.

La tarde era la metáfora empleada para aludir al avance inexorable de los días y la edad. La brisa marina iba en aumento.

—Y cuando llegue la noche, que llegará, un carrusel de luz las estrellas todas formarán, para alumbrar de azul celeste mi muerte. Porque caída que sea la tarde, yo, bajo protesta de hombre, verticalmente morir me moriré.
—Abuelo, esto ya me has contado más veces.

Hizo una pausa. Luego, en gesto que parecía un brindis, siguió:
—Y una túnica de luz me envolverá, para seguir enhebrando, sin fin, mi poema como un canto a la Vida.

El Abuelo era un hombre enamorado de la vida a tiempo completo. El tiempo era para él como un carcaj llevado al hombro donde se guarda la flecha que hay que lanzar más allá del relente de la vida. Me había enseñado a amar el trigal, el río, el árbol, la estrella, el viento···, la Vida.

La música tenía para él el sabor del agua fresca en la fuente donde van a abrevar su sed la oveja y la alondra, y cuantos hilvanan, por oficio, sueños de luz.

Se volvió hacia mí.
—En la bitácora del tiempo, las olas son arqueología sobre los lomos del mar transido de sol. Y la arena es un pergamino para trazar sin desdoro amores de eternidad.

Mientras el Abuelo sacaba a pasear sus musas, le pregunté:
—Abuelo, ¿qué es el hombre?
—Hijo, lo entenderás mejor si te acercas, con unción y temblor, a la bíblica página de la Creación. ¿La recuerdas?

En el Libro Sagrado estaba contenida la respuesta a mi pregunta. Pero yo entonces aún no lo sabía.
—El hombre, bíblica tierra es; amasada por el aliento divino. Arcilla frágil, rota como un cascarón, en el primer intento por recorrer en libertad los caminos de la vida.
—¿Y los Sueños son parte de la Libertad?
—Sí. Pero si pierde la libertad, el hombre no tiene más remedio que salir a peregrinar. Salir de sí mismo.
—¿Y la paz?
—La Paz quedó cautiva en la novela de la historia.

La Historia... Cabía preguntarse: ¿Qué es la Historia? El Abuelo intuyó mi pensamiento y se apresuró a responder.
—¿La Historia? La novela más fantástica, por donde desfilan guardias y ladrones; intrigas y enredos. Y las más sofisticadas mentiras. La

Historia··· Una gran superficie mercantil, donde se exhibe y vende la colosal artesanía del odio, la guerra y la destrucción, envuelta en el oropel engañoso y mágico de la política.

—Pero, a la par de esa parte negativa, está también la parte positiva. Si te remites al Libro Sagrado, encontrarás que dice, literal y hasta casi brutalmente: “Dios se arrepintió de haber creado al hombre”. El hombre ha sido el fautor de la artesanía del odio y la guerra. Pero está también la parte positiva. “Dios envió a su Hijo al mundo

La Historia. La misma que no se escribe en pergaminos de piel o de piedra, ni en letra gótica, redondilla, o cuneiforme, sino en la memoria. La Historia no tiene copyright, ni percibe derechos de autor; porque es patrimonio universal de la humanidad. Casi sin darnos cuenta estábamos volviendo sobre los pasos que nos devolvían a nuestros orígenes.
—Hijo, el futuro del Hombre es su origen.
—El hombre es hijo también de la soledad.

Ésta es la escueta verdad.
—Pero el hombre nació para llevar responsablemente las riendas de la Creación a la aventura fascinante del diario vivir.

Sólo que le dio miedo el compromiso, la responsabilidad. Le asustó la tarea. Y armó un lío monumental en la misma y primera página de la Historia.
—No supo entender la Libertad. Y pecó contra la Libertad. Y vino el rompimiento, con Dios y consigo mismo.

Me gustaba la explicación del Abuelo de lo que fue la primera y original rebelión, principio sin final de todas las demás. Qué lejos estaba esta sencilla explicación de aquella otra de la manzana y compañía. Felicité al Abuelo.
—No se contraponen. El lenguaje de los símbolos tiene muchas sendas que llevan al mismo punto de intención explicativa.

El asunto es que el Hombre salió malparado. Sin libertad y sin cariño, supo entonces lo que es la soledad. Y echó a andar, atolondrado, sin saber a dónde, sin más equipaje que la lencería de su piel de tierra, mientras rumiaba, nostálgico, el recuerdo de su madriguera segura, caliente, protectora, en la espesura del bosque primordial de la Creación.

La Libertad... Cuánta evocación suscitaba. Fue consciente de que estaba hecho de Tierra. Que se llamaba, y era, Hombre, es decir: Adán, Tierra, Barro, Arcilla. Nombre y apellidos.

Mal comido y mal vestido con aquel raído traje vegetal, confeccionado con el saldo sobrante de los retazos ínfimos de su hipotecada autoridad, puesta ahora en venta, y con el hatillo al hombro de su amargura y frustración, echó a andar, y andar. Sin rumbo. Y sin rumbo sigue.

Nómada en el tiempo, pero intuyendo, sin duda, que cada paso que daba era un mojón indicador de Historia, comenzó a registrar una serie de hechos y datos, que a la larga formarían parte de su propia Historia, guardada en el disco duro del ordenador del Universo.

Hasta que un día, cansado de andar, se detuvo. Fue en un humilde rincón del cosmos llamado, como él, Tierra, donde se paró y comenzó a rebobinar la película de su vida.

Todo quedó registrado en la memoria ram del cosmos. Desde entonces hubo pasado, presente y futuro.

La Historia··· Era como el barco que vimos alejarse desde el Acantilado. En el puerto seguían agitándose pañuelos blancos, humedecidos de despedida y nostalgia.

El Acantilado seguía siendo el mejor observatorio para ver pasar el rompecabezas de la Historia, formado de las infinitas y diminutas piezas; las mismas que forman la Humanidad.
—Hijo, el Acantilado es como la cima real de la conciencia.

El Abuelo miró en rededor, contempló el horizonte en toda su extensión: pasado, presente y futuro. El cenit de su conciencia era el Universo. Sintió como un estremecimiento. Un rayo de luz iluminó su memoria histórica y personal.

De pronto se sintió, no solamente Adán, también Abraham, o cualquiera de los profetas. Sintió correr por sus venas la sangre de Homero, dando vida a todos los personajes de la Ilíada. Se vio conquistador y triunfador a las puertas de Troya. Cada personaje histórico, bíblico o extrabíblico, eran parte de su ser. Por supuesto, no creía en la pureza ni de sangre ni de raza.

Dijo:
—Adán no tenía patria; fue universal. Las patrias pertenecen a la burguesía decadente, que ha hipotecado los Sueños.

No obstante, por razones de sangre, según decía, se escoraba hacia los habitantes de la controvertida tierra bíblica. También él tenía "nostalgia de Sión". La historia le recordaba a Abraham. Éste llegó al monte donde estaba enclavada la aldea. Era una aldea en crecimiento. La llamaban Salem "la ciudad de la paz". Resultó ser luego un municipio pequeño y bonito.

Nostálgico, afirmó:
—La codicia de los hombres se cebó sobre la incipiente ciudad. Todos querían cuidarla. Todos decían amarla. Hasta la convirtieron en la ciudad más religiosa del mundo.

Hablaba, por supuesto, de Jerusalén. El abuelo era creyente. Creía firmemente en el Dios de sus mayores. Y el corazón del creyente tiene sus propias y universales verdades.

Recordó el salmo:
—"¡Ay, si de ti yo me olvidare, Jerusalén!"

Era obvio que le invadía una cierta nostalgia. Dijo:

—Hoy vuelvo a ti, Jerusalén. He andado los siglos y milenios todos de la Historia, real o imaginaria. He subido una a una tus colinas, Jerusalén, ciudad de mis mayores, raíz de mi sangre, atalaya y centro del mundo. Vengo hoy a ti como peregrino y buscador de verdades. Quiero cobijarme a la sombra de tus murallas. He venido a besar tus muros milenarios, con pasión ardiente, que "más sabrosos que el vino son tus amores". He venido buscando entre tus piedras blancas un poco de paz, la misma que se rompe tras la fragilidad de cada concordato de buena voluntad, teléfonos digitales en danza.

La brisa suave del mar al atardecer invitaba a rezar. Recordé.
—Abrahán había sido un buscador de paz, pero el cuchillo ondeó en el aire rasgando el miedo, en gesto sacrificial.

Pensé en Isaac. Él también, hubiera gritado como yo:
—¡La paz, Abuelo! ¡Necesitamos la paz!

Ensoñación. Monte Sión. El templo no existe ya. A la greña contra los invasores andan Roboam, Yoram, Amasías y Ezequías.
—Pobre Ezequías, "encerrado como un pájaro en su jaula". Atrapado en la maraña de la guerra.

El Abuelo rezaba y decía:
—Jerusalén, son tus murallas como jaulas blancas de paz. Y yo un soldado universal.

Un soldado que veía en la lejanía, cómo Nabucodonosor, por dos veces consecutivas humillaba, saqueaba y deportaba a la gente. El hagiógrafo bíblico gritaba:
—"Reseca está mi boca de gritar improperios".

Por supuesto, eran improperios contra el rey de Babilonia. Destruido el templo, no había ya culto ni sacrificios. El hombre de la Biblia prosiguió:
—"Hoy estamos humillados sobre la faz de la tierra".

Se veían por doquier grupos de gentes que habían regresado del exilio. Un hombre con aspecto de profeta clamaba desolado:
—¿No veis el altar de los holocaustos, recién restaurado, de nuevo profanado? ¿No veis al seléucida Antíoco IV saquear el templo, mientras construye, a la par del mismo, una ignominiosa fortaleza y entroniza en lo más sagrado del templo a Júpiter Olímpico? ¿Será derramada en vano la sangre de los Macabeos mientras Judas, el valeroso capitán, recupera Jerusalén?

Emocionado por lo que oía, yo mismo exclamé:
—¡Yerusalaim, Jerusalén! ¡Ciudad codiciada. Todos te quieren. Todos dicen que te aman. Y todos te destruyen!

Y como un blasfemo me atreví a gritar:
—¡La paz es una mentira!

Cierto. Babilonios, seléucidas griegos, romanos, todos, todos acudían a Jerusalén para saquearla, para desnudarla y profanarla. En suma, para humillarla. Las treguas duraban menos que la consumición de un cigarrillo.

Vi cómo Herodes el Grande arrebataba la ciudad al último rey de la dinastía asmonea. Cómo la modernizaba y embellecía con la fortaleza Antonia, el palacio real, junto a la puerta de Jafa, y el anfiteatro. Y vi cómo ampliaba la explanada del templo hasta el Tiropeón, rodeándola de pórticos columnados.

El Abuelo lloraba:
—¡Ay, Jerusalén, amada más que la mujer de juventud!

Contemplando estábamos la belleza sin par, de la más hermosa de las ciudades antiguas, cuando de pronto sentimos estallar, como un ramalazo, en espantoso torbellino, un fogonazo que lo arrasaba todo. Las llamas subían, rabiosas, hacia el cielo. Las legiones romanas acaban de incendiar el templo.

Jesús de Nazaret lo había anunciado, y nadie le hizo caso:
—“No quedará de ti piedra sobre piedra”.

Vimos cómo Josefo, historiador y cronista, tomaba notas en su agenda:
—Año 70 de Cristo, las legiones romanas ponen cerco a la ciudad.

Caía la noche sobre la Ciudad Santa. En el Acantilado aún brillaba el sol. El barco de la historia se iba perdiendo en la lejanía.

-14-

La Mar, icono de Eternidad

Llovía sobre el Acantilado. Era una lluvia fina, pertinaz. Hacía frío. Espero que las rocas del Acantilado, piadosas, hayan guardado sus Sueños. Lo mismo que cuando se apagaba un televisor antiguo, y en un efecto de profundidad la luz se va metiendo hacia dentro del mismo en forma de túnel, así fue desapareciendo, poco a poco, mi Sueño.

—¿Mío, he dicho?

Mías eran, sí, las lágrimas que comenzaron a brotar incontenibles de mis ojos, hasta fusionarse con la lluvia. Igual que un aspa quebrada, se quebró mi llanto. De repente, me pareció sentir una mano templada, complaciente. Era como si el Abuelo hubiera escuchado mi plegaria. No supe cómo; tal vez fue sólo un pensamiento entrechocado con el fragor de las olas que golpeaban con fuerza sobre las rocas del Acantilado.

Lo mismo que un niño abandonado, comencé a balbucir:

—Abuelo: Hazme huérfano inútil de todas las codicias para que nadie pueda borrar tu nombre, cuando esta escueta estructura de hombre descanse en las tierras baldías del olvido. Que quiero ostentar en la sombra el apellido ingenuo de las cosas, para que la noche, la ciudad, el viento, la escarcha, la nieve y el rocío, velen tu nombre. Llámame también a mí a la hora undécima, para que regresar pueda otra vez al principio de las cosas, donde la metafísica voz de tu presencia empuja este caminar, nómada y frágil, de mi existir. Déjame entonces ver tu rostro, junto a Dios, y que al mirarte, que mis ojos se enreden en tus ojos para que juntos desgranemos la canción jubilosa del encuentro; la misma que al caminar queda flotando, limpia, como el relente de la noche, o la niebla del Acantilado. Déjame, por último, ser río en tu cauce, para que mis labios saboreen el agua de la vida en la limpia y desnuda inmaterialidad de tu regazo. Y si el amor llegara a desertar de mi vida, le pido a Dios que me alargue entonces un poco más la vida, aunque sea tan sólo un instante, para que pueda terminar de amasar este barro de mi ser a la intemperie eterna de los siglos, y seguir recordándote más allá del tiempo y de los siglos, en el Acantilado.

Al terminar, comprendí que estaba solo. Solo, lo mismo que un huérfano a perpetuidad. El Acantilado había desaparecido. Quedaba, tan sólo, la metáfora del Sueño.

—¿Lo demás...?

—Cenizas de un poema esparcido al vaivén del viento sobre la Mar.

La placa de acero, en forma de Libro, decía:

"A la Memoria de mi Abuelo. Un hombre excepcional, que tuvo por libertad el pensamiento; por destino la luz de los luceros. De oficio soñador. Su misión fue vivir. Desapareció en el Acantilado. Velan su sueño las gaviotas, las margaritas, los peces y el mar. Y mi recuerdo. Descansa en paz, Abuelo".

Según me marchaba, el Acantilado iba quedando atrás para siempre, envuelto en la bruma. Las olas golpeaban con fuerza las rocas. Una voz dentro de mí parecía decir:

—Hijo, los Sueños son Vida. Quien no sabe Soñar no sabe Vivir. No lo olvides.

—Abuelo, la metáfora es el Sueño.

—Hijo, la metáfora es la Vida.

El Abuelo terminaba de pintar un Sueño que quedó varado en la Mar.

—Hubo un Hombre...

—Un día de Niebla desapareció en la Mar.

—La Metáfora es la Vida.

—La Metáfora es el Sueño.

—Quedamos Tú y Yo.

—Y la Mar, Icono de Eternidad.

-15-

La Tienda 5.001

Sentado en la proa de uno de los barcos que hacían el recorrido por el Bósforo, pedí al guía que me tomara una foto justamente delante de la bandera carmesí turca que ondeaba airosa. Todos los turistas saboreaban la brisa, tan agradable a esa hora del día, contemplando la magnificencia de los suntuosos palacios asentados en las orillas, como el de Beylerbeyi; o el de Dolmabahçe, de estilo renacentista turco, y donde un 10 de noviembre de 1938, a los 57 años, moría Atatürk. La misma bandera ondulaba en algunos edificios de las orillas. Era como para sentirse como un magnate que dominara el mar desde su barco.
—Capitán general de los mares. Plenipotenciario de los mares.

Así me sentía. El suave mecerse de las banderas se me antojaba ser un saludo agradecido a nuestro paseo turístico. Lleno de íntima satisfacción, me puse a tararear mentalmente la Marcha de la Libertad, el Himno turco:
—*"No al miedo y la consternación, / esta bandera carmesí nunca se desvanecerá. / Es el último corazón que está ardiendo por mi nación / y estamos seguros que nunca fallará. / Es la estrella de mi nación, brillando por siempre, / es la estrella de mi nación y es mía".*

La media luna y la estrella ondulaban a la par del carmesí de la bandera. Embebido de la agradable brisa que envolvía el barco a la entrada misma del Mar Negro, mi pensamiento se remontó al universo onírico de los sueños. Estos resultan ser siempre buenos aliados para expresar las ideas. Y yo quería exponer mi idea al resto de los turistas. Todos habíamos hecho muy buenas migas. La cháchara a bordo era amena. Comencé, pues, a contarles mi más reciente sueño.

Algunos de los turistas de cubierta aproximaron sus sillas para escuchar mejor.

—Se me ocurrió la idea al terminar de visitar las tiendas del Gran Bazar de Estambul. Fue, exactamente, en la última: la cinco mil. ¿Se acuerdan? Cinco mil tiendas.

¡Vaya que si recordaban! Aprovechando los bajos precios, por el diferente valor de la moneda, y con ese curioso ritual del regateo, algunos habían hecho acopio de cosas.
—Pues imaginaos que vosotros sois periodistas y reporteros de la prensa gráfica, a la caza de las últimas noticias. Y yo el poseedor de una gran noticia. Noticia en exclusiva. Por eso os he convocado a esta rueda de prensa, con carácter de urgencia. ¿Me entendéis?

—¡¡Síííííí.....!!

Todos seguían la broma; unos reían y otros ponían cara de expectación. Todos estaban pendientes de mi anunciada declaración.
—Empiezo esta rueda de prensa, señores periodistas, haciéndoos una pregunta: ¿Recordáis el número de tiendas del Gran Bazar?
—¡¡Cinco millllllll.....!!
—¿¡Son cinco mil!? ¿¡Estáis seguros!?
—¡¡Síííííí....!!
—Pues os hago sabedores, en exclusiva, de una gran noticia.

Los turistas, convertidos en periodistas circunstanciales, se miraron con gesto de afectada extrañeza. Proseguí:
—La noticia es.....

Dejé la frase en suspenso para darle más emoción.
—¡La noticia es....., que...., ¡¡pues que falta una tienda!!

Risas generales.

En el Gran Bazar, el más grande y famoso del mundo, no faltaba nada; había de todo. Gritaron:
—¿¡Cuál es la tienda que falta...!?

Subí el tono de voz para que todos oyeran con claridad lo que era la razón medular de la rueda de prensa. Enfaticé:
—¡Falta la tienda "Cinco Mil Una"! ¡La más importante! ¡Falta la Tienda de los Sueños!

La noticia corrió por todo el barco, de boca en boca; más que la pólvora. Radio, televisión, prensa, se hicieron eco de la gran noticia. Faltaba una tienda en el Gran Bazar. Todo Estambul sabía ya la noticia. Todo Estambul estaba conmocionado. En el Gran Bazar faltaba una tienda: la Tienda de los Sueños.

Alguien se atrevió a increparme:
—¿No habrás tomado algo que te haya alborotado la cabeza cuando pasamos a visitar el Bazar de las Especias?
—No señores, no. Nunca han estado mis ideas más claras.

A decir verdad, en ningún momento me noté cansado. Todo lo contrario. Era yo el que daba más y mejor información que el guía. Por ejemplo, cuando visitamos el Palacio de Topkapi, el más extenso monumento de la arquitectura civil turca, que ocupa 700.000m2. O la Mezquita de Solimán. O cuando estuvimos en Santa Sofía.

Santa Sofía. Cuántos infortunios ha tenido a lo largo de tiempo. Había sido la primera basílica erigida por Constantino el año 325, destruida por un incendio el 404. Teodosio II la reconstruyó el 415, pero nuevamente se incendió en el 532 cuando la revuelta de Nika. Justiniano encargó su reconstrucción a Anthemio de Tralles e Isidoro de Mileto. Inaugurada el 537, veinte años más tarde se derrumbó la cúpula. ¡Vaya serie de desgracias! Los musulmanes le agregaron los minaretes después de la conquista, convirtiéndola en mezquita. Hasta que, por fin, y tras otras varias restauraciones, el año 1934 Atatürk la convirtió en museo.

Tras la ocurrente rueda de prensa, los alegres e improvisados periodistas se dispersaron por la cubierta del barco. A mí se me había quedado muy grabada en la niña de los ojos la Mezquita Azul. En frente

de Santa Sofía, la Mezquita Azul, con sus seis alminares, su patio exterior e interior, y el bellísimo edificio con la cúpula central, resultaba impresionante. Sencillamente, impresionante. Bellísima.

El barco continuaba navegando placenteramente por el estrecho del Bósforo. Mis ojos, lejos de sentirse cansados, se llenaban de vida ante tanta belleza. Después de haber plantado la tienda de los Sueños en el Gran Bazar me sentía el hombre más feliz del mundo.

En nuestro recorrido turístico, bajamos también a la Yerebatan Sarayi. Es la cisterna más grande e impresionante que jamás mis ojos hubieran visto. Pronto supe que fue construida en el siglo VI. Que en ella caben 80.000m3 de agua. Que mide 140 metros de largo por 70 de ancho. Y que hay 336 columnas para soportar la bóveda, distribuidas en 12 filas de 28 columnas cada una, con capiteles de estilo corintio bizantino.

En ese momento, lo que más me apetecía era escribir un verso con la inmaterial prosa de un poema. Pero no encontraba la forma. Alguien me sugirió:
—La vida es un poema.

Respondí:
—La vida es un barco.

Igual que los barcos cruzaban el estrecho del Bósforo, así quisiera yo deslizar mi alma, con la misma suavidad con que se deslizaban ellos. Tenían la suavidad de un beso. Eso sí:
—En cada playa donde mi alma encalle quiero sorber limpio el universo.
—¿Y después?
—Si después de escribir, verso a verso, la canción de mi alma, siguen llenas de paisaje las ventanas de mi prosa, por favor, que nadie suelte las anclas del Sueño.
—¿Por qué?
—Porque están altas aún las olas para poner rima a los sueños. Dejad que mi alma siga siendo paisaje en todas las riberas de la vida.

—¿Y después?
—Después, alma, paisaje y poema, podrán seguir surcando juntos los mares indómitos del tiempo al compás del ritmo del universo, azul, tan azul como la Mezquita.

En la parte más estrecha de los Dardanelos, la gente de Çanakkale trabajaba con esmero la cerámica, mientras el museo guardaba lo que aún quedaba de Troya. Por mi mente estaba pasando, tallada en piedra, en tiempo, y en esplendor y belleza, un trozo vivo de historia. La historia, aquí, tenía el sabor de la vida. Pérgamo, Esmirna, Sardes, Éfeso, Mileto, Afrodisias, Pamukkale, Antalya, Perge, Aspendos, Antakya, Konya···, Turquía entera, estaban siendo archivados en el disco duro del ordenador de mis sueños, patrimonio universal de la humanidad.
—El alma guarda los sentimientos, cuando éstos son un canto a la vida.

Y aunque los sueños terminen por desgastarse, como la piedra en la playa, golpe a golpe del agua, hasta hacerse arena, siempre quedará el poema.
—La vida es un poema tendido sobre la arena para embriagarse de sol a la espera de que un barco se lo lleve mar adentro.

La emoción me embargaba. Me sentía lleno de vida. Mi alma, el paisaje, el barco, el Gran Bazar, tantas sorpresas y vivencias acumuladas, hacían que me sintiera agradecido. No pude contenerme, y convoqué al mismo Dios para una rueda urgente de prensa. Sólo le dije, en forma de oración:
—¡Gracias, Señor!

Fue mi oración. Luego, los periodistas que no tuvieron acceso directo a las fuentes, publicaron la oración agrandada, con todo lo que quisieron inventarse. Eso sí, publicaron mi foto, foto de archivo, que decía:

—“El inventor de la Tienda de los Sueños, la Tienda 5.001 del Gran Bazar de Estambul, con la blusa estampada comprada en el Gran Bazar”.

Y el texto original de la escueta y sencilla oración, “¡Gracias, Señor!”, quedó transformado así:

—Mi poema es la Vida, amasada con tierra de color universal, geografía labrada por el tiempo y los días donde nadie jamás podrá suplantarme. Hoy, cuando por fin la tarde está cayendo, me siento yo, escuetamente yo, con mi indigencia a cuestas. Soy viajero hacia la luz de la infinita claridad del Ser. He admirado el árbol y su cósmica canción en el pentagrama verde de sus ramas y el embrujo del paisaje en sintonía con mi ser. He acariciado la frescura del agua en la estrofa recóndita de la fuente que nunca permanece cautiva, para poder convertirse en río que lo mismo riega la selva, que el desierto agreste y soberbio de sol. Me siento solidario de todas las estrellas que navegan por el mar sin fondo de infinitas galaxias. Ellas son las ecuménicas viajeras de una existencia sin final, a la que uniré la mía. Hombre me sé, de eterna hechura revestido, sin más calzado que las rústicas sandalias de una fe inquebrantable que ha apostado por la Vida. He oteado paciente el horizonte desde el Acantilado de mis Sueños, con el deber ineludible de sintonizar mi poema con el cosmos. Tierra soy y de tierra me sé. Llevo, tomada del árbol de la Vida, la savia de la libertad. He apostado siempre a ganador en la multicolor cancha de la vida. Y orientada tengo mi brújula a las estrellas, donde ondea mi bandera en el mástil de la esperanza, mientras lentamente la tarde va cayendo. Y cuando al fin llegue la noche, un carrusel de luz las estrellas todas formarán, para alumbrar de azul celeste mi muerte. Y caída que sea la tarde, yo, en actitud vertical, de soldado que guarda sus Sueños, con dignidad me moriré. Una túnica de luz me envolverá para seguir enhebrando, sin fin, mi poema en este canto inacabado a la Vida. De la aljaba tangencial del tiempo, cogeré una flecha que lanzaré certero a las estrellas, y una explosión de música y de luz habrá que al relente de la eternidad alumbrará el trigal, el río, el árbol, el viento, el desierto, la estepa. La música tendrá el sabor del agua fresca en la fuente donde abrevan su

sed la oveja y la alondra, y cuantos, como yo, hilvanan por oficio de hombre, sueños de luz, en un barco que, al naufragar por fecha de caducidad, quedará varado para siempre en el regazo amoroso de Dios.

-16-

Las tertulias

Las tertulias están de moda gracias a los medios de comunicación social, sobre todo la radio y la televisión. En realidad, son un modo pluscuamperfecto de estar siempre en perfecto desacuerdo con el de enfrente. Son pequeñas minicumbres, donde todos hablan a la vez y nadie se entiende. Mucho menos los pacientes oyentes. La cosa es hablar. Pero las tertulias no nacieron hoy. Qué va. Son tan viejas como el diablo. El diablo las inventó. Testigo la historia.

Pues bien, por divergente él, y por divergente ella, desde la creación misma, el hombre -varón y mujer- está sometido a la tentación de las tertulias. La primera tertulia que se organizó a nivel serio tuvo lugar en el paraíso terrenal. Fue una minicumbre. Las maxicumbres quedaban reservadas para tiempos posteriores, cuando surgieran la economía, la banca y la política, que para el caso es lo mismo. El diablo hizo de moderador. Contertulios únicos, e invitados de honor, por consiguiente, para esa primera ocasión, Adán y Eva. Se presentaron vistiendo riguroso traje de etiqueta: piel morena, sobre limpia arcilla de alfarero, con denominación de origen.

Como buen periodista, el diablo les fue tirando de la lengua. Se hicieron un lío. Confundieron “el árbol de la ciencia del bien” con “el árbol de la ciencia del mal”. Tras larga discusión llegaron a un primer acuerdo: cambiar de lencería. A partir de entonces, sastres y modistas tuvieron el pan asegurado. Y desde entonces también, las tertulias se pusieron de moda.

Resulta, pues, que una de estas noches pasadas estaba este su seguro servidor, descendiente de Adán por vía directa, escuchando en la radio una de las muchas tertulias de actualidad cuando, oh pecador de mí, debí quedarme dormido, ya que a la mañana siguiente aún seguía sonando la radio.

Se trata de ese sueño ligero, que es como estar ni despierto ni dormido, o sea, lo más parecido al síndrome de la pesadilla. De pronto soñé que me encontraba como contertulio, no sé dónde ni cómo. Quizá ya empezaba a amanecer, porque recuerdo que Anthony de Mello decía: "¿Quién puede hacer que amanezca?". En ese momento Hölderlin llegaba de "Patmos", y Erich Fromm "psicoanalizaba a la sociedad contemporánea". Mientras tanto, Henri de Lubac deambulaba por "los caminos de Dios", al tiempo que leía "las memorias de una joven formal", que Simone de Beauvoir le acababa de regalar.

La radio seguía sonando. ¡Qué pesadilla! Tan pronto estábamos en la sala de los estudios de la emisora, en ese momento un ovni sobrevolaba el Aconcagua, como en una aula universitaria. Las voces de la radio agudizaban "el problema del lenguaje religioso", señalado por Antiseri. Pero Fernando Sebastián insistía en que era cuestión de una "nueva evangelización", en tanto que Tentori hacía el recuento de "el problema del ateísmo primitivo" y "el ateísmo contemporáneo", y Nietzsche tomaba entonces la palabra para hacer un breve excurso sobre "la genealogía de la moral".

Las ideas iban y venían con suma claridad en mi cabeza como nunca antes. Pero aquello era como una "fiesta de locos" en el sensacional mundo de H. Cox. Debieron hacer un corte para la publicidad porque sentí que me quedaba dormido de verdad. Nevaba por encima de los novecientos metros. Había revueltas en Sudáfrica... En mi onírica tertulia volví a oír voces. Tito Lucrecio disentía contundentemente de los ecologistas actuales lanzándoles desde una tribuna su "de rerum natura". "Aunque el verdadero equilibrio se logra cuando se sintoniza con Dios". Sonaba pausada aquella voz autorizada. Pero ¿quién era? ¿Quién hablaba? La muchedumbre me impedía verlo. Por fin; era Cicerón exponiendo su "de natura deorum". Le interrumpió Von Balthasar. Las cámaras de televisión no perdían detalle. "Sólo el amor es digno de fe" decía. Sí, pero "el eclipse de lo sagrado en la civilización industrial" es evidente, añadía Acquaviva. Porque vamos hacia una "sociología de la irreligión", apostillaba Campbell.

Debió haber otra pausa publicitaria. Luego mi sueño tomó otro rumbo. Vi a Don Quijote, deambulando por La Mancha, según su costumbre, pastoreando ovejas, gañanes y Dulcineas. Todo en pos de un ideal, como un "sueño imposible". En ese momento, a él y a mí, nos interrumpió Stoetzel con una pregunta insidiosa: "¿Qué pensamos los europeos?". ¿Los europeos...? ¿Dónde había oído yo esa palabra últimamente? Hice memoria. La Mancha era un inmenso campus universitario. “España es diferente”, decía un slogan publicitario, y la isla de La Cartuja sigue en Sevilla. ¡Ah, sí...! ¡Claro, claro...! ¡Los europeos...! Sí, sí..., ya recuerdo. ¡¡¡Maastricht!!!

Me pescaron buscándolo en el mapa y me suspendieron en el examen de geografía. ¡Qué pesadilla, madre, qué pesadilla! Pensé, "La razón pura", de Kant, es la mejor aspirina contra las pesadillas y el dolor de cabeza. Y volví a quedarme dormido.

Fue Meslier quien me hizo retomar el hilo de la tertulia con su "crítica de la religión y del estado". Pero como todos hablaban al mismo tiempo, yo no me enteraba de casi nada. González Blasco y González Anleo discutían sobre "religión y sociedad en la España de los 90". Qué atrás quedaban ya aquellos dorados años de los 90. La Expo. Sevilla capital de España, y olé. Pero ¡ojo! que ésta no es la España de mi "San Manuel Bueno, mártir", le decía Unamuno a Camilo José Cela, al tiempo que se tomaban una copa de vino del Ribeiro. No meta usted más santos en España, que hay ya suficientes. Quien sí se metió, aprovechando la ocasión, fue Russell para explicar, dijo, "por qué no soy cristiano". ¿Usted no? Yo sí. Es "la huida de Dios" terció Picard. Nietzsche, con cierto cabreo, anunció la llegada del "Anticristo". Guerra, el ilustrado político, sonreía desde su escaño parlamentario.

¿Cuándo amanecería? Aproveché la nueva pausa de la publicidad para echar un vistazo por la ventana. Antonio Machado paseaba su nostalgia por los "campos de Castilla". Vi también a Sartre que, como si de un peregrino a Santiago se tratara, dialogaba por el camino con "el diablo y el buen Dios". "Los ateos me aburren porque se pasan el día hablando de Dios". ¿Quién acababa de decir algo tan bonito? Anoté la

frase en mi bloc de notas. Ah, sí; era una de las "opiniones de un payaso" de Böll. La vida es un gran circo. De pronto vi a todos los contertulios subir y bajar por los mástiles de un circo. Algunos, perfectos acróbatas, subían hasta lo más alto. Un trapecio se balanceaba de lado a lado. Y en el alambre más alto, en perfecto equilibrio funicular, sobre su silla de ruedas Hawking contaba sus "historias del tiempo". Todo lo explicaba ininteligiblemente bien. "Del big-bang a los agujeros negros". ¿Negros? ¡Podrían televisarlos a color!, grité. Alguien debió oír mi pensamiento. Todos oyeron mi pensamiento. Porque como un solo hombre vociferaron: ¡cállate, gamberro! El Bernabeu era un delirio enloquecedor, Roberto Carlos acababa de marcar su primer gol.

Luego todo quedó en silencio. ¿De dónde venía el silencio...? Hans Küng preguntaba en voz baja: "¿Existe Dios?". Me pareció buena pregunta para estos tiempos de increencia. ¿Habríamos pasado "del anatema al diálogo", como quería Garaudy? Vi que la sociedad española, enredada en los asuntos de la democracia, no se pronunciaba. Mientras tanto, rusos y americanos hacían ejercicios espirituales en el Coliseo de Roma. Yo aproveché para sacarme una piedra del muro de Berlín que tenía metida en el zapato. "Esto es el porvenir de una ilusión" comentaba Freud mientras psicoanalizaba a los contertulios. Es "el sistema de la sociedad moderna" le replicaba Parsons. ¡Se acaba la función!, gritó el director del circo. A esa hora, el diablo compartía un almuerzo de trabajo con Adán y Eva. Llevaban corbatas de verde higuera. Octavio Paz, justo en ese momento, colocaba "la llama doble" en lo más alto del Popocatépetl y del Iztaccíhuatl. En ese momento sonó mi despertador. El noticiero daba el número de muertos por accidente en carretera, informaba de los agujeros bancarios, del aumento progresivo de parados y, por último, daba los números de la bonoloto y el estado del tiempo. Una ducha de agua fría me devolvía a la realidad.

Abrí la ventana. Se iniciaba un nuevo día. Oí el ulular de una ambulancia. Las calles se colapsaban. España deambulaba a motor

calado por la Europa de las distintas velocidades. Y Anguita dirigía el tráfico en la nueva España. Las calles se llenaban de gentes tempraneras que iban camino del trabajo. Lloverá en Galicia, anunciaba la radio. Niebla persistente en ambas Castillas. Subirán las temperaturas en Andalucía... Desde mi ventana veía el Ave que hacía el trayecto Madrid-Sevilla. Catalunya seguía a orillas del Mediterráneo. Y Euskadi era patrimonio de la humanidad.

Apagué el radio. Con tanto comercial se colapsaba mi cabeza. Salí al jardín a aspirar el relente de la mañana.

Camino ya de la diaria tarea y con la cabeza más despejada, todo me parecía excepcionalmente hermoso. Había como una especial y ecológica armonía en las cosas. Le di gracias a Dios por el nuevo día. Desde las flores de los jardines, a los políticos de turno; desde las amas de casa que madrugaban a hacer la compra, a los intelectuales; desde la Cibeles, a la plaza de La Seo en Zaragoza; porque todo, todo tenía sentido y armonía. Y en África, América, Europa, Oceanía, Asia, había paz. ¿Paz? Los aviones norteamericanos sobrevolaban nuestra Aldea Global. Mientras, en el paraíso terrenal, se continuaba la minicumbre, a la sombra del “Árbol del bien y del mal”.

Los Achachilas

En las alturas majestuosas, agrestes, imponentes de los Andes, el tiempo se ha detenido. Sólo el pensamiento se mueve por encima del tiempo mismo, de la vida y de los días.

Y así, apostado al abrigo de un peñasco, veo pasar a los indígenas, taciturnos, callados, sabios, con su soledad de siglos, que tampoco lo es. Que también aquí la vida pulula por todas partes; y la soledad es tan sonora, que me hace retroceder en el tiempo, hasta el acantilado donde pasé las horas más felices de mi vida, junto a mi abuelo.

Están haciendo la ruta anual de la sal, con su caravana de llamas. Estos camélidos, familiares e imprescindibles en estas latitudes del planeta, son la gran solución para el transporte.

La caravana se ha detenido. Hay que reparar fuerzas. Los indígenas, pastores de sus rebaños y de la soledad que les rodea, han ofrecido, en primer lugar, un poco de alcohol a los Achachilas, o divinidades, de la montaña. Luego, con la hospitalidad que les caracteriza, a mí me han dado un mate de coca; es delicioso, sobre todo en estas alturas, donde el sol, en el día, no calienta pero quema el rostro; y en la noche, la luna llena, con su luz limpia, traslúcida, de fría plata, es reina soberana.

La respiración se vuelve fatigosa. El paisaje andino es sobrecogedor; yo diría, desbordante. Un panteón, en suma, de todas las divinidades que, aunque pueda parecer lo contrario, no aplasta sino que nos crece, desde nuestra raíz y pequeñez de hombres, hasta hacemos verticales.
-Eso, verticales, abuelo, como el Greco, arropados por la Pachamama, la gran diosa-madre-tierra.

Debo ser reiterativo, y decir que en esta cósmica y planetario soledad, tampoco hay soledad. El silencio es transparente, y la nieve, retractada por el sol, es la cara risueña, alegre, de la montaña. Aquí todo trasciende a la altura, y más allá de la altura, porque todo es altura.

Esta gente es soñadora, el indio es soñador de muchas lunas, de eternidades trasvasadas al tiempo. Raza sublime y eterna. Morenos de sol, curtidos por el frío, estos indígenas no viajan sólo geográficamente; viajan, sobre todo, en el pensamiento, saltando los días y el tiempo, anclados en sus raíces ancestrales. Son verticales.
-Como el Greco, abuelo, como el Greco.

Trascienden el tiempo. Ellos, como yo, están anclados en el hualupacha, es decir, viajan del presente al pasado, y del pasado al futuro, al encuentro cotidiano de sus antepasados, omnipresentes en el universo, cosmográficamente onírico y vertical, de los espíritus y las divinidades que son y guardan sus raíces.
-Abuelo, «hoy clamo a la memoria de este recuerdo ... », y te veo a ti, eternizado en el acantilado simbólico de mis sueños. Tú, leyendo libros de épica grandeza; yo pastoreando llamas que recorren incansables los Andes, arropados -hombres y llamas- por la Pacha-Mama, los Apus y los Achachilas, divinidades protectoras, de un viaje -en espiral me lo imagino- a la entraña misma del cosmos, del tiempo y de los antepasados, escondidos y omnipresentes, en la montaña enhiesta, de cósmica grandeza.

Mientras el grupo de indígenas hace su ofrenda nocturna, el Chika-aruna, que entiendo como oración de la noche, que da gracias e implora benevolencia en el largo viaje, yo me quedo viendo, en la fría y hermosa noche, la danza de luz y nieve que forman los picos góticos de los Andes al paso de algunas nubes. Hay luna llena.
-Abuelo, ese gigante es el Illimani, ¿sabes?; mira, es como un dios, vertical, que transciende la altura. Se parece al Greco.
-Hijo, ahora comienzas a entender. Exacto. El Greco es vertical...

-¿Por qué, abuelo?, ¿por qué el Greco es vertical?
-Por inconformista, hijo, por inconformista. Y por religioso, profundamente religioso, que no comulga con los dioses olímpicos de sus antepasados, burgueses y aburguesados. Es el hombre que ama su raza, su tierra; conoce sus raíces, igual que los indígenas; y al adentrarse en el panteón de los dioses, no se arrodilla; protesta y se pone en pie.
-Abuelo, el Illimani también se ha puesto en pie. ¿También protesta?
-Exacto, hijo, exacto; también. Veo que lo has entendido.
-Abuelo, ¿sabes?, aquí tampoco hay soledad: (parafraseando): «Se han reunido nuestras vidas dispersas en el viento ... ».

-(a dúo) *« ... y hacemos nuestro informe al Greco: porque él está forjado con la misma tierra cretense que nosotros y puede comprendernos mejor que todos los luchadores vivientes o extintos».*

-¡Bravo, abuelo, bravo!

La grácil gaviota y el cóndor majestuoso se fueron elevando suavemente hasta perderse, hermanados, en el infinito.

-18-

Mensaje del náufrago

Selva del Petén, Guatemala. La más grande de América, después de la Amazonía. Pirámides, mitos, cosmogonías esculpidas en las estelas del tiempo. Selva misteriosa. Selva por todas partes, invadiendo y sepultando el misterio de hombres y dioses mayas amordazados bajo la vegetación copiosa, de un lujuriante verde tropical. Cuna del Pueblo maya. Un Pueblo singular, a caballo entre el mito y la realidad.
—Cuando la realidad se sublima hasta alcanzar la categoría de mito es muy difícil distinguir la parte que le corresponde a cada uno. Mito y realidad fácilmente se hermanan y se confunden.

De las siete razas principales que conforman la actual Guatemala, la más numerosa sin duda, la Quiché. Están también los Manes, Sujtujiles, Kajchikeles, etc. Todos con denominación de origen maya. ¡Cuántos caminos recorridos! ¡Cuántas lunas archivadas en el haber de la historia al conjuro de los días, del tiempo y de la fe!
—Hasta que surge un Pueblo. Con sus leyendas, sus mitos y sus ritos. Y su fe.

No está claro si los intercambios de personas conquistadas como botín de guerras tribales, para el sacrificio a los dioses, o con otros fines, son también caminos de fe.
—La respuesta está en los jeroglíficos.

Algo ha quedado marcado a tiempo, para la posteridad, en jeroglíficos míticos. Por más que la selva, inflexible y cruel, se lo fagocita todo, el pasado está esculpido en jeroglíficos de piedra. Es difícil señalar las diferencias entre mito y realidad.

La historia, la gran novela, como una máquina insaciable, también lo fagocita todo. Y lo transforma. Y así, la leyenda, resulta ser la página más actualizada de la historia.
—Entonces, ¿no toda esta gente es maya?

—Si acudimos a las raíces, seguramente no. Desde el mito, todos.

La selva del Petén resulta sobrecogedora; toda ella es un poema en flor. Y Guatemala la novia de los dioses. Sobre todo cuando, linda y juvenil, como una "patoja" quinceañera, se mira en el espejo terso y transparente del lago Atitlán. Bajando de Sololá a Panajachel por aquel paisaje de ensueño, que es la carretera, nosotros, Embajadores de sueños, nos topamos con un oportuno letrero que decía: "No apto para poetas".
—Es que estamos ante el lago más bello del mundo.

Lago profundo de cristalinas aguas, espejo de hadas en noches de luna llena. Tierra de mayas.
—¿Será cierto que los mayas descubrieron el valor del número 13, y el calendario, antes que los aztecas?
—El número 13 es el número de la inteligencia.

Muchas eran las emociones que nos embargaban. Habíamos entrado, sin duda, en el componente emocional de la mitología que envuelve a este pueblo, donde la vida se mueve sin prisa, con la cadencia de un rito que envolviera el hacer y el quehacer de cada instante. Hay una cosmogonía de lo sagrado que lo envuelve todo. La tierra es sagrada, el maíz es sagrado, las imágenes son sagradas. Todo cae bajo el prisma de lo sagrado.
—Son gente impregnada de un gran respeto a todo aquello que le trasciende.

Así es. Se sienten trascendidos incluso por quienes siendo sus semejantes, consideran que están por encima de ellos, ya sea en razón de la preparación cultural, de la economía, o simplemente de la etnia.

El indígena tiene un profundo sentido de humildad. De humildad y de respeto. Vive su vida con sentido trascendente. Ésa es, en parte, la razón de que sus finados y antepasados estén tan presentes en su pensamiento, y a lo largo y ancho de su vida.

—Los caminos de la fe son caminos de encuentro.

Sin duda, un camino diferente al del raciocinio intelectual, pero importante. En el fondo, viene a ser el camino del corazón. El nuestro era un camino más que orográfico, que también, simbólico. El Lago de Atitlán, donde coquetean su belleza las hadas todas de la selva, nos afloraba en sus aguas limpias y transparentes, leyendas ancestrales de princesas encantadas.

Decidimos madrugar y subir a la cima del volcán de Agua. En nuestra mochila venía, entre otros, un ejemplar del Popol Vuh. Desde esa majestuosa altura de más de tres mil metros, la vista era sencillamente espectacular, paradisíaca, de ensueño. Los poblados de los alrededores del lago, sentados igual que Cristo a la mesa con sus apóstoles, cuyos nombres algunos llevan, guardaban y agrandaban la belleza de sus riberas.

Acababan de abrir la carretera que va de Patulul a Mazatenango, la ciudad del Venado, o viceversa. Por acortar tiempo, por allí nos dirigimos a la costa sur. Tratando de aliviar el calor de la tórrida Mazatenango nos sentamos a la sombra que la estación del ferrocarril proyectaba. Preguntamos al jefe de estación:
—¿A qué hora llega el tren?

Sin asomo de sarcasmo, respondió:
—¿El de hoy o el de ayer? Es que, el de ayer aún no ha llegado.

¡Nada de extraño había en que no hubiera llegado; el calor derretía hasta las ideas! Ni una brizna de brisa. Daba la impresión de que la vida y los relojes se hubieran detenido. Tanta era la modorra. El tren no había llegado. Eso quedaba claro. No sin ironía comentamos:
—He aquí la mejor definición del movimiento continuo.

El tren representaba la vida. Un tren donde unos van y otros vienen. Pero todo sin prisa.
—Todos vamos en el mismo tren.

En el choque de culturas, que al correr del tiempo se da, hay una mezcla de razas no una fusión.

—El árbol cambia de hojas, no de raíces.

Quizá comenzaba a entender ahora la respuesta a la pregunta formulada, sobre si esta gente era, o no, maya. Por más que nos parezcamos, y el cosmos sea la matriz universal de todos, cada quién sigue siendo hijo de su Abuelo y de su madre. Viendo que el tren no llegaba, ni el de hoy ni el de ayer, echamos a andar vía adelante. Total, el tren no iba a pasar. Nos fuimos camino a la frontera, para llegar hasta Yucatán. Es un camino que debe hacerse sin reloj. La mejor compañía era el paisaje y los libros.

—Somos invitados de honor.

Había caído la noche. Alta estaba la luna. Y el cielo, raso, limpio. Nos afloró el recuerdo y la música de "Luna de Xelajú", y nos pusimos a tararear la incomparable y romántica "Luna de Xelajú", de Paco Pérez:

Luna gardenia de plata
que en mi serenata te vuelves canción,
tú que me viste cantando
me ves hoy llorando mi desilusión.
Calles bañadas de luna
que fueron la cuna de mi juventud,
vengo a cantarle a mi amada
la luna plateada de mi Xelajú.
Luna de Xelajú
que supiste alumbrar,
en mis noches de pena
por una morena de dulce mirar.
Luna de Xelajú
me diste inspiración,
la canción que hoy te canto
regada con llanto de mi corazón.
En mi vida no habrá
más cariño que tú

porque no eres ingrata
mi luna de plata, Luna de Xelajú.
Luna que me alumbró
en mis noches de amor,
hoy consuelas la pena
por una morena que me abandonó.

Al escuchar la hermosa melodía, alguien se aproximó a nosotros. Nos saludó cordial. Era Pierre Ivanoff. Excelente conocedor del país de los mayas, quiso acompañarnos en el viaje. No venía solo. Como en el más bello cuento de hadas, y saltando sobre las traviesas de la vía, nos seguía un número incontable de gente. Pero no era gente de carne y hueso, sino todos aquellos que viajaban en las páginas de los libros.

Habíamos atravesado el país de un extremo al otro; del Pacífico al Atlántico. Llegando estábamos a las costas de Yucatán. Estaba amaneciendo. En el trópico amanece de golpe. Algo nos llamó la atención. Una goleta a la deriva y alguien estaba naufragando.
—Creo que se trata de Jerónimo de Aguilar.

Era una ocasión de oro para que nosotros, Embajadores de Sueños, le hiciéramos una entrevista. Nos acercamos a la costa. Llegamos a la playa. Vimos con sorpresa que nos salía al encuentro, adelantándosenos, Hernán Cortés.

De repente, en un abrir y cerrar de ojos, los dos desaparecieron. Jerónimo de Aguilar era, o había sido, no estaba claro, fraile. Bueno, digamos que un fraile aventurero. Por más señas, experto en lenguas, traductor con doña Marina La Malinche, para Cortés.

Los libros, eran todo nuestro equipaje de Embajadores de Sueños. Después de la larga caminata, también ellos descansaban ahora bajo el cielo intenso, luminoso y cálido, del trópico. A nuestro rededor no vimos ya a nadie más. Luego vimos, con sorpresa, cómo una ola desmayada sobre la playa arrojaba a nuestros pies una botella.
—Las botellas son portadoras de mensajes.

Efectivamente. Llevaba dentro un mensaje. Una escueta nota, enigmática. Decía:
—"El transiberiano, nunca arrancó; el mazateco, nunca llegó".

Se refiere al tren. Es el mensaje de un náufrago. Está muy claro. ¿No acabamos de estar recientemente en Mazatenango, donde el tren de hoy, que tenía que ser el de ayer, no había llegado?
—¿Dónde está el náufrago?

El mensaje decía:
—Hoy, víspera del primero de enero, del año de gracia del Señor de mil…

La fecha quedaba algo borrosa. Pero logramos entenderla. Decía:
—...de 1511.

Aquel fraile aventurero, también era un buscador. Los libros nos hicieron un guiño y se echaron a reír.

-19-

Olivos del Olimpo

Desde la altura agreste del Olimpo, mitológica casa de todos los dioses griegos, donde nos habíamos instalado, la vista era espectacular. El verano estaba en su apogeo. El paisaje llevaba el tatuaje propio de la época. El reverbero de los rayos solares entre las nubes magnificaban la belleza de la deífica montaña. Por debajo de la algarabía de los colores dominantes en la mítica morada celeste, de más de dos mil novecientos metros de altitud, irisada de sol, sobresalía el color plateado de los olivos mecidos por el suave ondular de la brisa. Resultaba un conjunto majestuoso y sensual. Tesalia, Macedonia, el mar Egeo, eran una página abierta e inacabada de Historia antigua y moderna, al conjuro de los dioses. Se celebraban las Olimpíadas de Atenas 2004.

El Abuelo había anunciado que se iba de voluntario para ayudar en el gran evento deportivo; y se fue. Se le metió en la cabeza que quería ser el jardinero de los olivares de toda Grecia, porque los olivos son signos de paz. Que se encargaría de cortar las tiernas ramas de olivo que coronarían la cabeza de los triunfadores, porque esa labor estaba reservada sólo a los soñadores, y él siempre lo había sido. Con estos y otros argumentos por el estilo, así habló. No me quedó más remedio que seguirle, dejando inconclusa la gira por Turquía.

Recorrimos el Peloponeso, y Creta, zonas olivareras por excelencia. Le bastaba untar una rebanada de pan para saber si el aceite era koroneiki, mastoidis o adramitini. Sin embargo, para la ensalada prefería la aceituna kalamata. Razones suficientes para que él y yo nos encontremos, con permiso de Zeus y todos los dioses que pueblan el Olimpo, instalados en lo más alto de esta bellísima montaña.

—Escucha, hijo; los dioses griegos, aun siendo burgueses, no han dejado de ser soñadores. Ya ves, sin ellos tal vez nunca se hubieran celebrado unas justas deportivas que toman el nombre de su celestial morada: Olimpo, Olimpia, Olimpíadas.

—La de Atenas 2004 está resultando espectacular.

Según el Abuelo, estaba siendo la más universal apología de los olivos. Un sueño universal de paz hecho realidad, por encima de las religiones y las políticas.

—Sí, hijo. Las religiones y la política producen guerras, dividen a los pueblos. Las Olimpíadas, por el contrario, unen, por encima y a pesar de, razas, credos y lenguas.

El Partenón lucía señero, emblemático y dominador, bendiciendo las coronas de olivo que ritualmente colocaban sobre la cabeza de los triunfadores. El Abuelo sonreía satisfecho. Estaba convencido de ser él el jardinero que con delicadeza y mimo había cortado las preciadas ramas que ahora lucían los atletas. Se imaginaba a los más de ciento veinte millones de olivos plantados en la Grecia actual, asomados a los distintos escenarios donde se llevaban a cabo los múltiples eventos deportivos, en pos del oro, la plata, el bronce, o la fama, y aplaudir todos juntos, al compás del ritmo oscilatorio que la gigantesca antorcha pebetero marcaba desde el estadio, a los gallardos competidores.

Por mi parte, había decidido no apearme del Olimpo. Me acomodé en la zona más agreste y hermosa de la montaña al amparo de una oquedad pétrea que resultó ser una Cueva. Me senté a la entrada. Desde tan privilegiado lugar podía contemplar los distintos eventos que se llevaban a cabo en los distintos lugares. La monumental antorcha, iluminaba, espléndida, las suaves noches de Atenas. Me faltó tiempo para preguntar al Abuelo:

—¿Cómo se llama esta Cueva?
—No tengo idea, pero yo la llamaría la Cueva de Adán.

Añadió con notoria ironía:

—Creo que aquí nació Adán.
—Sea, pues. En adelante, será conocida como la Cueva de Adán.

Personalmente, hubiera preferido nominarla como la "Cueva del Tiempo", por ser la matriz metafórica y universal de la creación. Pero en atención a él, que así la bautizó, quedó como la "Cueva de Adán". Y de inmediato me identifiqué con el nombre. Ahora bien, el Abuelo era el Abuelo, pero ¿y, yo? ¿Quién era yo? Una voz me decía por dentro:

—Tú eres Adán; es decir, Tierra.

Me gustó. Hice una reverencia aprobatoria. El Abuelo me sorprendió realizando la pose de un gesto cómico y teatral, desde lo más alto del Olimpo. Me imaginé estar en el escenario más alto del más grande teatro del mundo. Sonrió.

—Sí, hijo, Tierra es tu nombre, amasado fuiste del barro.
—Pero, ¿no es en Jerusalén donde está la que llaman Cueva de Adán? El lugar exacto, según creo recordar, está debajo mismo del Calvario, en la proximidad del Santo Sepulcro, dentro de la gran basílica del mismo nombre. Incluso hay quien dice que allí está la calavera de nuestro común antepasado. Y que la cruz de Cristo la hincaron, precisamente, encima de su tumba. Y que al golpe, la pequeña cueva del enterramiento se rajó. Otros, por el contrario, dicen que se debió a un terremoto.
—Yo pienso, más bien, que se abrió en un estampido de gloria al resucitar el nuevo Adán, Cristo.
—Eso debió ser, Abuelo.

Apresado por la radiante fascinación del mar Egeo que tenía a la vista, el pensamiento se me fue lejos de la Olimpíada. Aquella paz paradisíaca era como la sonrisa eternizada de los balbuceos de la creación. La mar sonreía al firmamento y éste le devolvía galante la sonrisa. Yo no me cansaba de mirar y mirar, por encima y más allá de la distancia inconmensurable del tiempo. Recordé el pasaje del Génesis, cuando "Dios puso el firmamento por en medio de las aguas, apartando unas de otras". Aún no había nacido eso que los humanos llamamos prisa. Daba gusto ver girar el cosmos armónicamente. La felicidad lo

invadía todo, mejor dicho, casi todo, porque era una felicidad que no impedía sentir una cierta sensación de vacío. ¿Por qué?

Era el día sexto de la Creación. Volví la cabeza al oír un ruido suave, tan suave como el de las ramas que se separan al abrirse paso alguien entre la jungla; éstas, las ramas, emitieron una tenue queja, parecida a un mohín femenino por una caricia íntimamente deseada, pero que en apariencia se rechaza; o al instintivo alzar de la mano el niño, que sueña dormido en su cuna. Aunque a decir verdad, yo, Adán, hijo de la Tierra recién moldeada por el Creador, con mi ADN de agua y barro, estoy usando términos equivalentes a realidades que en aquel entonces me eran totalmente desconocidas.

Los olivos sabían a aceite, amistad y paz. El día fue avanzando, y la tarde comenzó a declinar. Luego, todo quedó en silencio. Llegó la noche y me dormí, a la entrada misma de la terráquea Cueva del Tiempo, en lo alto del Olimpo, -¡oh, Madre Tierra bendita!-, lugar donde la temperatura era más fresca, suave y agradable. El mar arrullaba mi sueño y mi soledad con el rítmico vaivén de las olas.

Y soñé. Soñé, como no podía ser menos, que Dios venía a mi cueva, la Cueva del Tiempo, o Cueva de Adán. Con tan suave claridad venía, que me dejaba entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad. La llama olímpica danzaba suave cadencia de ballet sobre la majestuosa antorcha pebetero.

Mi sueño fue placentero; y comencé a caminar por el inmenso jardín del universo mundo. Vi ríos, muchos ríos; y mares, muchos mares; y árboles, muchos árboles, de frutos en sazón. Y olivos; sobre todo olivos, a granel; y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente, sólo había dos caminos para poder caminar. Sólo dos. Los dos arrancaban de un mismo punto: un Árbol; espléndido y único en belleza. Era el Árbol que llaman de la Vida; inédito, sin nombre alguno tatuado en él aún. Los dos caminos comenzaban en el mismo Árbol. Pero tan sólo uno convergía de regreso en él. Llevaban por nombre: Camino del Bien y Camino del Mal.

—Esa dualidad se conoce como Libertad.

Me quedé mirando, ensimismado, el entorno, cuyo principio o fin no podía abarcar. Simplemente, miraba, dibujando una sonrisa que se fundió con la sonrisa de Dios. Él me dijo, acariciándome de eternidad:

—Tú eres Libertad.
—¿Libertad...? Yo sólo soy Tierra. Por eso me llamo Adán.

Dios quedó pensativo. Luego añadió:

—En cuanto a la materia... sí; tienes razón, eres Adán; barro con denominación de origen, amasado con agua de la océana mar. Pero tu alma pertenece a mi eternidad. Eres espíritu, parte de mí. Por eso eres y serás inteligente y soñador.
—¿Soñador, dices···?
—Sí, soñador, que es lo mismo que decir Libre. Eres libre. No lo olvides. Dueño de tu Libertad.
—No entiendo.
—Pronto lo entenderás. Eres tan libre como Yo. A fin de cuentas, no he tenido más remedio que crearte por amor. El Amor es Libertad.

Yo escuchaba a Dios con mucha atención. Él continuó:

—Tu nombre es Adán Libertad Tierra Amor.

Apenas comenzaba a entender. El Creador prosiguió:

—Y Eva, la misma que te atisbaba ayer desde el bosque, sin tú advertirlo, ni saber de su presencia, también es libre, como tú. Su nombre es Eva. Eva Libertad.

Eso sonaba bien. Comenzaba a gustarme. Pregunté con interés:

—¿También ella está hecha de barro?
—También. Es tu otra mitad. Porque has de saber que los dos, sois uno solo. Os llamáis Libertad.
—¿Somos Libertad?

—Sois Libertad. Vuestro barro está amasado de amor y para el amor. Todo lo demás, de vosotros depende.

Qué bonitas sonaban en mis oídos aquellas palabras. Me hicieron pensar. De pronto, en una explosión de júbilo grité:

—¡Eva...! ¡Eva Libertad...!

El Creador añadió:

—Estáis programados con el soporte, sin el cual no habría Libertad, del Bien y del Mal. No te extrañes, pues, si de pronto te sientes indigente, necesitado, incompleto: eres Adán, Tierra. Varón y mujer a la vez. Pasarás a la historia con el nombre afortunado de Hombre.

Yo, aún no sabía decir ¡gracias!. A cambio, sonreí a Dios con la ternura de un hijo. Él continuó:

—Creced y multiplicaos, henchid la tierra de felicidad, cuidádmela, y sed felices. Sobre todo, esto: sed felices.

Nunca jamás pude olvidar aquel sueño. En ese mismo instante tuve conciencia de que no estaba solo, de que para siempre era un plural. Y lleno, mejor dicho, llenos de alegría nos fuimos alejando de la Cueva, y de la mar.... Nos adentramos por la espesura del bosque, saltando y corriendo. Eva y yo, éramos dos chiquillos felices en el más feliz de los mundos, a los que la vida les bullía a borbotón por todas partes. Qué momentos más entrañables pasamos. No supe cuándo desperté.

Ha pasado el tiempo. Miles, millones de años; tantos, que imposible contarlos sería. He vuelto, reprimiendo la nostalgia, fosilizada mi alma de remordimiento y soledad, a la misma Cueva, al Olimpo. Y veo que los dioses griegos padecen las mismas pasiones que los humanos. Sigo llamándome Adán; pero he olvidado mi apellido. Lo escribí en el tiempo, en vez de escribirlo en la eternidad, y el tiempo lo ha ido borrando poco a poco. Ahora estoy agazapado, asustado. Me

remuerde el olvido, y el error del camino. Sólo de vez en cuando me viene a la mente una imagen, muy borrosa: Libertad. De pronto, siento que aún me queda un resto de lucidez. Y al sentirme Tierra, amasado en el sueño, barruntador y necesitado de eternidad y de verdadera libertad, las mismas que hace tiempo perdí, pongo en pie mi indigencia, y con lágrimas de necesidad, le digo al Creador:

—Barro soy, pero tú mi alfarero. Cuida mi libertad, que a tus manos encomiendo.

A veces siento que mi mente es una nebulosa; tan errática o firme, según se mire, como la Vía Láctea. Y entonces, me parece que todo fue como un juego de azar; no sé cómo ni qué sucedió. Lo que pasó, pasó. En el campo del combate perdimos honor y libertad. Y el Paraíso quedó reducido a una metáfora de irrecuperable realidad. No hay vuelta de hoja. Sólo queda el remordimiento. Lo que más me apena es ver a Eva triste; tan triste como yo, con la insatisfacción por horizonte. Ya nadie sabe que nuestro nombre no es exactamente Adán o Eva, sino Libertad. Nos apodan, simplemente, Hombres; genérico nombre que designa tanto al varón como a la mujer. En realidad, somos dos huérfanos de Libertad, a perpetuidad. Condenados a andar siempre errantes, con los pies descalzos, sin casa fija, sin una cena caliente, al relente de todas las estrellas, con el hatillo de la fallida Libertad hecho jirones. Internautas de la soledad.

Entretanto, en el Olimpo los dioses juegan con las hijas de los hombres. Mientras, en la Villa Olímpica los atletas sueñan con medallas de oro, plata o bronce, y coronas de ramas de olivo.

Pero a mí, Adán, servidor de ustedes, las ramas secas del Árbol de la Vida me desvanecen el sueño. Abro los ojos, veo que la mar, símbolo primordial de la Vida, sigue en su sitio. El resto de árboles están en pie. Algunos, tan queridos para mí, están ahí desde la Creación, cuando el Espíritu de Dios revoloteaba sobre las aguas primordiales. Son los olivos. Benditos ellos. ¿Y los caminos? Uno ha desaparecido; el otro se ha difuminado. ¿Y la Cueva...? La Cueva, ¡oh

Madre Tierra bendita!, ésa también sigue ahí, en su sitio, protegida por los olivos.

Está cayendo la noche sobre Atenas. Las miradas del mundo entero han convergido en el majestuoso Estadio. La Olimpíada XXVIII, primera del Milenio, la más culta, llega a su fin. A los pies de una enorme pasarela, un trigal en alegórica forma espiral, por consiguiente fetal, que simboliza la vida, constituye el magnífico escenario, por donde empiezan a desfilar los distintos pueblos de una Grecia que guarda esencia de rica historia y cultura. El Estadio se llena de música y danza, de pueblos y alegorías. Es la fiesta de la vida, entrelazada de mitología, alegoría, cultura, cantos al amor, donde la siega del campo de espigas, produce las gavillas con las que se forman los cinco simbólicos aros olímpicos.

—Abuelo, el trigo es el fruto del matrimonio entre la tierra y el sol. Y la espiral, representa el infinito, la vida.

Los Olivos griegos, los más olímpicos de la historia, han guardado silencio. Danzarines de Tracia saltan sobre el escenario. George Dalaras canta un canto de amor y amargura. El Estadio es un carrusel de alegría y canción. Después del trigo, llega el turno del homenaje al vino. Ancestrales figuras del rico folklore griego danzan entre los campos de trigo con grandes cencerros colgados de sus cuerpos.

—Son para ahuyentar a los malos espíritus.

Una romántica luna flota sobre el Estadio. Pero una mujer se siente sola en el caminar de la luna. Y le canta a su amor: *"Me duele el corazón. Quiere tus manos para adormecer mi cabeza en ellos. Déjame en tus brazos esta noche. Dime sí, mi amor y seré tuya. Dame un cigarrillo, dame tu fuego".*

El Estadio se electriza con la música de Zorba el Griego. Hasta el Abuelo comienza a mover los pies y levanta las manos al unísono con todos los espectadores que abarrotan el Estadio. Luego pregunta:

—¿Y la paz?
—La paz sigue siendo, aún y por desgracia, el anuncio de una victoria. Filípides en el año 490 a.C. se pegó una soba corriendo para anunciar la victoria de los atenienses sobre los persas en la batalla de Maratón.

La hermosa ceremonia de Clausura transcurre sin sentirse apenas. Izan la bandera olímpica. Lucía Papaleonidopoulou, niña de 10 años, huérfana, está bajo el pebetero. Éste, comienza a inclinarse poco a poco hasta llegar a la niña, que toma el fuego, para transmitirlo luego a otros muchachos; a continuación comienza a recorrer el Estadio, prendiendo de luz todos los corazones que el público llevaba colgados al pecho. El Estadio se llenó de una luz compartida por todos. Era el gesto de la Grecia creyente. La Iglesia ortodoxa griega rendía tributo así a la muerte y resurrección de Cristo. Así, religiosidad y mito, pasado y presente, símbolo y realidad, armonizaban perfectamente.

La niña regresó a su puesto, mirando fijamente el pebetero que nuevamente había tomado la forma vertical. Sopló hacia el pebetero y el fuego olímpico se apagó.

Un escalofrío de emoción me recorrió el alma. Con dignidad, con sentimiento, decidí dejar la Cueva. En ese momento, el Abuelo no recordaba haber sido el jardinero de los olivos griegos. Al bajar del Olimpo, simplemente le dije:

—Vámonos, Abuelo, y regresemos a Turquía a completar nuestra ruta.

En el Estadio seguía la fiesta. La inolvidable música rítmica de Zorba el Griego se extendía por sobre los olivos de la Grecia clásica y actual.

-20-

Pastor de sueños

Había pasado parte de su niñez, casi toda su juventud y el resto de su vida al completo, como pastor de Sueños. Pastoreaba el rebaño de sus Sueños junto al Acantilado. Les hablo, naturalmente, de mi abuelo.

Un poco escorado a la izquierda, por aquello, decía, de que ahí está el corazón, había archivado en sus sentimientos las alegrías de la gente libre y el dolor que todas las guerras, habidas y por haber, producen. En cuestión de guerras y batallas, nunca estuvo a favor de uno u otro bando. Cuestión de principios, decía. Y añadía:

—En la guerra nadie tiene razón; aunque unos sean más culpables que otros.
—¿Quiénes?
—Quienes la inician.

Lo dicho, cuestión de principios. Pero al Abuelo le dolía en el alma ver el dolor de tanta gente inocente, humillada, explotada, vilipendiada, masacrada··· Por eso había recorrido, sin más salvoconducto que sus libros, todas las guerras antiguas y modernas.

Había estado en la batalla de las Termópilas cuando las guerras Médicas. Y en la del Peloponeso, por citar alguna.

—Guerras fratricidas. Todas son fratricidas.

Contaba que dorios y egeos, jonios y atenienses -antes y después-, unos por tierra, por mar los otros, todos se habían atacado. Espartanos y corintios, y al revés, todos habían dado y recibido mandobles generosamente. Naturalmente, nadie salió bien parado. Ni tan siquiera los atenienses, que por controlar el mar Egeo creían controlarlo todo. Nadie. Las costas, dentro y fuera de ellas, es decir, por

tierra y por mar, eran campo habitual de guerra. Y si no había guerra, la inventaban; tanto tirios como troyanos. Era su pensamiento. Y añadía:

—Y no creas que las cosas han cambiado mucho con respecto a la actualidad.

Corinto quería unirse a Esparta para luchar contra Atenas. Los tebanos, que eran de la oposición, seguía diciendo el Abuelo, a punto estuvieron de disolver la Confederación de Delos. Cuestión de cabezonadas, matizaba. Y añadió:

—Y a Fidias, el escultor, lo metieron en "chirona" por el timo aquel.
—¿Cuál, el de la estampita?
—No, hijo; peor. Construyó la estatua de Atenea con una aleación de oro más baja de lo estipulado. El resto se lo quedó.
—Bonita manera de enriquecerse pronto.
—Un pillo. Aunque en esto, los tiempos tampoco han cambiado mucho, que digamos. Pero sigamos.

Y el Abuelo, pastor de Sueños desde su infancia, opuesto siempre a la guerra, contaba que se apuntaba a todas las manifestaciones públicas. Solía decir:

—Para cualquier huelga que se convoque, avisadme; excepto si es de hambre.

El Abuelo era de buen yantar. Decíamos que había estado en todas las guerras. Aunque enseguida agregaba:

—Pero no participé en ninguna. Ya sabes, hijo, a mí las guerras no me van.

Menos mal. Ni las jónicas, ni las macabeas, pongamos por caso. Ni las de antes ni las de después de Maratón, Las Termópilas, o Salamina. Ninguna guerra le iba. Cuestión de principios, era su estribillo.

De haber tenido oportunidad, y en el supuesto, pongamos, que un día se hubieran encontrado Napoleón Bonaparte y él, seguro que el corso hubiera depuesto las armas. El Abuelo tenía argumentos suficientes para estar siempre en contra de la guerra y persuadir a todos los artificieros de la misma.

En cambio, no estaba tan demostrado su poder de convencimiento. Hay que perdonarle: era poeta. Y ya se sabe, el pajarillo muere cantando en la enramada, por los disparos del vil cazador. En la enramada de los poetas, precisamente, andaba cantando cuando le sorprendió la guerra civil de Estados Unidos. Y la primera mundial; y la segunda... Solía quejarse:

—Que el mundo está muy revuelto, hijo. Y lo estará más.

Participó también en la guerra de Vietnam; y la del Golfo; y la de Afganistán. En la de Irak no, porque andaba en la oposición. Eso, también era cuestión de principios.

No sucumbió en los repetidos y constantes ataques entre palestinos y judíos, y al revés, por pura casualidad. Su queja era fundada.

—Las guerras no han hecho sino llevar gente inocente al infierno del sufrimiento más atroz y antihumano.

Qué razón tenía. Por lo demás, singularizaba cada guerra. Cierto día, mientras desplegaba el infernal mapa de las guerras, habidas y por haber, aproveché para preguntarle:

—Abuelo, ¿dónde está el infierno?

—¿No lo estás viendo? ¿No ves todos los días los telediarios? ¿Tantos niños inocentes destrozados por los omnipresentes Herodes de turno?.

Se encendía, cuando tocaba este tema. Me imaginaba ver, detrás de cada niño inocente, un asesino apuntando y dispuesto a disparar.

—¿Te parece poco infierno? Hijo, cada guerra es una maldición.

El instinto thanático es el peor virus informático que ha podido invadir la mente del ser humano. Muchas veces me lo repitió, y yo estaba de acuerdo totalmente con él. Y no olvidaba apostillar:

—Eso sí, las guerras son un gran negocio. Esta es la razón verdadera por la que las guerras no acabarán hasta el día después del juicio universal.

En su papel de Embajador de Sueños había recorrido, en su juventud, la Siberia, para alertar a los bolcheviques de que la revolución estaba llamada al fracaso. No le hicieron caso y, para colmo, casi se muere de frío.

Cuando lo más duro del invierno había ya pasado, me dice:

—Ahora que ha llegado el buen tiempo, vámonos a lugares más tranquilos.

Fue así cómo un día, dejando en orden el Acantilado de sus Sueños, puso rumbo a la actual Turquía, país de extraordinaria belleza. El Asia Menor, de los antiguos. Cuna de importantes civilizaciones; de hombres ilustres, que tanta influencia tuvieron en la cultura griega, como Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes. Cómo no recordar a Heráclito de Éfeso, a Lupecio, Demócrito, Protágoras y Pitágoras; a Homero, Hipócrates, Herodoto, y tantos otros.

Ilustrado, como era, el Abuelo añadía:

—Y lugar donde transcurrió la infancia y gran parte, podríamos decir, de la juventud de la Iglesia.

Efectivamente. Allí nació Saulo de Tarso, el impulsor más grande del cristianismo. Y muchos de los llamados santos Padres. Allí se celebraron los grandes y más importantes Concilios. Y se promulgaron dogmas. Y hubo herejías y contra herejías.

Turquía es lugar donde cada piedra guarda un trozo grande de historia que rejuvenece la vida actual con redoblada vitalidad. Cómo no recordar Pérgamo, su biblioteca y sus pergaminos. Y su Asklepion. La Tracia europea, y la Anatolia asiática, hoy formando parte del actual mapa turco. Es decir, Asia y Europa, unidas por el mar del Mármol, o Mármara, y el estrecho del Bósforo.

—Sí, hijo, sí. La Turquía actual, rodeada de mares: Negro, Mediterráneo, Mármara y Egeo, es de belleza cautivadora.

El Abuelo se entusiasmaba al describir sus andanzas. Que por algo era también poeta. Como un turista enterado, no perdía detalle; pero sus ojos soñadores alcanzaban mucho más. Decía:

—A Turquía hay que ir con la blusa desabrochada, para que nos dé de lleno el aire fresco de la historia y de la sabiduría.

A lo que yo le respondía:

—Y llevar los ojos bien abiertos, para que quepa, si no todo, parte de su paisaje y belleza.

Por él supe que en la ciudad que los hititas llamaron Adaniya; la misma que, según la leyenda, fundaron Sarus y Adanus, hijos del dios Uranus, la actual Adana, que, tras pertenecer a los imperios Bizantino y Selyúcida, fue incorporada al Imperio Otomano en el siglo XVI. Añadió:

—Como ves, Adana está enclavada en la fértil llanura de Cilicia, en la región de Çukorova. Daremos una vuelta, primero por la ciudad; luego visitaremos la Colina Negra. Te encantará.

Y así fue. Esta resultó ser un auténtico y hermoso museo de ruinas al aire libre.

—Esos preciosos relieves que, como ves, adornan la puerta de la ciudad, datan del siglo XVIII a.C. Se construyó como fortaleza, por parte de los hititas.
—¿Y ha podido conservarse durante tanto tiempo?
—En realidad, todo esto fue descubierto por Bossert en 1946; luego, los arqueólogos turcos se encargaron de ir sacando a la luz tanta maravilla.

Era verdad; cada piedra en la que tropezábamos o tocábamos, nos iba entregando, a manos llenas, trozos de vida guardados por el tiempo y el respeto que esta gente culta tiene a los valores incalculables de la antigüedad. Yo estaba maravillado.

—Pero has de ver más. En este país, estamos pisando tierra que es sagrada y tan antigua, que los asentamientos humanos se remontan al Paleolítico superior: 20.000 años antes de Cristo.
—¿Tanto?
—Lo podrás comprobar en la región de Antalya, por ejemplo.

Mientras el Abuelo, con su palabra fácil y sus conocimientos precisos, me iba instruyendo, yo me llenaba los ojos de jeroglíficos, de paisajes, y de piedras que guardaban vivo el recuerdo, el paso, o el asentamiento, de muchas civilizaciones.

Resultó indescriptible contemplar, en la Anatolia central, el embrujo de la Capadocia, por su extraña y original formación geológica. Y su silencio.

—Abuelo, esto es lo más bello que mis ojos han visto. ¿A qué se debe esta singular y caprichosa formación geológica que tanta belleza imprime?
—Fíjate al fondo, en los volcanes: aquél, el Ercydes, con sus 3.917 metros de altitud; aquel otro, el Hasán, de más de tres mil doscientos. De allí procede la toba arrastrada. La lluvia, la nieve, y el viento completan la erosión hasta convertir el paisaje en un paisaje de hadas.

Efectivamente, estos montículos parecen hadas. Paisaje de ensueño, de belleza y aridez, de silencio y colorido, por donde pasaron hititas, frigios, medos, persas, griegos, romanos y bizantinos.

—Abuelo, y tú, y yo.
—Hijo, todos han pasado por aquí y dejado su impronta.

Contaba el Abuelo cómo a la muerte de Alejandro Magno, la Capadocia pasó a manos de los romanos.

Puente natural entre Asia y Europa, cruce de razas y de caminos comerciales, aquí vivieron y desde aquí impartieron la doctrina cristiana los tres famosos padres Capadocios. Me adelanté:

—San Basilio, san Gregorio de Nisa, y san Gregorio Nacianceno.
—Eso es; sin embargo, ya ves, del cristianismo ya sólo queda, prácticamente, la arqueología; ésta sí abunda. El islam lo invadió todo.

Cierto. Las luchas iconoclastas, primero; el islam después, habían hecho mella. El Abuelo puntualizó:

—Sin embargo, el cristianismo tuvo aquí su mayor fuerza y esplendor entre los siglos II y XII, a pesar de las invasiones islámicas.

Testigo fehaciente de lo que el Abuelo acababa de decir y de un pasado glorioso y de esplendor, eran las iglesias, algunas minúsculas, otras más grandes, horadadas en la roca, y bellamente decoradas. A

veces llevan el nombre del propietario del lugar donde se ubican. En el Valle del Göreme es una delicia admirar, por ejemplo, la Elmali Kilise, o iglesia de la Manzana; la Karanlik Kilise, o iglesia oscura; la Tokali Kilise, o iglesia de la Hebilla. Y tantas, y tantas otras que, además de deleitar la vista con sus magníficas decoraciones, deleitan sobre todo el alma.

En el Valle del Zelve, nos deleitamos con sus conos de piedra toba, su silencio majestuoso, sus casas de las hadas. Porque, efectivamente, parecen hadas.

Era como entrar por la vía misma de la naturaleza en el monacato, tan floreciente que fue. En muchos de los conos aún se conservan perfectamente algunos lauros monacales.

—Abuelo, aquí todo invita a la comunicación con Dios.
—El silencio es un regalo de Dios; vale tanto como la palabra. No todos son capaces de descubrirlo.

El silencio vale tanto como la palabra··· Me quedé pensativo y traté de sacar partido a tan hermosa aseveración. Dada mi afición a buscar el qué y el porqué de las cosas, a punto estuve de preguntarle qué era el silencio. No hizo falta. La sintonía entre el silencio del valle y los sentidos era perfecta. Ahí tuve la respuesta. Cuestión de sintonía. Cambié el giro de la conversación.

—Abuelo, ¿los monjes y eremitas, sintonizaban con la gente?
—Por supuesto. Pero había sus diferencias de criterio. Por ejemplo: san Basilio decía que para llevar la gente a Dios había que estar en medio de la gente. Y, haciendo honor a su nombre, dispuso basileias por todas partes, una especie de servicio social a los necesitados. Otros pensaban que desde la soledad y la oración estaban sirviendo al pueblo. Ya ves, apreciaciones distintas.

En Uçhisar, lo primero que hicimos fue subir a la fortaleza. La panorámica que se ofrece desde la cumbre es única, indescriptible,

lunar. Hacia cualquier parte que uno dirija la mirada se encuentran las chimeneas de las hadas. La erosión ha convertido el paisaje en único, irrepetible, y hasta sobrecogedor. Notoria resulta la presencia de iglesias bizantinas, como en Cavusín. O la gente dedicada a la alfarería, como en Avanos.

Mención aparte merecen las ciudades subterráneas, como la de Derinkuyu, con capacidad para diez mil personas; o la de Kaymakli, ciudad de diez pisos.

—Abuelo, de no haberlo visto no lo hubiera creído.
—Pues dicen que hay cerca de doscientas ciudades subterráneas.
—Desde luego, representan una riqueza cultural impresionante.
—Ya ves, lo que son las cosas. Nosotros las admiramos como simples curiosos. Ellos las habitaron como refugio en los momentos de incursión del enemigo. Desde sus casas podían desplazarse rápidamente por pasadizos estrechos y ocultos que se intercomunicaban. Jenofonte ya las cita en la Anábasis.

Nosotros no teníamos que escondernos de nadie. Sentíamos el alma henchida de la riqueza religiosa, cultural, y humana, que desde el hondón de los siglos, otras gentes nos habían legado. Nuestra visita nos hacía ser parte de ellos. Y nuestro agradecimiento consistiría en legar su patrimonio a las siguientes generaciones.

-21-

República de los Sueños

La Imaginación había sido Embajadora en la República de los Sueños. La Embajada estaba situada, por cierto, en el lujoso boulevard que lleva el mismo nombre: Boulevard de los Sueños. Era referencia obligada y segura para todos los ciudadanos del Mundo que, a pesar de serlo, a veces andaban perdidos. Como yo. Era punto obligado de encuentro. Siempre.

La conocí la Imaginación siendo todavía niño. Nos hicimos amigos. Recuerdo aún aquel día, a la orilla del mar. Veía yo a las pequeñas gaviotas dejar el nido, y tras pequeños anclajes, abandonarlo definitivamente. Le dije:
—Esas gaviotas que salen del nido, estoy seguro que se van a ir lejos, lejos, muy lejos. Y cruzarán el mar.
—El mar es muy grande para cruzarlo. Sin embargo, sí lo cruzarán las que vayan escoltando algún barco.
—¿Por qué?
—Porque son gaviotas soñadoras. Tienen los mismos sueños que los pasajeros del barco. Cada pasajero es un soñador. Por eso emprende el viaje.

Por supuesto, la Imaginación era mayor que yo; me llevaba unos cuantos años. Le pregunté:
—¿Y tú has atravesado el mar?
—¡Oh, sí, muchas veces! Yo viajo mucho.

Yo estaba admirado de las cosas que la Imaginación me contaba. Me encantaba escucharle. Me di cuenta enseguida que la Imaginación tenía razón, cuando decía:
—También las gaviotas, al igual que los demás seres, tienen su corazoncito. Aman, sufren, sueñan.
—Y el mar tiene corazón?
—Por supuesto que el mar tiene corazón.

Y pensando en el mar y su corazoncito, me iba a correr por la arena de la playa. Feliz, contento, hablando con las olas, con las gaviotas que revoloteaban a mi alrededor. Todo resultaba ser una bonita lección de ecología. Un día, jugando en la playa a hacer castillos de arena, me dijo:
—¿Sabes? La gente vulgar y frívola no tiene sueños.
—Será que no duermen. ¿Y por qué no duermen?
—No, no. No es que no duerman, es que no tienen sueños, que es cosa diferente.

Esto no lo comprendí entonces. Pasaron los años. Y en esa arraigada costumbre de leer un rato antes de dormirme, leyendo estaba, como cada noche, un capítulo del Quijote. Pensé:
—Quién sabe, quizá Don Quijote estuviera loco, o al menos necesitara darse una vuelta por el despacho de un psicólogo. Pero vulgar o frívolo, nunca lo.

Me venció el sueño. Al despertarme por la mañana, el ejemplar del Quijote dormía plácidamente a mi vera. Pero esa noche, mi sueño fue un tanto metafísico. Observaba a Don Quijote. Mientras velaba sus armas, al relente de la luna, me pareció que hacía un viaje circular hacia dentro de sí mismo.

Es posible que encontrara en sus sueños más molinos de los previstos y menos Dulcineas de las imaginadas. Pero nadie pondrá en duda que era un hombre digno, de porte vertical; que guardaba, al circular alrededor del aljibe del pequeño patio donde yacían por el suelo su abollada armadura a la sombra de un olivo y su famélico caballo, la compostura de caballero fiel y leal.

A veces, caballo y caballero daban con sus huesos en tierra. Sus sueños permanecían en pie, en toda su verticalidad.
—El Quijote fue un hombre vertical.

Disfrutaba discutiendo con la Imaginación sobre todo lo habido y por haber. Pasó el tiempo. Había perdido casi por completo la pista de

la Imaginación. En cierta ocasión le oí decir que, de todas las Embajadas del mundo, la que más le gustaba era la que estaba en la República de los Sueños. A mí me resultaba fascinante. Era un nombre muy poético. Le pregunté:

—Imaginación, ¿qué es un sueño?

—Si te doy una definición, igual no lo comprendes. Pero para que me entiendas: el sueño es algo muy importante; es como el oxígeno para vivir.

—Imaginación, ¿y si te nombran Embajadora en la República de los Sueños, podré ir contigo?

—Por supuesto. Además, mira; el mundo no tiene fronteras. Ya no se necesitan pasaportes ni visados. Eso está ya anticuado. Fueron necesarios cuando los hombres no tenían imaginación. Las cosas han cambiado.

Esa noche soñé que nos encontrábamos, la Imaginación y yo, en la cima, enhiesta y majestuosa, del Volcán de Agua, en Guatemala. A más de tres mil metros de altitud, la mañana era radiante. Un cielo azul, intensamente limpio. Y por encima del Volcán, el universo infinito. Ladera abajo, entre el verde tupido y denso de la selva y los cafetales, pequeñas poblaciones indígenas.

—Aquel pueblo es San Juan del Obispo. Aquel Santa María. Y esa ciudad se llama La Antigua.

La Ciudad de Antigua, la Ciudad Colonial de las Américas, por excelencia, estirada como una alfombra de colores; de calles tan bien trazadas y rectas, que parecen hechas a cordel, y donde, si uno aplica el oído sobre el empedrado antiguo, aún parecen resonar los cascos de los caballos de Don Pedro de Alvarado y sus huestes. Qué mirador de excepción.

—Te habrás dado cuenta que La Antigua es apta sólo para poetas. Cada piedra, cada monumento, cada rincón cubierto de buganvillas es un poema.

—Un mojón clavado en el tiempo.

—Un indicador de mensajes.

—¿Qué mensajes?

—Mensajes de los dioses Mayas.

El pulular de los indígenas, con sus trajes multicolores, era como si de pronto, el alma de esta raza, aparentemente anclada en el paisaje sin par de la Ciudad, llamada de la Eterna Primavera, se hubiera vestido de fiesta.
—Para el indígena no existe el tiempo. Existe la vida.
—Y la vida se hermana con el paisaje.
—Y con la tierra, con los árboles, con las quebradas, con los duendes y leyendas, con los antepasados.
Mientras la Imaginación me explicaba, yo estaba emocionado. Insistí:
—¿Con los antepasados has dicho?
—Sí. Los indígenas se comunican constantemente con sus antepasados.
—Será con Dios.
—Con los dos.

Acurrucados en lo más alto del Volcán, la Imaginación y yo observábamos, fascinados, cuanto sucedía cerca o lejos, y en nuestro propio entorno.
—Imaginación, ¿de no haber sido por el terremoto que convirtió a la Antigua en la más emblemática y bella ciudad de América por sus ruinas, sería en la actualidad tan bonita como es?
—A buen seguro que no. En todo caso, esta es una ciudad con alma.

El alma de un pueblo es también su fe. Los indígenas mayas plasmaron su fe en piedra.
—Una cultura ancestral traducida en personalidad y dignidad.
—La técnica despersonaliza.
—Cultura y dignidad se construyen desde la humildad.

En este sentido, este es un pueblo humilde, sufrido, laborioso, tesonero. Admirable, en verdad. El alma de esta gente es exquisita, como sus paisajes paradisíacos.

La vida y los días iban pasando, como en espiral, lenta y tranquilamente. No existía la prisa. Cada cosa, todo, tenía sentido. Era la lógica de un mundo en movimiento, pero sin prisas. Desde ese mirador, impresionante y de excepción, podía contemplar a mis anchas largos trozos de historia, emanados como de un pergamino que se desenrolla y estira. Ante mis ojos, llenos de la luz purísima de un cielo terso, la rueda de la historia giraba con suave lentitud.
—¿Sabías, que esta ciudad está declarada Patrimonio de la Humanidad, por la Unesco?
—Por la Unesco y por méritos propios.

Los turistas iban archivando embriagadoramente en sus cámaras fotográficas, cada rincón, cada monumento.
—Son las ruinas con más vida que jamás había visto.

A la policromía de las buganvillas se unía la de los trajes de los indígenas, ellos y ellas. Cada estampado estaba lleno de simbología.
—¿Te gustan los colores, eh? Los indígenas son muy soñadores.
—Los turistas también. Mira cuántas fotos están sacando.
—Las fotos son iconos de los sueños.

La Antigua, constituida Capitanía General para todo Centroamérica por Don Pedro de Alvarado, era también una ciudad símbolo. Junto a edificios tan emblemáticos como la Municipalidad, la Catedral y el Palacio de los Capitanes, veíamos pasar a los indígenas, enjutos de carnes, morenos de sol, coleccionistas de muchas lunas, pero con un porte tan señorial que acreditaba, sin más documentación, su hidalguía de raza y de sangre.
—Cada rostro es como para una acuarela.

La belleza radiante y juvenil de sus “patojas”, de sus muchachas, es como de gracia llena, como noche de plenilunio. Como “la luna gardenia de plata”. La luna de Xelajú. El pueblo indígena es un pueblo con alma florecida de lunas llenas, de eterna primavera.

Veíamos a los indígenas adorar, alabar y dar gracias a Dios. Entraban a la Catedral, se arrodillaban, prendían velas a sus santos.
—El indígena, más allá de la estructura endeble de las cosas, transciende la materia, y con su alma limpia sabe llegar hasta Dios.

Cómo nos llegaba a nosotros La Antigua. Y es que, hacia cualquier parte que uno dirija la vista, todo resulta maravilloso: conventos, edificios civiles, universidad···, todo. Singular belleza. Ahí están, si no, los conventos de La Merced, Capuchinas, Santa Teresa, San Agustín, Santa Catalina, San Francisco···
—Donde reposan los restos del Hermano Pedro Betancourt, beatificado y santificado por los indígenas mucho antes de que la Iglesia lo hiciera.

No perdía detalle. Era mejor que estar en el país de las maravillas. Casi me estaba quedando traspuesto. La Imaginación, al verme con el Popul Vuh en la mano me dijo:
—¿Ya lo has leído todo? Seguro que te ha gustado.

El Popol Vuh, el libro de las Antiguas Historias del Quiché. Claro que lo había leído y me había gustado. Le dije:
—Escucha. Te voy a leer un pasaje.

Comencé a leer:
—*"Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo. Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierba ni bosques: sólo el cielo existía".*

Continué:
—*"No había nada dotado de existencia. Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad".*

Un quetzal cruzó la enramada umbrosa de la selva.

—Es el Ave Símbolo de este país único y singular. Simboliza la Libertad.

Quetzal y Libertad: Dos hermosos símbolos. Ambos expresados en el lenguaje sublime de un poema a colores.

—El alma del indígena es también un poema a colores.

Los indígenas seguían yendo y viniendo. Con sus atuendos pintorescos y elegantes daban la impresión de estar anclados más allá de los días; de haber hundido sus raíces en los tiempos remotísimos de la historia. Algunos portaban sobre sus espaldas grandes cargas que sujetaban a la cabeza con el mecapal.

—Es como si llevaran a cuestas un trozo largo de historia.

-22-

Tertulia en la biblioteca

Era una hora tranquila cuando entré en la amplia biblioteca. Supuse que no habría nadie. Grave e imperdonable error el mío. Nunca se puede decir "nadie" tratándose de una biblioteca, donde cada libro es como un patio de vecindad habitado a tope. Todos tienen algo, o mucho, que decir. No hay enemigo peor para un libro que la soledad.

Como si fuera la hora del recreo en un colegio, los libros habían descendido de sus anaqueles y se habían reunido en el centro de la amplia sala de lectura. De cada libro iban saliendo distintos y muy variados personajes. Se estaban reuniendo en el acordado areópago de la cultura, que era la amplia sala de lectura. Uno a uno iban tomando asiento. Comenzaba la Tertulia en la Biblioteca, la que podría calificarse de Tertulia de las Palabras sin fecha de caducidad. Porque los libros carecen de fecha de caducidad.

La tertulia que comenzaban los libros y sus personajes me tomó de sorpresa. Entré en la gran biblioteca sin estar avisado de su celebración. Como no era correcto interrumpir, me quedé discretamente quieto al amparo de una columna. Desde ahí podía seguir tranquilamente y sin ser observado el debate; prometía estar interesante, y ya comenzaba.
—"La vida de todo hombre es un camino hacia sí mismo, la tentativa de un camino, la huella de un sendero, ningún hombre ha sido por completo él mismo".

Asomé la cabeza para distinguir mejor quién había tomado la palabra. Era Hermann Hesse. En sus manos tenía un ejemplar de Demian. Venía a ser como su historia personal. Siguió:
—"Los poetas cuando escriben novelas, suelen hacerlo como si fueran Dios mismo y pudieran abarcar con su mirada toda una historia humana... Yo no puedo hacerlo así... pero mi historia es más importante que a cualquier poeta la suya, pues la mía es propia".

¡Hombre! ¡Claro!, -pensé. Nadie es ajeno a su propia historia. En esto, intervino Salvador Freixedo. Alzando la voz, para que todos le oyeran bien, dijo:
—Defendámonos de los dioses. Dioses y ovnis son la misma cosa. Lo único que buscan es destruir la humanidad. Buscan a la gente porque necesitan la energía que las masas emanan cuando se concentran.

Jack London, más tranquilo e interesado en temas de la naturaleza, sentado en la cubierta del barco, presentó sus Cuentos en los Mares del Sur. Hizo ver a los tertulianos que los hombres, sean de tez blanca o de color, conviven o luchan movidos por pasiones y apetencias, odios raciales y ambiciones, y sangrientas venganzas. Y apostilló:
—"El hombre blanco lo invade todo como dominador".

Intervino Rodolfo Benavides:
—"Cuando las piedras hablan los hombres tiemblan".

Y mostró una foto de la Gran Pirámide, para que todos se situaran en las "dramáticas profecías de la gran pirámide".
—Es la gran pirámide la que señala las edades, las constelaciones, los cataclismos...

Hizo una descripción muy vívida del continente de Lemuria, de la Atlántida, de la Esfinge, y del zodíaco de Denderah. Como sin quitar dramatismo, pero cambio de tercio, intervino Joy Fielding:
—"Díganle adiós a mamá".

Todos volvieron hacia él sus miradas. Describió la tormenta de celos, venganzas, rechazos, que acontecen en el matrimonio. Por ser tema de acuciante actualidad, todos les pusieron mucha atención.

Intervino de nuevo Salvador Freixedo. Seguía ensimismado en sus temas.

—“El cristianismo es un mito más”. Una invención de fanáticos.

Se lió haciendo gala de su erudición, sobre todo en concilios, para poner en tela de juicio el cristianismo. Echó por tierra la Encarnación, la Virginidad de María. Y añadió:
—El mito es una realidad extorsionada.

Me parece que pocos le hicieron caso, porque Marco Almazán dio un giro copernicano al asunto, poniendo sobre la mesa “el Rediezcubrimiento de México”; y citando a Ceferino Díaz Fernández, desde la salida de su Asturias natal hasta su ubicación en México, hizo una defensa de lo español y lo mexicano, dos pueblos, dijo, “a quienes dividen sus semejanzas y unen sus diferencias”. Todos le aplaudieron. Momento que aprovechó Francisco Almela Vives, para meter en escena a Lucrecia Borja, la ilustre patricia digna de los altos designios de su alcurnia, de genuina raigambre española, que si, arrastrada por el torbellino de las circunstancias, tuvo errores humanamente disculpables, pero dejó una estela de portentosa claridad en una fase culminante del Renacimiento.

Tomó la palabra D’Arbo. Mostró un libro:
—He escrito este libro sobre “Los enigmas del hipnotismo sexual”. En él expongo el papel que la hipnosis ha desempeñado a lo largo del tiempo en la conducta de muchos seres.

Y, en breves palabras, describió los crímenes y salvajadas que el hipnotismo ha ido descubriendo. Habló de tragedias en USA, como la de Sharon Tate y varios amigos. También de la muerte de Rasputín. Al oír Rasputín, Archer sacó a colación a Florentina Rosnovski, “La hija pródiga”; la ambiciosa hija, como todo saben, de Abel y nuera de Kane. Pero, advirtió:
—Supongo que habrán leído “Kane y Abel”. Este es su continuación. Así que “La hija pródiga” pertenece a la siguiente generación. En resumidas cuentas, la historia comienza en 1934 cuando su Abuelo llega como inmigrante polaco y levanta uno de los imperios hoteleros más poderosos. Alcanzó la presidencia de los E.U.

Estuvieron de acuerdo que era una novela formidable, sin duda. A Homero Ardjis, al oír Estados Unidos, se le despertaron las "Memorias del Nuevo Mundo". A través de su personaje central, Juan Cabezón, llevó la tertulia por los periodos más fascinante de la historia humana, la América de los siglos 15 y 16. Informó:
—Juan Cabezón vino con Colón como gaviero; eterno rebelde, espíritu inquieto, quiso ser la voz del tiempo para tener un destino propio ante los embates de la historia.

Presentó un resumen de los grandes personajes históricos que aparecen en las páginas de esta monumental novela. Luego, hizo una leve inclinación de cabeza, y calló.

Aprovechó la oportunidad Sholem Asch para ir más al fondo del tiempo y de la historia:
—Yo les presento a "Moisés". Es mi obra cumbre.

Describió el Éxodo por el desierto con vivo realismo, donde "la odisea del pueblo israelita y su conductor, alcanza una grandeza dramática de carácter bíblico en la que no se ocultan las bajas pasiones: el miedo, los apetitos... la audacia y la santidad. Las andanzas de Balaam, el ambicioso brujo, constituyen una pieza maestra del más fino humor; la tentación de las hermosas hijas de Moab y Madián, induciendo al pecado a los hijos de Israel, es un episodio que puede parangonarse con las páginas más bellas de Las mil y una noches".

Tomó la palabra Desmond Bagley:
—Les hablaré brevemente de "El tesoro mortal de los mayas". Es una historia donde se amalgama la civilización maya, los tesoros de oro enterrados en México, la ambición ciega, y una venganza oculta, sin faltar una imposible historia de amor.

Y es que el ser humano es capaz de adaptarse a las más críticas circunstancias y que incluso es capaz de matar cuando el instinto de supervivencia se encuentra en un callejón sin salida.

Michel Baigent, Leigt, y Lincoln, presentaron “El legado mesiánico”. Dijeron que era la continuación del “Enigma sagrado”. Explicaron:
—Jesús no murió en la cruz, y se casó con la Magdalena...

Hubo gestos de sorpresa, sonrisas irónicas, y gente distraída. Hablaron de la expansión del pensamiento cristiano primitivo y de las discrepancias entre dicho pensamiento y lo que hoy se denomina cristianismo. Tampoco faltaron alusiones a los “Guardianes del Santo grial”.

Pero donde suscitaron más atención fue cuando se metieron en lo que llamaron “los tenebrosos submundos de los negocios europeos y norteamericanos; donde la política, el Vaticano, las altas finanzas, la masonería y otras sociedades secretas y diversas agencias de espionaje se entrecruzan”.

Benavides tenía la mente en pensamientos más elevados. Hizo un “Relato de un viaje al más allá”.
—Se trata de la vida del espíritu de ese mundo al cual viaja el cuerpo astral.

Alguien preguntó:
—¿Hay otra realidad después del mundo físico? ¿Cómo es la vida de un espíritu?

No pudo evitar dar respuestas evasivas, si bien ilustró sus palabras contando una experiencia tenida en el Tibet, con los espíritus desencarnados.

Mario Benedetti, en un intento por expresar la realidad social de Montevideo, presentó “El cumpleaños de Juan Ángel”.
—Sólo hay el camino que conduce a la verdad, al encuentro de esas dos realidades que se hacen una en Juan Angel, el protagonista.

Fernando Benítez llevó a los tertulianos a México con “Los demonios en el convento”.
—Toda ciudad monacal tiene sus demonios, pero los demonios de la ciudad de México, en la segunda mitad del XVII, se revelaron mucho más sagaces y vengativos que los conocidos de Loudum”. Los hijos de los conquistadores eran caballeros que trataron de crear un reino independiente y fueron eliminados sin misericordia. Un siglo después ya no eran caballeros, sino gente de Iglesia, y por tanto, activos participantes del poder colonial.

Sus palabras fueron seguidas con mucha atención, más cuando aludió al personaje central, Sor Juana Inés de la Cruz, la monja mundana, dijo, que sublimó la libido en la poesía amatoria.

El prolífico escritor navarro J.J. Benítez, se remontó al “Testamento de San Juan”.
—Ciudad de Efeso, año sexto del emperador Trajano. Juan de Zebedeo, el “hijo del trueno” cumplía 100 años. La hora estaba próxima. Y escribe su cuarta y postrera epístola.

¿Cuarta epístola? Hubo un momento de asombro.
—Cuarta, sí. Juan confiesa sus errores: el verdadero fundador de la Iglesia fue Simón Pedro. Pablo de Tarso la reformó propiciando el florecimiento del cristianismo. Jesús no fundó la Iglesia. Su mensaje fue deformado.

Hubo distintas reacciones en el ambiente de la tertulia. Pero sin perder tiempo, y mientras unos y otros hacían sus pequeños comentarios, presentó su intrigante novela: “La rebelión de Lucifer”.
—Lucifer no es un demonio, sino un ser superior; buscador, igual que los hermanos, de la verdad. Y autor del manifiesto de la libertad.

A renglón seguido metió a los tertulianos en el “Caballo de Troya”, y les hizo imaginarse, en los adelantos de la ciencia, que una cápsula espacial les retrocede en el tiempo, a la época de Cristo. Y allí, el Mayor, personaje clave de la experiencia en la cápsula espacial, vivirá

a la par del Maestro para ser testigo de los últimos días de Cristo en esta vida.

Alberto Bevilacqua no se fue tan lejos. Aunque, según la distancia partiendo de donde uno vive, podrá decir cuán lejos o cerca está el Viet-Nam. El caso es que Marcelo, el "Ojo del gato", al volver del Viet-Nam, encuentra que su mujer Julia se ha ido a vivir con un hombre. Decide castigarla. ¿Total? Marcelo se queda solo con el gato. Todos rieron la ironía.

Con su enorme autoridad, intervino José Luis Borges. Presentó "El Aleph", con sus 17 cuentos como parte de su mundo fantástico.

José María Cabodevilla, otro hombre lleno de fantasía, trajo a escena su "Pato apresurado". El ilustre tafallés presentó con brillantez a 26 personajes de la vida diaria: un taxista, un obispo, una viuda, un filósofo, etc, para profundizar, desde ellos, en temas que de verdad interesan.
—Nos interesan, por supuesto, la libertad, la incomunicabilidad en que se vive; también las posibilidades de entendimiento, la vacuidad de toda justicia, las tensiones dentro del catolicismo, la desesperación, el gran teatro de la vida.

Con su optimismo realista, dijo que se debe hablar bien de los hombres, que no hay que alabar sus virtudes, pero sí excusar sus pecados.
—Más que culpables, los hombres son insolventes; y más que inocentes, amados de Dios.

Recibió una fuerte ovación. Ovación que se prolongó cuando tomó la palabra la señora Taylor Caldwell, desde "Médico de cuerpos y almas".
—Por eso la escribí. Porque pretendía hacer una novela atrevida, que enfrentara los temas más escabrosos y las escenas más violentas y subidas de tono para describir el mundo decadente de la Roma imperial, sus orgías, sus escenas de terrible crueldad. Pero como

ustedes saben, donde se entremezclan también la infinita ternura y humanidad del personaje central, san Lucas.

Nuevamente se repitieron los aplausos. Levantando la mano dijo:
—Tengo también aquí a la mano “La columna de hierro”.

El gran tribuno de Roma, Cicerón, nos hace revivir la Roma de los momentos más gloriosos de su historia: la época de César, Pompeyo y Marco Tulio. Personajes descollantes de la República, como Scevola, el jurisconsulto que ayudó a Cicerón en su primer caso importante frente a Sila; César, magistralmente descrito, Catilina, el aristócrata apuesto empeñado en la destrucción de Roma; Noé ben Joel, el judío que casi logra convencer a Cicerón de la próxima llegada del Mesías.

Intervino a continuación un hijo de Abuelos judíos españoles, el búlgaro Elías Canetti y su novela “Auto de fe”. Dijo que su libro constaba de tres partes: I-Una cabeza sin mundo, II Un mundo sin cabeza, III Un mundo en la cabeza. Y el protagonista: Kien y sus libros. Al sentirse aludidos, todos los libros de la biblioteca comenzaron a silbar de gozo.

También Alejandro Casona tomó la palabra para recordar que el mundo infantil es muy importante, y que por eso había escrito “Flor de leyendas”, para recoger algo de lo mejor que hay en la literatura universal de Grecia, la India, Persia, Arabia, etc.

Camilo José Cela, que había recogido ciento sesenta personajes en “La colmena”, quiso intervenir.
—Ahí tenéis el Madrid del 42, donde la misma gente a veces es feliz y a veces no.
—¿Y qué me dicen de la infancia desvalida?

Era Gilbert Cesbron quien acababa de hacer la pregunta. Efectivamente, con su “Perros perdidos sin collar” puso al corriente a todos los tertulianos del estremecedor problema de la infancia desvalida. Un relato desbordante de ternura y pasión. Un libro

inolvidable. Una denuncia de uno de los hechos de mayor transcendencia de nuestro tiempo, donde “los niños mueren de amor”.
—¿Y de qué morían “Los campesinos” en Rusia?

La pregunta la acababa de lanzar Antón Chejov. “Los campesinos”, un formidable cuento ruso, donde Chejov presenta la vida de los campesinos pobres en la Rusia de 1897.

El Premio Nadal 1968, Álvaro Cunqueiro, acompañado de “Un hombre que se parecía a Orestes”, presentó una versión temporal del mito de Orestes, centrándose en la expectación que había en Argos ante la llegada de Orestes.

Pero el que llegó fue Von Däniken. Dijo:
—“El día en que llegaron los dioses”, lo hicieron a las ciudades mayas. Fueron los dioses, entiéndase ovnis, quienes nos transmitieron los conocimientos astronómicos más perfectos antes de que los mayas existieran.

Se oyó una voz:
—La famosa fecha 11 de agosto de 3114 AC fue el día en que llegaron los dioses?

Respondió:
—Exactamente, ese mismo día.

Hubo risas en el ambiente. Jean Descola intervino de inmediato. Por si faltaba claridad, puso a la vista de todos “Las iluminaciones del Hno. Santiago”. Explicó:
—Se trata de un joven español de noble familia que ingresa en la Compañía de Jesús, entonces en sus comienzos. Su fe es tibia. Busca a Dios. Pero su aptitud para las lenguas, amén de su nombre, su fortuna, y su sentido de las relaciones humanas incitan a sus superiores a utilizarlo como intérprete y negociador al servicio de la Orden.

Ahí comenzó su vida de aventurero que le pondrá en relación con los grandes místicos de la época y le hará recorrer buena parte de la tierra. En Japón, intérprete de san Francisco Javier, frecuenta a los budistas. Luego se relaciona con los brahmanes de la India.
—Pero no les cuento más, si no, ¿qué queda a la imaginación?

Por si faltaba imaginación, Walt Dovan presentó "Las terroríficas profecías de la gran pirámide". Una doble conjunción de geometría sagrada y geometría profética donde se halla la explicación de la historia, plasmada en la piedra desde hace 6.000 años.
—Les informo –dijo-, que los habitantes del Egipto de la protohistoria bien pudieron ser originarios de América. Encuentro gran similitud entre el antiguo Egipto y los maya-quichés. La historia de la humanidad se puede seguir a través de la geometría de los pasadizos interiores de la gran pirámide.

Se hizo un gran silencio en la sala. Fue roto cuando a continuación tomó la palabra Carlos Fuentes desde "Las buenas conciencias".
—No hay culpables ni inocentes: en nuestra sociedad, todos somos a la vez víctimas y cómplices.

Fue muy aplaudido. Desde Guanajuato oyeron los aplausos por internet. Cuando los aplausos cesaron, Gabriel García Márquez, el gran escritor suramericano, habló. Se refirió a "El amor en los tiempos del cólera". Exuberante, como siempre, en su lenguaje. Pero puntualizó:
—Me inclino más por "El general en su laberinto".

Una voz anónima apostilló:
—Pues en Venezuela, no están muy contentos con el Simón Bolívar que presenta la novela.

El público, conocedor del derrumbamiento que hace del mito de Simón Bolívar se volvió hacia García Márquez para ver su reacción.
—Las novelas, novelas son; no vayan más allá. Aunque ésta, eso sí, y por descontado, pretende ser histórica. En cuanto a los mitos, soy partidario de que conviene derrumbarlos de su pedestal.

Gibran Jalil Gibran, por el contrario, igual que “El profeta”, no eran mito, sino ese raro fenómeno literario que aparece sólo de muy tarde en tarde y que parece estar fuera de la dimensión del tiempo y del espacio.
—Más frecuente es encontrarse con la miseria.

Fue Gorki quien tomaba la palabra. Con “Los tres” en la mano describió a los contertulios la miseria de un muchacho en un ambiente de suma pobreza, que al confesar un crimen antiguo, murió al huir de la policía.
—Señores, “la mayoría es la que tiene razón”.

Su lapidaria frase quedó flotando en el ambiente. Naturalmente, nadie estuvo de acuerdo, pero sí en la ironía que la frase contenía. Y si no, que se lo pregunten a “La madre”, de Gorki.
—Trabajaba en la organización y difundía literatura, disfrazada de peregrina. Ella constituía una excepción. Lo mismo que Pavel Vlasov. Muchachos como él fueron los que crearon el partido de los bolcheviques.

El ambiente se había puesto un tanto tristón. Así que Graham Greene hizo entrar a escena a su “Monseñor Quijote”. Con permiso de Cervantes, tomó prestados sus personajes para traerlos a los tiempos actuales en una trama llena de irónicas reflexiones, entre filosóficas y divertidas. Invitó a los contertulios que observaran la pantalla colocada a tal efecto.

Subidos en un pequeño auto, por nombre Rocinante, Monseñor Quijote y Sancho comienzan a recorrer los centros religiosos de España. Sus cómicas aventuras, entremezcladas de intensos debates sobre moral, religión, política, fe, etc., hicieron pasar un rato hilarante a los contertulios.

Cuando las carcajadas cesaron intervino Gutierre Tibón:

—Mi libro, “Los ritos mágicos y trágicos de la pubertad femenina”, trata de investigar el rito de la pubertad en el México antiguo, y que también se da en la Amazonía. Hay una relación entre la angustia del varón prehistórico ante la pubertad femenina, con la sujeción a la cual, se condenó a la mujer en el curso de milenios. Es el tabú de la sangre, antiquísimo arquetipo, que persiste hasta nuestros días.

Cuando intervino Richard Hammer, dijo:
—De 1971 a 1973 cerca de mil millones de dólares en valores robados y falsificados entraron en el mercado internacional de dinero. Unos 14 millones terminaron en el Vaticano. Les invito a que lean mi novela “Contacto en el Vaticano”. Es la denuncia más explosiva de los estafadores a nivel mundial.
—Debe tenerse en cuenta que el ser humano es muy complejo.

Herman Hesse, fino conocedor del psiquismo humano, es quien había tomado ahora la palabra, al tiempo que sostenía en sus manos su obra “Siddhartha”. Una auténtica joya de la literatura universal.

Otro que sabía de gentes, aunque desde otra muy diferente perspectiva, era Pierre Ivanoff. Había estado “En el país de los mayas”. Había vivido con los indígenas de la altiplanicie de Guatemala. Pasó luego a Yucatán. Estuvo un tiempo entre los Lacandones. Y en la selva de Petén descubrió una ciudad sepultada por más de diez siglos. Estaba abonado al número 13. Dijo que era número muy importante para entender el calendario. Encendió un cigarrillo y no dijo más.

A su lado estaba sentada la genial escritora inglesa P. D. James. Fue ella quien escribió “Sangre inocente”, obra de aguda penetración psicológica.
—Mi personaje central es Philippe Rose Palffrey. Ustedes comprenden muy bien, señores tertulianos, que cada personaje de una obra se mueve en la dirección que le marca el autor. Yo le he hecho atravesar por una crítica situación: la búsqueda de su propia identidad. Adoptada a los ocho años, su vida anterior permanece en tinieblas. Hasta los 18 años no le concedí el derecho de saber quiénes eran sus Abuelos.

Enrique Jardiel Poncela sonrió desde su sillón. Acababa de hacer "La tournée de Dios". Explicó a los tertulianos:
—Es que Dios decidió hacer una tournée, y mira por dónde, eligió España, donde están de moda los "homos" y las "lesbis". Comenzó la tournée por el Cerro de los Ángeles, en Getafe, famosa por su Universidad y por quedar al sur de Madrid. Los dos personajes interesantes son: Perico Espasa, periodista, invertido sexual. Sí, Espasa: porque 1º hablaba de todo sin profundizar en nada, 2º porque algunas veces daba detalles extraños de las cosas, 3º porque cuantos se acercaban a él lo hacían para informarse de algo, 4º porque había venido de Barcelona, y 5º porque era un poco pesado.

El otro es Federico Orellana. No se pierdan el discurso de "Dios en la Plaza de toros". Fue un fracaso. Es bueno que haya gente con sentido del humor.

Luego tomó la palabra Kazantzakis, con "La última tentación". Él mismo reconoció que lo mejor del libro es, sin duda, el prólogo. Un dramático grito de fe, de dolor y de amor.

A renglón seguido presentó su "Carta al Greco". Abrió el libro y leyó con entonación:
—*"Clamo a la memoria de este recuerdo, reúno mi vida dispersa en el viento, y de pie como un soldado ante el general, hago mi informe al Greco: porque él está forjado con la misma tierra cretense que yo y puede comprenderme mejor que todos los luchadores vivientes o extintos".*

Fueron sus palabras como una especie de testamento. Y una cerrada ovación fue el mejor signo de aceptación. Luego, en la sala se hizo un silencio profundo cuando Charles Krause presentó "La masacre de Guyana".
—18 noviembre 1978. Secta Templo del Pueblo. Pastor de la secta, el fundamentalista Jim Jones. Lugar, Jonestown, Guyana. Más de 900 cadáveres fueron hallados en el suicidio colectivo. Sobre el trono del

demente Jones un letrero decía: “Quienes no recuerden el pasado están condenados a repetirlo”.

Sobre la pista del aeródromo murieron a balazos el congresista Ryan, Harris, Brown, Robinson y Patricia Parks. Krause queda ligeramente herido, y es quien puede contarlo como periodista del “The Washintong Post”. Se optó por guardar un minuto de silencio. A continuación intervino Milan Kundera y “La insoportable levedad del ser”.

Extraordinaria historia de amor, celos, sexo, traiciones, muerte, debilidades.
—Es la paradoja de la vida, que se va entretejiendo con diabólica sabiduría en torno a sus personajes: Teresa, Tomás, el médico que termina limpiando vidrieras. Es la persecución de una incansable libertad.

No podía faltar un teólogo de altura. Se trata de uno de los cerebros mejor dotados de los siglos XX y XXI: Hans Küng. Preguntó a la concurrencia:
—“¿Hay vida eterna?”. ¿Qué sucede en la muerte y después de la muerte? ¿Es la vida eterna una realidad o un deseo? ¿De dónde procede la esperanza en la resurrección? ¿Existe un infierno? ¿Qué nos dice hoy el cielo?

En la sala volvió a reinar el silencio. Escribir novelas, está bien, es fácil. Lo difícil está plantearse los temas serio, trascendentes.

Hans Küng continuó:
—Creer en la vida eterna es estar seguro que el mundo no es definitivo, que todo cuanto existe, incluidas las instituciones religiosas y políticas tienen carácter transitorio... Que el mundo está sometido a la transitoriedad y al cambio...

Dominique Lapierre, presentó a continuación “La ciudad de la alegría”, donde un sacerdote francés, un joven médico norteamericano,

una enfermera de Assam y un excampesino indio que se gana la vida tirando de un rickshaw se encuentran un día bajo las cataratas del monzón y se instalan en la miseria alucinante de un barrio de Calcula. Su misión: cuidar, ayudar, salvar. Condenados a ser héroes pelearán, lucharán, vencerán.
—La Ciudad de la alegría es un canto de amor, un himno a la vida.

Una cerrada ovación siguió a sus palabras. Oscar Lewis presentó "Los hijos de Sánchez", autobiografía de una familia mexicana de los años 40.
—Créanme si les digo, señores tertulianos, que es un libro de fuerte realismo. Y aunque Luis Cataño Morlet condenó mi obra como obscena y denigrante para nuestro país, la Procuraduría Gral. de la República con fecha 6 de abril de 1965 sentenció no haber delito que perseguir.

Alguien gritó:
—¡Viva la libertad de prensa!

Por identidad de geografía, se vio obligado a tomar gentilmente la palabra Torcuato Luca de Tena. Traía varios de sus libros: "El futuro fue ayer": La fábula supuestamente autobiográfica del fraile Jerónimo de Aguilar, que naufragó en 1.510 frente a las costas de Yucatán, y que Hernán Cortés lo llevó como intérprete en su aventura en Tenochtitlan, donde compartió su labor de traductor con la ilustre dama Doña Marina la Malinche.

Otro era, "Escrito en las olas". El siguiente, "Los hijos de la lluvia". También, "Los renglones torcidos de Dios", donde explora los sentimientos, costumbres y conducta de los alienados de un manicomio con 800 pacientes. Y por fin, "Pepa Niebla". También Don Torcuato Luca de Tena fue muy ovacionado.

Le correspondió luego el turno de intervención a Robert Ludlum, con "El caso Bourne". Interesante trama donde realidad y ficción se mezclan hasta configurar una de las novelas más sensacionales de los últimos tiempos.

Salvador de Madariaga presentó de inmediato “El corazón de piedra verde”. Todos estuvieron de acuerdo que se trata de un libro de lo más bello y fascinante que se puede leer. Es la conquista de México, narrada en forma novelada.
—Les diré tan sólo que consta de tres partes: I: Los fantasmas: -el rey Nezahualpilli tiene una hija (Suchitl), -Don Rodrigo Manrique tiene un hijo (Alonso Manrique). II: Los dioses sanguinarios: (Descubrimiento). Y III: Fe sin blasfemia.

Entre los contertulios de la biblioteca se encontraba asimismo Martín Malachi, ex jesuita. Presentó su libro llamado, precisamente, “Los jesuitas”. Teólogo eminente, profesor que fue en el Instituto Bíblico Pontificio, dijo ser también autor de “Vaticano” y “El rehén del diablo”.

Aunque andaba un poco agazapado, Marco Polo quiso hablar de sus aventuras, recogidas en su libro que lleva por título, cabalmente, “Aventuras de Marco Polo”. En ésta, su novela biográfica, llevó a los tertulianos hasta la corte del legendario Kublai-Khan. Hizo gala de una amplia gama de conocimientos particularidades de una cultura que, en aquel entonces, era desconocida en el mundo occidental. Explicó que el destino de su viaje era la búsqueda del gran Khan, conocido como Campanilla dorada. Cuando retornó a su Venecia natal, hizo saber que antes que él ya su Abuelo, don Nicolás, y su tío Mateo Polo, habían efectuado el viaje.

Estando en la cárcel con otro gran erudito, Rusticiano de Pisa, éste le fue escribiendo lo que Marco Polo le dictaba. Dijo:
—Y éste fue el resultado. Este hermoso libro conocido como “Libro de las maravillas del mundo”.

Una tierra sufrida y conflictiva, víctima de sangrientas evasiones, ha sido históricamente Polonia. Tomó por eso la palabra James Michener.
—Les presento mi libro “Polonia”.

Nada más pronunciar la palabra Polonia, aludiendo a la magnífica novela ganadora del Pulitzer, sonó una atronadora ovación en toda la sala. En ella entreteje la inolvidable historia de tres familias: los Condes de Lubonski, los Pequeños Caballeros de Burkowski y los humildes y valientes Campesinos Buk. Puntualizó Michener:
—Polonia ha llevado una espada en la mano derecha y una cruz en la izquierda.

Josef Mince, a su vez, presentó "Atentado en el Vaticano". Dijo:
—Más que una narración, es un veraz testimonio de los acontecimientos que están sacudiendo a nuestra época y de los que todos somos, al mismo tiempo, testigos y protagonistas.

Se estaba refiriendo al atentado sufrido el 13 de mayo de 1981 el desaparecido Juan Pablo II. La novela culpa del complot internacional al Islam, que ve en el cristianismo su mayor enemigo.

El historiador Joaquín Mortiz presentó a los contertulios su libro "El placer de pecar, el afán de normar". Un libro del seminario de historia de las mentalidades, del Instituto nacional de antropología e historia.
—Me he limitado a recoger documentos históricos del tiempo de la conquista de México.

Y puntualizó:
—No se extrañen, señores y señoras, de las novedades que guardan los archivos. Es que, la sexualidad es el último reducto de la libertad, el más sólido bastión de la costumbre, y el cáliz y el fermento de la subversión.

Intervino entonces Henry Morton Robinson:
—En "El Cardenal", protagonizado por Stephen Fermoyle, he tratado de hacer una combinación de todos los sacerdotes que he conocido. No es ni un alegato ni una condena de la Iglesia. Tampoco un tratado de historia, sino una obra de imaginación. Estoy convencido de que, a

pesar de tanta maldad aparente, la fe, la esperanza, y la compasión, animan a muchos hombres de buena voluntad en muchas partes.

El famoso Fray Toribio de Benavente, más conocido por Motolinía, presentó su "Carta al Emperador", donde refuta la actitud de Fray Bartolomé de Las Casas con respecto a la colonización española en América. Enfatizó:
—Mi experiencia de más de 30 años por la Nueva España, es autoridad suficiente para atacar el proceder de Las Casas. Todos conocemos su falta de prudencia y conocimiento de la realidad. Y su connotado anti españolismo.

A continuación hizo uso de la palabra Juan Carlos Onetti, autor de "El astillero". En 1980, premio Cervantes; entre muchos otros.
—Más que hacer reflotar una empresa en decadencia, hemos de esforzarnos por buscar el paraíso, ese lugar de paz que todos hemos perdido por el hecho de nacer.

Intervino Michael Palmer:
—Yo, con "La Hermandad", me he propuesto mostrar que, más allá de aliviar el dolor de una manera desesperada y escalofriante, hay que crear la Hermandad de la Vida.

Estaba claro que los contertulios estaban a favor de la vida. Por eso aplaudieron sus palabras. Luego intervino Henryk Panas, el novelista polaco. Su obra "El evangelio de Judas", sarcástica y atea no concitó la atención de los presentes.

Por el contrario, cuando intervino Giovanni Papini, se llevó una salva de aplausos, máxime cuando presentó sus "Cartas del Papa Celestino VI a los hombres". Son de una factura excelente, de lo más bello que se ha escrito.

La fantasía e historia se entremezclaron hábilmente con "El Dios de la lluvia llora sobre México", que presentó Laszlo Passuth, donde

indios y españoles aparecen no como mitos sino como seres humanos que llevaron a cabo una de las empresas más grandes de la historia.

En ese momento intervino, con toda la carga de su enorme personalidad y prestigio, Octavio Paz. Le aplaudieron tanto que casi no le dejaron hablar. De todo lo que habló, con su habitual y exquisita elegancia, yo me quedé con una frase:
—El mexicano no es una esencia sino una historia.

Cuando los aplausos cesaron, fue Joaquín Peñalosa quien puso en escena sus "Cien mexicanos y Dios". Al estilo de Gironella, pero sin aludir a él, entrevista a cien mexicanos de algún renombre. Les pregunta sobre su fe en Dios, en Cristo, y el aporte de las religiones. Hubo risas en la sala, pues en las respuestas quedó en evidencia la cuestión religiosa de muchos.

El Papa Eneas Piccolomini, Pío II, presentó su autobiografía: "Así fui Papa". Todos reconocieron el valor documental incalculable de esta obra, cuya publicación se debe al periodista Antonio Castro Zafra, que fue corresponsal en Roma durante el Concilio Vaticano II.

No podían faltar referencias a personajes de la monarquía. De eso se encargó Jean Plaidy: "Castilla para Isabel". Novela histórica que se lee con agrado. Presenta los años mozos de la más extraordinaria reina de España, hasta subir al trono del brazo de Fernando de Aragón.

Jean François Revel, por el contrario, no estaba con la monarquía. ¿Con quién estaría? Tras el llamativo título, "Ni Mar ni Jesús", su libro iba de la 2ª revolución americana a la 2ª revolución mundial.
—Hay que combatir por la igualdad real de los sexos, por el repudio de toda represión moral.

Así habló, pero noté que sus palabras no tuvieron mucha resonancia. Harold Robbins llevó a los contertulios, por un momento, a la "Avenida del parque 79", con su estupenda novela. Mientras tanto, Carlos Rojas con "Azaña", hizo un extraordinario retrato del presidente, que fue, de la República española. Enmarcado en un contexto histórico

documentado con rigor, presentó a Manuel Azaña, exiliado ya en Francia, rememorando episodios de su vida política; desde el drama de Casas Viejas hasta la retirada por los Pirineos.

Otro escritor muy aplaudido fue Juan Rulfo. Su “Pedro Páramo” es como una metáfora en arco en un mundo fantasmal.

El librepensador Bertrand Russell, que si no lo decía parecía que iba a explotar, explicó, llegado su turno de tomar la palabra “Por qué no soy cristiano”. Hay que reconocer que es la más conmovedora defensa que se haya escrito del no creyente, desde los días de Hume y Voltaire.

Un libro, embrujador y poético, resultó ser “Buenos días tristeza” de Françoise Sagan. Le concedieron el premio de la Crítica 1954 en París. Fue ovacionada.

Quien trajo otro momento de humor y distensión fue Tomás Salvador, con su “Manolo el humorista”.
—Manolo es esa filosofía popular que al verterla a los libros cautiva.

Intervinieron también en la tertulia Maurice Serral y Max Savigny, con su novela-ficción “Muerte en el Vaticano”. Objetivo, hacer creer que Juan Pablo I fue asesinado. Su estilo periodístico, muy bueno, fue reconocido por los numerosos contertulios.

El médico escritor Shobin, presentó dos libros. Su primera novela, por cierto muy buena, intrigante y aterradora, “El no nacido”. Y “La siembra”, donde la patología de las víctimas en un hospital y ciertas enfermedades parecen tener su origen en plantas tropicales. Habló:
—La jungla tropical está habitada por una enigmática y avanzada cultura. Amigos contertulios: ¿No habrá una civilización, con siglos de antigüedad, que ha sobrevivido por medio de una simbiosis única en la jerarquía biológica? Las plantas pueden guardar el secreto de la vida.

Hubo trepidantes aplausos. Hizo uso de la palabra a continuación otro médico: Frank Slaughter:
—“Nadie debería morir”.

El título es, en sí mismo, una proclama. Y una de las más apasionantes novelas, que describe el acontecer de un médico y las intrigas de los hospitales.

Rafael Solana, el prolífico escritor, con “La casa de la Santísima” intentó hacer una monografía sobre los problemas sexuales de los adolescentes. Informó:
—La Casa de la Santísima es en realidad una casa de citas frente a la famosa iglesia de la Santísima, de México.

En la forma de preguntas y respuestas, intervino Toffler. Comenzó: “Avances y premisas”. Creó expectativa en los oyentes, sobre todo cuando habló de las nuevas políticas de la era de la información y las fuerzas ocultas que impulsan la economía mundial.

La novelística rusa la presentó Iván Turguenev con “Nido de Hidalgos”, su obra más popular. Pero en un mundo donde lo esotérico es actualidad, no podía faltar “El enigma de los Templarios”, de Vignati-Peralta.
—La acción está ubicada durante el reinado de Felipe el Hermoso de Francia, que culmina con la famosa maldición de Santiago de Molay antes de morir en la hoguera citando ante la justicia de Dios al Papa y al rey.

Para que no faltara intriga, los Templarios estuvieron en América antes que Colón. Francisco María Arouet, más conocido como Voltaire, por el contrario, no debió estar en América. Pero tuvo que huir de París tras la publicación de las Cartas Filosóficas. Y con “Cándido” y sus históricas peripecias, llevó a los contertulios al terremoto de Lisboa en 1755; a la ejecución de la pena de muerte de lord Byny; a las andanzas de los jesuitas por el virreinato del Río de la Plata, y mucho más.

Otro escritor prolífico: Irving Wallace. Aunque traía el maletín lleno de libros, sólo sacó “El milagro” donde presenta al Vaticano divulgando la noticia de que la Virgen se va a aparecer otra vez en Lourdes. Y, naturalmente, comienza a llegar gente de todo el mundo.

Curiosamente, entre otros, un etarra, que considera la gruta un símbolo de represión; un diplomático ruso, una periodista norteamericana, una ciega de Italia. Puntualizó:
—Pero ni el etarra dinamita la gruta, ni el diplomático ruso (que mata a la guía que lo ha descubierto) termina en la cárcel.

Suscitó interés "Sinuhé el egipcio", de Mika Waltari. Interesante por la crónica que hace de todos sus avatares durante los 15 capítulos de la obra. Morris West fue como un agradable vaso de agua fresca en verano contando verdades simples con el lenguaje maestro que lo caracteriza. Presentó primero "Dios salve su alma". Y a continuación "Los bufones de Dios", del que hizo la siguiente síntesis:
—Su Santidad Gregorio 17 tiene una visión del fin del mundo y de la segunda venida de Jesucristo. Recibe también el mandato divino de dar a conocer a la humanidad este mensaje y tratar de salvar al mundo de la destrucción. Todo esto hace que se le juzgue loco y es forzado a abdicar.

David Yallop, al tomar la palabra, dijo que también él deseaba hablar de otro Papa. Mostrando el libro "En el nombre del Abuelo", dijo:
—Me refiero a Juan Pablo I. Todos ustedes saben que en septiembre de 1978 murió Juan Pablo I, a sólo 33 días de su elección. He investigado y descubierto que existía una cadena de corrupción vinculando a prominentes figuras.

Citó los nombres de Gelli, Valvi, Sindona, Marcinkus... Los bancos Ambrosiano y Vaticano y toda la mafia financiera. Se le preguntó:
—Señor Yallop: ¿Hasta dónde abarca lo real y hasta dónde la ficción en su novela?

Inteligente respondió:
—Hasta donde su imaginación se lo permita.

Hubo risas suscitadas por la respuesta. Aunque la tertulia estaba resultando muy entretenida, se estaba haciendo tarde. Así que, de común acuerdo, los libros y sus autores acordaron dar por terminada la

tertulia. Se levantaron de sus asientos. Hubo efusivos abrazos de despedida y cada libro comenzó a marcharse a su respectivo sitio en los anaqueles de la gran biblioteca.

-23-

Y Don Quijote lloró

El autobús recorría cansino los pueblos de La Mancha. Me entró sueño. Cerré el libro que iba leyendo y me dormí, acunado por el ronroneo del motor. Y soñé.

Soñé que estábamos en plena recolección de la uva. Tiempo afanoso y alegre de la vendimia en las anchas tierras de La Mancha. Veía, con frecuencia, a Don Quijote pasear por el camino cercano a nuestra viña. Solía caminar mirando a lo lejos, como abstraído, hasta donde la inconmensurable llanura manchega se perdía en el horizonte. Varias veces había hablado con él en el pueblo. Hombre siempre correcto, afable, soñador. No faltaba quién dijera que andaba un tanto "grillao". A mí no me lo parecía. Por el contrario, me parecía el hombre más cuerdo y sensato del pueblo. Intencionadamente, me hice el encontradizo. Le saludé.

—¿Qué pensamientos son esos que lleva hoy en su mente, señor Don Quijote?

—Iba pensando en la libertad. Es un tema que me apasiona.

Normal. Su mente era un tanto filosófica. Y el tema de la libertad era una de sus manías. Aún se comentaba el lío que armó cuando se empeñó en dar libertad a unos presos condenados a galeras. También solía quejarse de la inmediatez con que se vive hoy. Decía:

—Hay gente que no se plantea a nivel personal los porqués que la vida misma nos presenta. Viven de lo inmediato, no son soñadores. En consecuencia, no son libres.

—Señor Don Quijote, ¿qué es la libertad?

—¿La libertad? ¡Ay, hijo! Las cosas más sublimes carecen de definición. Las cosas más sublimes se entienden en la medida en que se viven o se experimentan.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: Dios, la Vida, el Amor…

—Pero el suyo, señor Don Quijote, es un amor platónico.

—Te equivocas. Pero dejemos eso.

Alzó los ojos, mirando a la lejanía. Acarició el libro que llevaba en las manos. Era como aproximar a su presencia y acariciar con espiritual ternura a su Dulcinea del alma. Suspiró. Luego se volvió hacia mí.
—La libertad... Te lo explicaré descriptivamente. Las cosas, por lo general, pueden enfocarse o apreciarse desde diversos ángulos. Has preguntado por la libertad, qué es. Te diré: la libertad no es en sí misma. Tú la haces ser.
—Entonces, ¿no existe?
—Existen las personas. Con independencia de las cosas en sí, a las que ponemos nombres, como Dios, vida, libertad, amor, etc., si tú no te implicas en ellas quedarás al margen de todo. Al margen de la realidad.

Me extrañó que hablara de la realidad, él, tan soñador. Debió intuir mi pensamiento, porque añadió:
—La libertad es patrimonio de la gente soñadora.

Nada tuve que objetarle. Me acercó el libro que llevaba en sus manos. Estaba encuadernado en piel.
—Hermosa edición. ¿De qué trata?
—Es un libro de caballería. Los caballeros que recorren el mundo, y que se conoce por Caballeros andantes, de los que, por desgracia, ya vamos quedando pocos, son los auténticos pioneros de la libertad. Son los verdaderos soñadores.

Don Quijote bajó ligeramente la cabeza en señal de humildad, nada afectada. Luego, la alzó de nuevo, con gesto hidalgo. Continuó:
—Los Caballeros andantes son una de las metáforas más brillantes de la libertad.

Don Quijote jugaba con las metáforas como yo podía jugar con los granos de uva que andaba vendimiando. Y es que, a todo le echaba imaginación. Le ofrecí un racimo de uvas, que agradeció. Nos despedimos y se marchó para continuar con su habitual ocupación de pasearse por La Mancha, pastoreando en sus sueños ovejas, gañanes y

Dulcineas. Todo en pos del ideal que se había marcado, como un "sueño imposible", y que le hacía pasar por loco. Para mí seguiría siendo el único cuerdo fiable.

No cabe duda, pensé, que los soñadores han hecho avanzar la historia a pasos agigantados. Por eso, La Mancha se había transformado en un inmenso campus universitario. Pero hoy los soñadores se han ido, y han sido sustituidos por los economistas y los americanos.

Me pareció entreoír que alguien hablaba con el conductor. ¿O sería que Don Quijote suspiraba hondamente? Pero, de pronto, La Mancha había desaparecido. Don Quijote tampoco estaba. El conductor del autobús respondía a alguien:
—Si no te dejas posesionar por la libertad nunca la entenderás.

¿Qué pasaba con la libertad? Los conceptos rebotaban en mi mente como las aspas de los molinos manchegos en las espaldas de Quijano el Bueno.
—Es un signo de libertad ver las cosas con diáfana claridad. Sólo así se pueden relativizar.
—En la vida todo es relativo.

La gente subía y bajaba del autobús, pero yo seguía dormido. Y el sueño se me estaba convirtiendo en pesadilla.
—Todo es relativo. Los absolutos esclavizan.
—Pues Dios es absoluto.
—Te equivocas. También Dios es relativo. Se relativiza a sí mismo en favor de sus criaturas. Lo verdaderamente absoluto que hay en Dios es el Amor.

Me afloraban recuerdos antiguos.
—Sí, lo aprendí en la catequesis.

El cura explicaba:

—El Amor es todo lo contrario del egoísmo. Por eso mismo, Dios es capaz de relativizarse. Dios es el único que es capaz de amar de verdad. Y la libertad consiste en amar. El amor es lo único que no esclaviza.

Aquí tenía una versión diferente de la misma realidad. Pero seguramente que mi teoría de la libertad aprendida de niño en el catecismo no se diferenciaba mucho de aquella de Don Quijote.

Me desperté cerca ya de Madrid. En el entorno, veía casas. Eran todavía las afueras. Atrás habían quedado las ubérrimas viñas manchegas. Con notable volumen de voz, dos paisanos discutían de fútbol. Ahora, al fútbol lo llamaban el juego de las estrellas; impropia metáfora que seguramente no compartían las verdaderas estrellas, confinadas a ser pasivas espectadoras desde el firmamento.

El fútbol, alegría fácil de ricos y pobres; universal democracia de la artesanía de la más transitoria fraternidad; con fecha de caducidad apenas terminaba el partido. ¿Qué pensaría Don Quijote del fútbol? Me lo imaginé:
—Que es una metáfora imperfecta de la unidad que debería lograrse por otros cauces.
—Es que, el mundo está unido por un balón.
—Eso no sirve. Ojalá que el fútbol consiguiera lo que ni los políticos, ni la ONU, son capaces de hacer: lograr que el entendimiento, la unión y paz entre los pueblos, fuera una realidad. Pero el mundo no está unido por un balón.

Por mi mente desfilaron derbis; “partidos del siglo”, de esos que cada semana hay varios. Finales de Liga, y de Copa. La misma liturgia, repetida hasta la saciedad. Habíamos llegado a Madrid. Mientras el taxi avanzaba con lentitud por la Castellana, no pude evitar que mi pensamiento aterrizara en la Cibeles, la fuente programática y obligada de la mitológica diosa.

Un mar de gente convergía en el Carro de la Diosa, estratégicamente estacionada en el corazón de Madrid. A la Cibeles le crecían por momentos los hijos; millones de hijos. Era el parto de la historia, no por repetido menos importante.

—Este el Madrid pasará a la historia.

—Una ciudad con mucha historia, feudo multisecular de reyes.

—No me refiero a la ciudad, sino al equipo.

Eso comentaban en el autobús aquellos aficionados al fútbol. Se cumplían cien años, explicaban, del Real Madrid. Suficientes para convertir a Madrid en una ciudad para la historia. Si don Quijote levantara la cabeza... Pero después de cuatrocientos años...

—Cuatrocientos no son nada.

—En ese caso, te garantizo señor Don Quijote que en los libros futuros de historia habrá cambios sustanciales. No será el Madrid de los Austrias, sino el Madrid del Real Madrid.

—Por mí, "lo imposible soñar...".

Así me pareció que decía el bueno de Don Quijote. El griterío iba en aumento. Una avalancha de gente convergía en La Castellana al grito sagrado de guerra:

—¡¡¡Hala, Madrid···!!! ¡¡¡Hala Madrid···!!!

El tiempo se detenía. La gente, olvidada de sí misma, olvidaba también sus problemas, sus penas, y su soledad. Aunque fuera sólo por unas horas.

—Un triunfo deslumbrante, señor Don Quijote.

—¡Vah! No han pasado del empate. Te aseguro que en Tirteafuera o en el Toboso juegan con más brío.

Al manchego hidalgo no le faltaban tablas. Exclamó:

—¡Oh, tiempos idos! ¡Aquellos, los míos, sí que eran tiempos de soñadores, de místicos, poetas y gañanes. Este, en cambio, yace derrumbado sobre la aridez de las ideas!

—Señor Don Quijote: podríamos decir, parafraseándole a usted: ¡Con el fútbol hemos topado, amigo Sancho!

Tuve la impresión de que el universal manchego estaba a punto de embrazar de nuevo la lanza, para salir raudo a la conquista de las ideas. No es de extrañar. Él se había batido el cobre platónicamente por Dulcineas que, por lo que la gente comentaba, no lo eran tanto; sino de carne y hueso. Manchegas de buen ver. Pero sus sueños imposibles eran la esencia misma del amor. En consecuencia, no podía estar de acuerdo con la cultura de la masificación.

En ese mismo momento, Don Quijote, puesto en pie, empuñó la adarga y protestó. Lo hizo con energía. Sintió que la historia era un atropello a la inteligencia. Y protestó con rotundidad. Levantado él, también La Mancha se puso en pie. Y en gesto solidario de épica grandeza rompió en una atronadora ovación al más ilustre de sus paisanos.

En el Parlamento, Bono sonreía desde su escaño de ministro. Pero como “hasta el rabo todo es toro” según dice el refrán, como si de un toro mal apuntillado sobre la arena del redondel se tratara, de pronto hubo un momento de confusión. A la velocidad que su copiosa humanidad le permitía, vimos al bueno de Sancho salir del estadio a toda prisa. Su equipo perdía. La tangana fue general en la cancha y en los graderíos. Y mientras a él lo manteaban, al vaivén de la ola, alguna chispa de las bengalas que lanzaban los hinchas de ambos fondos, saltó del estadio y prendió. En la Castellana, la gente gritaba:
—¡Fuego! ¡Fuego!

También yo, alarmado, grité:
—¡Señor Don Quijote! ¡Que la biblioteca se quema! ¡Los libros han comenzado a arder!
—¡Deja! ¡No te preocupes! ¡Mis sueños no se queman, están a buen resguardo!

Al otro lado del Atlántico, otro mundo emergía, al crepitar del fuego. Octavio Paz, acababa de encender “La llama doble" en lo más alto del Popocatépetl y del Iztaccíhuatl.

Don Quijote se retorcía de rabia y de sentimiento. Vi que de sus ojos soñadores brotó una lágrima silenciosa. También yo me emocioné al ver llorar a Don Quijote. Mientras, con dignidad y elegancia, se levantó. Y cansado y hastiado, se retiró, en silencio, a su solariega casa manchega. Los vendimiadores cantaban alegres una canción. *"Sembrador, sembrador".*

-24-

Baja el telón
en la República de los Sueños

Es hora de bajar el telón de estos Sueños, huéspedes a la intemperie en la casa interior del ser. Son Sueños, vertidos en Cuentos, con sabor a poema en luna llena, esa hora idílica en que todo tiene su encanto: la mirada, la sonrisa, la palabra, el pensamiento, la música, la poesía, la compañía, la soledad y el recuerdo. Recuerdos que prolongan la infancia desde una lírica memorial del pensamiento para seguir soñando. Porque los Sueños son, ante todo, Vida.

Esta "República de los Sueños" es metáfora universal que nace horizontal, como el hombre mismo, hasta poder tomar la postura de un gótico vertical y recorrer los senderos que cruzan por tierra, mar o cielo, siempre abiertos y libres para bien o para mal. Caminos que pasan lo mismo por Israel, Atitlán y Gulag, el Valle del Zelve, o Irak, Capadocia, los Andes, Pamukkale, las Torres Gemelas o Afganistán.

Los Sueños vienen y van, y se quedan a la vez, varados sobre los hombros de la libertad personal, como el viento, nómada del tiempo, que nos purifica y limpia para no dejar nunca de soñar.

Amigo/a: si has llegado hasta aquí, es señal de que también tú habitas en la "República de los Sueños". Gracias, y enhorabuena.

ÍNDICE

0- Se levanta el telón 2
1- Bitácora del acantilado 5
2- Chimeneas de las hadas 10
3- Edad: 19 años. Analfabeta y hereje 18
4- El abuelo y los cruzados 26
5- El beduino 35
6- El castillo de algodón 38
7- El Illimani es vertical 46
8- El Jardín de las delicias 51
9- El transiberiano 56
10- El tren, parábola imperfecta 64
11- En el trapecio del circo 71
12- Eva Libertad 78
13- La Historia es un barco 87
14- La Mar, icono de eternidad 97
15- La tienda 5.001 99
16- Las tertulias 106
17- Los Achachilas 111
18- Mensaje del náufrago 114
19- Olivos del Olimpo 120
20- Pastor de Sueños 129
21- República de los Sueños 138
22- Tertulia en la biblioteca 145
23- Y Don Quijote lloró 168
24- Baja el telón en la República de los Sueños 175